

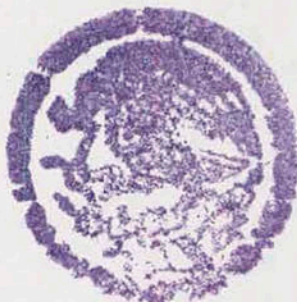
82-3

SECRETARIA DE MARINA  
ARMADA DE MEXICO

PQ 7297  
P82

CONTRALMIRANTE  
GUSTAVO RUEDA MEDINA

SEMBLANZA



SECRETARIA DE MARINA  
UNIDAD DE HISTORIA  
Y CULTURA NAVAL  
BIBLIOTECA CENTRAL

UNIDAD DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL  
MEXICO, D.F. PRIMERO DE JUNIO DE 1988

AUTOR:  
VICEALMIRANTE I.M.N.  
MARIO LAVALLE ARGUDIN.

## INDICE GENERAL

	<b>PAG.</b>
INTRODUCCION.....	5
SEMBLANZA.....	7
<b>ARTICULOS DEL CONTRALMIRANTE GUSTAVO RUEDA MEDINA.</b>	
Indice particular.....	19
<b>"TU PALABRA".</b>	
Poesías del Contralmirante Gustavo Rueda Medina.	
Indice particular.....	110
<b>PALABRAS A LA MEMORIA DEL CONTRALMIRANTE GUSTAVO RUEDA MEDINA.</b>	
Indice particular.....	161
CORRIDO DE MI ANTIGUEDAD.....	167



## INTRODUCCION

Escribir la semblanza del Contralmirante Gustavo Rueda Medina, es como seguir un camino a los amables recuerdos del pasado, con girones de sombras que aparecen en algunas etapas de su vida.

La vida de Rueda Medina es ejemplo para alcanzar esa categoría de superación que dignifica y es un tipo que se aparta del corriente de los hombres, por lo que esta semblanza tiene por objeto la perduración de su recuerdo en la mente de los que no tuvieron la oportunidad de conocerlo ya que somos pocos los que sabemos de su carácter y costumbres.

Don Gustavo Rueda Medina fue un humanista fino, como lo atestiguan los numerosos artículos que se publican en esta semblanza y un poeta del mar del que hacen testimonio sus hermosas poesías cuyo principal tema es el mar y los marinos.

En las innumerables facetas de su vida se agrega la de escritor con profundidad en sus temas y así tenemos para nuestro deleite, la obra de carácter humorístico “¿QUIEN TIENE UN SACACORCHOS?” y la novela romántica que fue galardonada con el premio “Lanz Duret” del periódico El Universal, “LAS ISLAS TAMBIEN SON NUESTRAS”, que lo califican como un verdadero valor intelectual.

Sus dotes de orador lo llevaron a ser pionero con otros de sus compañeros, en la etapa crítica por la que atravesaba la Marina de Guerra en que todo estaba por hacer e interesar a la ciudadanía en los asuntos del mar, con una campaña de difusión que se hizo en la ciudad de México y que repercutió principalmente en nuestro Gobierno que ordenó la compra en 1936 en España, de un transporte, dos cañoneros y diez guardacostas Tipo G 20 que vinieron a vitalizar la ya casi extinta Armada de México.

El autor



## SEMBLANZA

GUSTAVO RUEDA MEDINA

(El poeta del mar)

Gustavo Rueda Medina ve la luz primera a las cinco de la mañana del día 24 de abril de 1905, en la ciudad de Aguascalientes, en la casa marcada con el número 2, de la Segunda Calle del Emblema.

Don José Guadalupe Rueda y doña Antonia Medina fueron sus padres. Sus abuelos por la línea paterna, don Eulogio Rueda y doña Teodora Gómez; y por la materna don Jesús Medina y doña Ignacia Martínez.

Cumplía Gustavo los seis años de edad, cuando su familia se traslada a Pachuca, Hgo., en donde cursa su primaria elemental y superior que concluye en 1917, en la Escuela Oficial anexa a la Normal para Profesores. De inmediato entra a trabajar como ayudante en el Departamento de los Talleres Mecánicos de la Compañía Beneficiadora de Pachuca, S.A. (Molino Nuevo). Con el fin de obtener una mayor preparación en su trabajo, efectúa entre 1920 y 1921 un curso de correspondencia sobre "Dirección Técnica de Talleres Mecánicos" en las Escuelas Internacionales de la América Latina.

La vocación por la marina no le llega por herencia o tradición, ya que ninguno de sus antepasados inmediatos tuvo que ver con las cosas del mar. Lo más probable es que la afición le llegara como a muchos que estudiamos en la Escuela Naval: por las narraciones de Julio Verne, las de Emilio Salgari y en tantas otras de aventuras del mar que prendieron con fuerza en nuestra joven imaginación que nos impulsaron a ser protagonistas. Eso debe haberle ocurrido a Rueda Medina, pues establecido en Pachuca, ciudad situada en el centro del País, no tuvo la motivación o influencia directa, como sucede a quienes viven en la costa.

Resuelto a hacer realidad su sueño largamente acariciado para tener una vida más rica en vez de las monótonas jornadas en los talleres mecánicos de Pachuca, a fines del año de 1921 envía a la Secretaría de Guerra y Marina su solicitud de ingreso a la Escuela Naval. Desgraciadamente el 23 de diciembre del mismo año recibe la noticia de que se declara sin lugar a su petición, por falta de vacante. Esto en lugar de desanimarlo, reafirma su propósito de ser marino. Al año siguiente insiste remitiendo una nueva solicitud. Esta es aprobada. Por ello la Secretaría le envía un boleto de primera clase para trasladarse en ferrocarril a Veracruz e incorporarse a la Academia Naval Militar. Su anhelo se estaba realizando.



¿Cómo era el joven Gustavo Rueda Medina al ingresar a la Escuela Naval? La hoja de afiliación que se formuló el 10. de septiembre de 1922 cuando aún no cumplía los 17 años nos dice que era un muchacho moreno, de ojos cafés, boca ni grande ni chica, nariz más bien chata, de pelo y cejas castaños, estatura 1 metro, 53 centímetros.

Durante su estancia en el Plantel, la Dirección le concedió por su dedicación al estudio y conducta intachable los grados de Cabo alumno en septiembre de 1924, Aspirante de Tercera en abril de 1925 y Aspirante de Segunda en diciembre de 1926.

Al terminar sus estudios el 1º de enero de 1928, el Director del plantel, Comodoro Luis Hurtado de Mendoza, anota en la Hoja de Servicios de Rueda Medina lo que sigue:

**“COMO ALUMNO DE LA ESCUELA NAVAL FUE DE INTACHABLE CONDUCTA, TANTO CIVIL COMO MILITAR, MUY DEDICADO EN SUS ESTUDIOS Y AMOROSO DE LA PROFESION DE MARINO. HIZO SU CARRERA CON BASTANTE EXITO”.**

En el quinto año de estudios para Oficiales de guerra, obtuvo el **PRI-MER PREMIO.**

El grado de Aspirante de Primera (Guardiamarina) del Cuerpo Permanente de la Armada Nacional, se le otorga con antigüedad del 1º de enero de 1928.

Sus compañeros que egresaron con él fueron: Enrique Hurtado Nuño, Flavio Rivero Flores, Marciano Salas Cuary, Enrique Carrera Alomía, Angel Díaz Walls, Pedro Montejo Sierra, José Villalpando Rascón, Guillermo Hernández Sagarra, Humberto Enríquez Salcedo, Pedro Calderón Lozano, Luis Cortés Acosta, Enrique Villegas Bustamante, Antonio Cortés Acosta, Abelardo Cerdán Muñoz, Ernesto Dulché Escalante, Fernando Magaña Erosa, Ismael Zamora Correa, Francisco Dávila Rascón, Luis Ruano Milicua, Felipe Arena Morris, Vicente López Perea, José Valcárcel Torres y Dámaso Castillo Ibarra.

El 1º de enero de 1928, causó alta en el Transporte de guerra “Progreso”, junto con algunos compañeros de su generación. Llevaban cinco meses en este buque cuando los rebeldes (cristeros) atacaron el puerto de Manzanillo, Col., precisamente el 24 de mayo. El buque sostuvo un encuentro con ellos, en el que nuestro personaje recibió una herida en la ingle al saltar el percutor de una de las piezas de artillería. Se le mencionó en la Orden del Día. Como consecuencia de este combate fue muerto el Aspirante José Villalpando.

También participó en la defensa del puerto de Mazatlán, Sin., atacado por fuerzas rebeldes los días 22 y 23 de marzo de 1929; y en el bloqueo de Guaymas en abril del mismo año, así como en la toma de este puerto del día 28 de dicho mes.



Su obra "¿QUIEN TIENE UN SACACORCHO?", debió iniciarla en Manzanillo, Col., a bordo del "Progreso" y el desenlace pudo haberlo escrito en el Departamento de Marina en la Capital del País, cuando presentó su examen profesional y causó alta en la Sección de Preparación.

Al sustentar su examen profesional en el Departamento de Marina y aprobarlo por unanimidad y además por méritos en campaña, se le expide despacho de Tenientes de Corbeta con antigüedad del 1° de enero de 1929.

En esa época, las condiciones de la marina eran precarias, las unidades de la Armada tenían muchas carencias; pues hasta las tripulaciones eran escasas. Los oficiales realizaban faenas de mantenimiento y conservación de los viejos buques y aún adquirían de su propio peculio lo necesario para que lucieran pintados. Tan angustiosa situación originó que un grupo de jóvenes oficiales viajaran a la Ciudad de México (¿grieta generacional?) a tratar de despertar por todos los medios a su alcance en la conciencia de la población la necesidad de fomentar y proteger sus servicios marítimos indispensables.

Como sólo disponían de medios económicos esenciales para subsistir, llamaron a muchas puertas y así obtuvieron gratuitamente impresión de programas, cartulinas, películas alusivas, teatros y radiodifusoras para impartir charlas y conferencias, y hasta músicos y cantantes que actuaban al finalizar éstas. A Gustavo Rueda Medina le tocó decir una plática sobre los "Factores del Poder Naval". Cuando subió al escenario impresionó favorablemente al auditorio por su juventud y el uniforme que realzaba su prestancia, y con su bien timbrada voz, inició su conferencia con estas palabras:

"Somos la gente de mar que viene a la gente de tierra; somos los supervivientes de un enorme naufragio, las borrascas del tiempo y otras mil vicisitudes que debéis conocer barrieron de las olas nuestras naves de guerra, pero así como en los naufragios naturales cuando amainan los vientos y amansan las olas flotan sobre las aguas despojos salvadores, y así en el naufragio moral a que yo aludo, flotaron bajo el oscuro cielo de tragedia, la juventud vibrante y soñadora, encontrando en el Jefe del Departamento la roca inmovible y firme que supo resistir los embates de las olas.

Somos esa juventud de la Marina que ha vivido en las naves alejada de todo y que dándose cuenta de la angustia nacional del momento viene a poner sus luces y sus esfuerzos en servicio de la obra salvadora.

Los barcos tienen vientres insaciables que consumen carbón por toneladas; son como organismos vivientes que tienen un cerebro que piensa (el puente), un corazón que siente (la máquina) y un puño que golpea, (el cañón).

Desaparecieron ya los marinos de barba irsuta y de mirar de lince de las naves veleras, los jóvenes lloramos su partida pues con el humo de sus



pipas se llevaron nuestras más caras ilusiones de aventuras; pero no estamos con aquél que dijo que el humo de la primera chimenea trazaba el funeral de la marina..." Rueda continuó su discurso que fue muy aplaudido.

En septiembre de 1932, el Mando designa la comisión que entablaría pláticas con los ingenieros de astilleros españoles, acerca de los tipos y las características de las unidades navales que necesitaba nuestro país, que en principio se integró de la siguiente manera: Comodoro Maquinista Naval Ignacio García Jurado como consultor de la Jefatura del Departamento de Marina, Teniente de Navío C.G. Antonio Vázquez del Mercado, nuestro biografiado Teniente de Corbeta C.G. Gustavo Rueda Medina, Teniente de Corbeta C.G. Guillermo Hernández Sagarra y el Teniente de Corbeta C.G. Luis Ruano Milicua. Posteriormente se agregaron otros oficiales.

De abril de 1933 a agosto de 1936 estuvo Rueda Medina en la Comisión Naval Mexicana en España como subinspector de la construcción de buques para la Armada Nacional. A finales de 1933 hizo un cursillo de Estado Mayor en la Escuela de Guerra Naval de España y posteriormente un curso de submarinos en Cartagena, España. Al terminar el curso se le declara apto para submarinos.

El 1º de abril de 1935 recibió su patente como Teniente de Fragata C.G.

El mes de junio de 1935 fue trágico para Rueda Medina. El día 12 tuvo un tremendo accidente en carretera. Sufrió grandes y graves fracturas en la frente, con hundimiento y lesión encefálica, en los huesos nasales y del maxilar superior. Fue intervenido quirúrgicamente en el Hospital Provincial de Valencia por el doctor Ramón R. Rodas, quien pronosticó su estado como "muy grave".

Después del reconocimiento, se encontró que además del hematoma palpebral intenso en ambos lados, tuvo limitación de movimiento ocular, especialmente del ojo derecho. Respecto a la reacción pupilar a la convergencia, se encontró que no existía.

Acompañaba a Rueda Medina en el infortunado accidente el Teniente de Fragata Oscar Lever Pérez, también de la Comisión Naval Mexicana, quien sólo sufrió lesiones leves.

Recuperado de las fracturas y heridas, Rueda Medina continuó como subinspector de los trabajos del Transporte de guerra "Durango", en los astilleros de la Unión Naval de Levante en Valencia.

La guerra civil había estallado en España; el Transporte "Durango" estaba listo para emprender el viaje a México; a bordo embarcaron los familiares de los oficiales y con permiso del Comandante Capitán de Corbeta Manuel Zermeño Araico, el Teniente Rueda Medina trajo a bordo a la señora Carmen Trujillo Urcola, natural de Villagrancia de Aroza, Pontevedra, con la que en la mar, 40°-12' latitud Norte y 0°-50' longitud Este, contrajo matrimonio, celebrando el acto el Comandante del buque, a re-



serva de que posteriormente refrendaran lo actuado, ante las autoridades civiles del país. Testigo del acto por ambos contrayentes fueron Angel del Corzo y Castillo, Enrique Altamirano Domínguez, Fernando Magaña Erosa y Oscar Fritche Anda. En esta travesía, Rueda escribe la poesía "DERROTA".

Del "Durango" pasó a ser Comandante del "G-23" y posteriormente del Transporte "Progreso". El 1º de agosto de 1937 causó alta en la 4a. Zona Naval en Acapulco, Gro., en la Comisión Hidrográfica del Pacífico. Pasó luego al "Guanajuato" y poco después a una sección del Estado Mayor de la Armada, en la Dirección Técnica Militar.

El 1º de julio de 1938 fue nombrado Comandante de la Estación de Aprovisionamiento de Islas Mujeres. Aquí inicia la novela "LAS ISLAS TAMBIEN SON NUESTRAS". La dedicatoria dice así:

"Para mis compatriotas de los islotes que tiñó la llamarada roja de soles.

A la cimera verde de los cocales, y al ondulante blanco de las espumas con que la mar le teje suaves olanes.

A las islas remotas de pescadores que dependen del tino de los arpones, del cupo de las redes de los sedales, y del bicho que pone bajo la luna cuando brillan en lo alto los solapanes.

A la fiel compañera de sinsabores en la ruda contienda sin esplendores que compartió conmigo duros afanes y alegró mi vida con su sonrisa."

Sin prejuicio de la Comisión que desempeñaba como Comandante en Islas Mujeres se le designa Inspector de las Dependencias Navales del Caribe.

En la Isla recibe su despacho como Teniente de Navío C.G. con antigüedad del 20 de noviembre de 1939.

Por su excelente labor cívica y social desarrollada en la Isla, el Cuerpo Docente de la Escuela "ANDRES QUINTANA ROO" le envía un testimonio de agradecimiento que dice así:

**"RECONOCIENDO EN USTED A UN DIGNO CIUDADANO Y EXCELENTE SERVIDOR DE LA NACION QUE ATENTO A TODO LO QUE SE LLAMA CULTURA Y PROGRESO, SE ESTIMA SU ESFUERZO Y CON CLARA VISION EN EL MEDIO DONDE ACTUA, SABE COLOCAR CON ACIERTO SU GRANITO DE ARENA REDUNDANTE EN BENEFICIO COLECTIVO DE VALOR.**



EL CUERPO DOCENTE DE LA ESCUELA "ANDRES QUINTANA ROO" DE ESTA POBLACION LE DA LAS GRACIAS POR SU VALIOSA COLABORACION Y RECONOCE Y APLAUDE SU ESPIRITU NACIONALISTA QUE COMO BUEN MEXICANO LO ENALTECE".

A mediados de enero de 1940 deja Isla Mujeres y causa alta en la Dirección General de la Armada como Jefe de la Sección de Pequeños Servicios. Meses después es nombrado Ayudante de la Jefatura de Operaciones, en el Estado Mayor Naval.

A finales del mismo año es comisionado, junto con el Teniente de Navío José Valcárcel Torres en la Secretaría de Hacienda para inspeccionar y comprar un buque en astilleros de Seattle, Cal., EUA. Al adquirirse esta unidad, Rueda Medina quedó como Comandante de la misma, que llevó el nombre de "Halcón", dependiendo de la Secretaría de Hacienda con base en San Diego para inspección fiscal.

En marzo de 1942 causa baja del "Halcón" y es nombrado profesor y Jefe de estudios de la Escuela Naval del Pacífico. Con motivo del Primero de Junio Día de la Marina, Rueda Medina dirige una alocución a los cadetes: "CABALLEROS DEL MAR".

En el mismo año, se le designa para que tome en EUA un curso por un mes sobre fabricación, carga e instalación de minas submarinas.

El 16 de octubre de 1942 fue nombrado Comandante del "Mazatlán" y a finales del mismo año, recibe el mando del Transporte "Progreso". El 16 de octubre de 1943 causa alta con el mismo cargo en el Transporte "Durango" y con la misma fecha se le notifica su ascenso a Capitán de Corbeta.

En octubre de 1945 fue designado Comandante de los Servicios Navales en Coatzacoalcos. En diciembre del mismo año se le concede permiso para marchar a la Capital con el fin de participar en el certamen literario por el Premio "Lanz Duret", el que obtiene con su novela "LAS ISLAS TAMBIEN SON NUESTRAS".

En febrero de 1946 pasa a la Comandancia General de la Armada para quedar comisionado como jefe de ayudantes del C. Subsecretario de Marina. Dos meses después es designado jefe de la sección de Educación Naval de la Dirección General de la Armada. Un mes más tarde toma el puesto de jefe de Sección del Estado Mayor de la Armada y sin perjuicio de esta Comisión es nombrado Instructor de Guerra Marítima en la Escuela Superior de Guerra. En junio del mismo año quedó de planta como Instructor en dicho plantel.

En noviembre fue comisionado para ir a Nueva Orleans, EUA, a solicitud del Alcalde con motivo del Quincuagésimo Aniversario del establecimiento del puerto de dicha ciudad como entidad estatal.



El 19 de septiembre se hace de su conocimiento que por acuerdo Presidencial del 9 de julio de ese año en curso la Secretaría de Marina le concede la Condecoración del "MERITO ESPECIAL" por la valiosa aportación a la Armada de México en la edición de sus obras literarias "¿QUIEN TIENE UN SACACORCHOS?" y "LAS ISLAS TAMBIEN SON NUESTRAS".

Rueda Medina también había recibido las condecoraciones de PERSEVERANCIA DE 5a, 4a y 3a clases, así como la de OPERACIONES NAVALES DE SEGUNDA CLASE 1942-1945, II GUERRA MUNDIAL.

Con antigüedad del 20 de noviembre de 1946 recibe su Despacho de Capitán de Fragata C.G.

En octubre de 1948 fue nombrado Comandante de la fragata "Tehuantepec" y jefe de la flotilla de Operaciones del Pacífico.

El 1º de enero de 1950 se le expide Despacho de Capitán de Navío.

El 27 de mayo del mismo año, divorciado de su primera esposa contrae nupcias con la señora Alicia de la Vega Hinojosa quien lo acompañó hasta su muerte.

En Marzo de 1951 recibe la Comandancia de los Servicios Navales de Ensenada, Baja California, y al año siguiente pasa a la Comandancia General de la Armada como Jefe de Ayudantes del Secretario de Marina.

Con fecha 20 de noviembre de 1952 se le expide Despacho de Contralmirante C.G.

El 1º de enero de 1953 queda a disposición de la Comandancia General de la Armada.

En el mes de enero de 1954, es nombrado Director de la H. Escuela Naval, en cuya comisión duró un año.

El 12 de septiembre de 1955, se le concedió licencia extraordinaria para desempeñar el cargo de elección popular, habiendo sido electo Diputado al Congreso de la Unión por el IV Distrito del Estado de Guerrero.

En el último año de su vida se interesó en difundir asuntos marítimos y junto con el inolvidable amigo y compañero Manuel Peyrot Girard se editó la interesante Revista Litorales, en la que escribió algunos editoriales y numerosos cuentos festivos y anécdotas.

La Asociación de la H. Escuela Naval, publicó "TU PALABRA" (Remembranza) veintiuna poesías de Gustavo Rueda Medina y posteriormente el 30 de octubre de 1979 se publicaron 3000 ejemplares más de la misma obra por el Ayuntamiento de Acapulco, Gro.

En los últimos años de su vida su voz se iba apagando, lo que poco le inquietaba. En algunas ocasiones dijo que el viaje final no le preocupaba, pues había vivido intensamente y estaba listo para la entrega.

De un viaje que realizó a Veracruz, volvió con una laringitis tan fuerte que tuvo necesidad de internarse en el Sanatorio de Marina en Jesús Terán No. 25 de la Capital, donde muere el 25 de abril de 1959 víctima de una trombosis cerebral.



Fue inhumado en el Panteón Francés de San Joaquín con los honores correspondientes a su grado y aquí cabe concluir con las sentidas palabras que escribiera el amigo Manuel Peyrot:

“Se ha dicho que nadie muere del todo mientras sea recordado por sus amigos. Don Gustavo anda entre nosotros. Se mueve en sus libros, palpita en sus cuentos y nos observa sonriendo desde el Más Allá”.

MEXICO, D.F. A 1º DE JUNIO DE 1988

EL VICEALMIRANTE I.M.N.  
MARIO LAVALLE ARGUDIN



90051

0088

# ACADEMIA NAVAL MILITAR.



Brigada.

FILIACION del Alumno

*Custavo Rueda*

hijo de *José Y. Rueda* y de *Antonia m. ca Rueda*.

natural de *Aguas calientes* del *A. C.*

edad *veinte* años; sus señas estas:

ojos *Cafes* frente *lisa*

boca *de igual color* señas particu-

lares *ninguna*

Fue admitido por orden de la Secretaria de Guerra y Marina en

*Sept 1/1922*, *Ag. Or. Telegrafica No 79* - *Mano Recusal*

obediendo impuesto de las disposiciones relativas del reglamento de la Aca-

demia, vigente, de la Ordenanza General de la Armada y de que en todo tien-

po que la Secretaria de Guerra y Marina disponga pase a servir en la de-

pendencias navales, lo verificará, sea cual fuere el estado en que se

encuentre en sus estudios; y en conformidad de lo anterior, firma la pre-

senante en unión de *Pub. Director* siendo testigos *los C. S. Rueda*

*Agiles y Pedro Granada P.*



descripciones del Reglamento a que se refiere este Contrato

Vertical text on the left margin: ACADEMIA NAVAL MILITAR, LOCAL DE LA ACADEMIA NAVAL MILITAR, etc.



so: "Obligarse <sup>buena</sup> con el consentimiento de sus padres o tutores, seguir la Armada seis años, después de concluida su práctica final en los buques de instrucción, para evitar los perjuicios que la nación resiente con los alumnos recibidos en la Academia abandonen la carrera que emprendan. Dichos padres o tutores otorgarán fianza a satisfacción de la Secretaría de Guerra y Marina, con arreglo a los preceptos del Código Civil, a fin de reintegrar al erario Nacional <sup>de la</sup> las cantidades que en el alumno se hubieren erogado, a razón de <sup>veintidós</sup> pesos mensuales, si no cumpliere con el compromiso a que se contrae esta fracción".

Art. 77.-Se tendrá entendido que el alumno que deserte antes que la Secretaria de Guerra y Marina le dé colocación en la Armada, será castigado con las penas que la Ley Penal Militar impone a los soldados reos delictos de esta clase. En los demás delitos o faltas que pueda cometer un alumno, queda sujeto a las prevenciones del citado Código, de Ordenanza de la Armada y del presente reglamento. En caso de expulsión del alumno, el fiador de que habla la fracción VII. del artículo 76, que igualmente obligado al reintegro de las cantidades erogadas en la educación del expulsado, en los términos y condiciones que contiene la presente fracción.

H. Veracruz, a 12 de *Diciembre* de 19

*Gustavo Rueta*



El Cap. de Nav. Sub. Director  
*Rafael Carrasco*

*Testigo.*



*D. G. de J.*



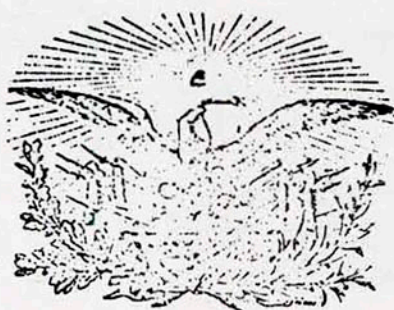
*v. B.*  
El Cap. de Nav. Director  
*Juan Carrasco*



PAPEL ESPECIAL

VALOR UN PESO

# Estado Libre y Soberano de Aguascalientes



de mil novecientos veintidos.

Número 337.

nombre de la República de México, y como Juez del Estado Civil de este Estado, hago saber a los que la presente vieren, y certifico ser cierto que en el número uno del Registro Civil que es a mi cargo, a la foja número de esta ciudad se encuentra asentada una acta del tenor siguiente:

DE MARINA  
COMISARIA DE LA ARMADA  
Y ARMANDO

IMP. PEDROZA, AV. 21 1277 600

1905

ARMA  
DE  
MARINA  
COMISARIA  
DE LA  
ARMADA  
Y ARMANDO

DE MARINA  
COMISARIA  
DE LA ARMADA  
Y ARMANDO

LOS

AGOSTO

AGOSTO 21 1905  
COMISARIA DE LA ARMADA Y ARMANDO

...aguascalientes, a 22 veintidós de Abril de mil novecientos  
...separó ante el Juez que suscribe, a las cuatro y  
...de la tarde, el C. Onofre Gómez, viudo, de sesenta y  
...de edad, obrero, con domicilio en la 2a Demarcación y pre-  
...sentó un niño vivo nacido en la 2a calle del "Hablera" nº 2, el día  
...del tiempo del presente, a las cinco de la mañana, a quien puso  
...por nombre GUSTAVO RUEDA, hijo legítimo del C. J. Guadalupe Rueda,  
...de treinta y dos años, obrero y de Antonia Ledina, de treinta y  
...años. Abuelos paternos: Julián Rueda y Teófilo Gómez. Abuelos  
...maternos: Ignacio Ledina e Ignacio Ledina. Fueron testigos de este acto los  
...ciudadanos Pedro Romero, viudo, zapatero y Alejandro Silva, ambos  
...obreros, mayores de edad y vecinos de esta ciudad. Y el Jefe de  
...de la presente acta al compareciente y testigos, por el presente  
...conformidad, ratificándola en todas sus partes, y firmó el pre-  
...sente. Firmados: Rafael M. Chávez.-Pedro Romero.-Al margen: Testigo  
...n.º 337, novecientos setenta y siete.-J.-Gustavo Rueda.-Hijo legí-  
...timo."

Y para los efectos legales consiguientes, expido la presente  
...en la Ciudad de Aguascalientes, a los veintidós días del mes  
...de agosto de mil novecientos veintidos.

El Juez del Estado Civil,

*Jesús C. González*

RAFEL ARELLANO VALLE, Gobernador Constitucional  
del Estado libre y soberano de Aguascalientes, CERTI-  
FICA:

que la Firma que antecede es auténtica del Sr. Jefe de  
... como JESUS C. GONZALEZ, Juez Int. uno del Estado Civil

AGOSTO



210

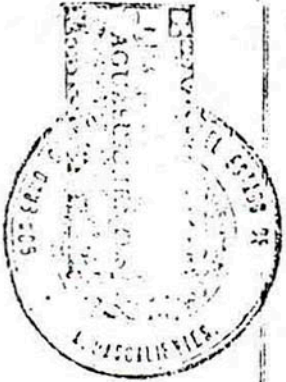
de esta Capital, en ejercicio de sus funciones.

Aguascalientes, 21 de agosto de 1922.

*R. Castellanos*

El Oficial *Int.*,

*J. [Signature]*



SECRETAR  
COMANDANCIA  
DEPTO. DE EST

DIRECCION DE...  
AGUASCALIENTES  
FINE O. EST  
MAY 1 1922  
DEPTO. DE EST





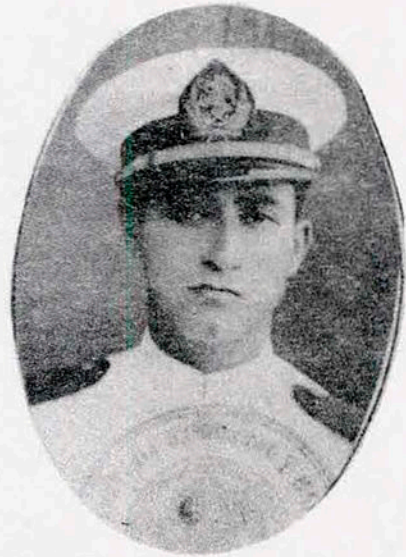
1927 Cadete



1928 Aspirante de 1a.



1929 Teniente de Corbeta



1935 Teniente de Fragata





1939 Teniente de Navío



1943 Capitán de Corbeta



1946 Capitán de Fragata



1949 Capitán de Navío



1952 Contraalmirante



INDICE PARTICULAR  
DE ARTICULOS PUBLICADOS  
EN LA REVISTA "LITORALES"

	PAG.
El mar en la política presidencial. (septiembre 1946).....	23
Libros y naves. (junio 1947).....	26
Los viajes ilustran. (marzo 1958).....	30
Un entusiasta del mar. (abril 1958).....	32
Un tío con amor propio. (Broma inocente pero costosa. Narración Humorística). (mayo 1958).....	34
¡Ah bárbaros! (junio 1958).....	38
El caballero de las zanahorias. (junio 1958).....	42
La ropa sucia no se lava en casa. (agosto 1958).....	45
El joven Morris. (septiembre 1958).....	49
Un agente del Más Allá. (octubre 1958).....	55
Un morenito rencoroso. (noviembre 1958).....	57
México creció un poquito. (noviembre 1958).....	60
Un ateo soñador. (diciembre 1958).....	66
Los últimos no son los primeros. (febrero 1959).....	69
¡Vaya estacazo! (marzo 1959).....	74
Invasores del plenilunio. (abril 1959).....	76
La batalla del Río de la Plata. (julio-septiembre 1959).....	80
Evocación. (julio-agosto 1960).....	102



## ARTICULOS



## EL MAR EN LA POLITICA PRESIDENCIAL

Por el Cap. de Frag. Gustavo Rueda M.

No es muy edificante reconocer que el océano nos ha servido principalmente para que los turistas capitalinos se tiendan en sus riberas a recitar aquello de: —“Capitán de los vientos y de las golondrinas— Fuiste condecorado con un golpe de mar...” —Es muy bonito evidentemente y no negaremos su alta categoría como fuente de emociones estéticas y de buen oxígeno para los pulmones, ¡Dios nos libre!, pero nos parece éste el uso más modesto, casi diríamos más tonto que puede hacerse del mar.

El ceñirse la cintura estrecha con los dos más importantes océanos del planeta, es regalo que la Naturaleza no hizo a muchos países. Sin embargo, tan espléndida dote no ha pasado de ser un lujo para los sucesivos dueños de este suelo. Apenas entrevieron los aztecas el mar; los españoles araron despaciosamente el Golfo con las quillas de la Armada de Barlovento y consiguieron enlazar Acapulco con el Asia remota, mediante la vela curva de la Nao de China, que rompía el horizonte una vez al año.

En el período independiente muy poco más se ha hecho. En el panorama minúsculo y a menudo sombrío de nuestra actividad naval brillan algunas realizaciones de la Dictadura y ciertas obras portuarias no terminadas, pero cuyo enlace acusa la existencia del plan definido que las originó. La continuidad de aquel gobierno las hizo posibles por lo invariable del criterio que lo presidía. No tratamos, de ninguna manera, de hacer la alabanza de tal régimen; traemos solamente a razón el hecho, porque ilustra la necesidad de programas de largo alcance en toda política naval firmemente orientada, aunque reconozcamos que algunos de los trabajos de aquel gobierno pecaron de miopía comercial, cuyas consecuencias se hicieron posteriormente patentes.

En general, los intentos que la nacionalidad ha hecho para adentrarse en las olas fueron esporádicos, desorganizados y muchas veces carentes de buen sentido. Es honesto reconocer que el pueblo mexicano, por su ignorancia casi completa del mar, no acudió casi nunca en apoyo de su gobierno cuando de empresas marítimas se trataba. El compatriota de tipo medio se interesa por el petróleo, le preocupan las fluctuaciones en el precio de la plata en barras o el estado de las cosechas. Son éstas sus riquezas tangibles cuya materialidad se las hace fácilmente comprensibles. En cambio, encuentra misterioso todo lo que ocurra más allá de los litorales.

Rompecabezas o artes cabalísticas son esas actividades que se arropan en la extraña fraseología de fletamentos, gastos de carena, tonelajes de arqueo,



etc. Le parece sorprendente hasta el absurdo que un buque que ande navegando por mares remotos, sin tocar a veces en muchos años puertos de su país de origen, derrame sobre él un chorro grueso y continuo de dinero contante y sonante, solamente por concepto de cuotas de Seguro de los cargamentos que toma y deja en países extraños, sin contar otro género de ingresos.

El mexicano se ha acostumbrado, pues, a ver el mar como una masa líquida en la que se pueden echar clavados y "tirar patitos", pero nunca como la incomparable fuente de riqueza, cuyo dominio ha sido ambición capital de las naciones, que por él se traban en guerras y en todo género de forcejeos políticos. El mexicano jamás lo consideró como elemento de sustento y ha cerrado los oídos a las sugerencias de ese inmenso campo de tráfico y negocios.

Acaso ese desconocimiento del enorme potencial económico del mar, fuera parte en la indiferencia popular que ha descuidado la vigilancia de asuntos tan importantes, permitiendo todo género de ensayos y tentativas, en los que generalmente se ha "picado chueco" por imprevisión, incapacidad o falta de malicia para otear en el porvenir. A lo largo del litoral se levantan, como reproches, las amazonas enmohecidas de obras inconclusas o que resultaron inútiles o inoportunas por errónea concepción, dando la sensación de que fuera la nuestra la única raza incapaz de sacar experiencia de sus desatinos.

El problema naval y sus intentos de solución sugieren la idea de un gato metido en un saco. Con su manoteo desesperado y en todas direcciones, conseguirá cambiar fugitivamente la forma del saco, pero no salir de él mientras no aplique todas sus uñas a rasgar en el mismo sitio. Y como curioso complemento, en el caso de nuestro saco las manos en acción no son todas del mismo gato. En la administración y construcción de los puertos intervienen las más diversas Secretarías, juntas y Departamentos, sin el necesario Consejo Coordinador que norme la política de expansión del puerto mismo y de su zona interior, para que la unidad resulte compensada y apta, tanto para la exportación como para la importación. Así, los propósitos se interfieren, las actividades se estorban unas a otras y nuestros mares siguen reducidos casi a piscinas de natación para turistas.

Así las cosas, el señor Presidente actual expuso al pueblo su programa de gobierno. Habló con frases claras cuyo sentido, en latitud y en longitud, es preciso y no puede prestarse a cubileteos y sospechosas interpretaciones. Acaso, lo que más de halagüeño para la nacionalidad hubo en su discurso, fuera la promesa de que administrará el país como si se tratara de una vasta empresa comercial, poniendo el estómago del pueblo mexicano encima de doctrinas sociales más o menos recomendables, pero poco nutritivas. Si esto es así, significa que vamos a vivir bajo el signo del sentido común; que cuanto se emprenda perseguirá una meta económica favorable y que seguramente se encomendará a técnicos especializados, de dentro o de fuera de México, prescindiendo de los empíricos candorosos, por mucha buena fe que se les suponga. Significa, pues, que ya no va a



“valer” hacer ensayos con los dineros del pueblo; que será cada día más difícil ser sabio en este país, ya que quien diga que la burra es parda, debe tener los pelos en la mano.

No creemos, desde luego, que el buen propósito presidencial va a obrar el milagro de extirparnos de golpe la expansiva fantasía tropical para tornarnos en activos, serios y formalitos, hombres de acción, dotados de un eminente sentido práctico. No; pero ya es mucho que de las tribunas oficiales se haya desterrado el pintoresco y vago lenguaje que tan magistralmente ha satirizado nuestro gran “Cantinflas”.

Comentando estas cosas con un grupo de técnicos navales de diversas ramas, hace unas cuantas noches, coincidimos en que, si hemos de dar a las frases del señor Presidente el sentido que él seguramente les asignó, quienes tenemos más fundadas razones para estar de plácemes somos precisamente los que vivimos del mar. Porque no sería razonable perseguir la expansión económica de México, desdeñando una de sus más productivas e inexploradas fuentes de riqueza. Habló de movilizar todos los recursos nacionales, y ello quiere decir que por fin va a descorrerse la bruma que durante centurias ha impedido a los mexicanos ver la prometedor y maravillosa realidad del mar.

Al enderezar su acción hacia el más urgente de los problemas nacionales; la alimentación del pueblo, el índice del Mandatario esta señalando también a las olas, que tanto pueden ofrecer en este aspecto. Ya nos dirán los expertos el medio más rápido y frecuente de capturar peces para volcarlos en las cacerolas de todo el territorio.

En la exposición de su programa, el señor Presidente hizo alusiones que dejaron en los hombros de los marinos la responsabilidad de ilustrar a sus compatriotas sobre temas navales muy poco conocidos de la mayoría, si no quieren restar su colaboración a un gobierno que de manera tan diáfana ha expresado sus propósitos. El hacerlo supone un serio compromiso para los hombres de mar. El Primer Magistrado ha dado la pauta del lenguaje conciso que desea que se hable, para que no valga salirse por la tangente con “Cantinfladas”.

Cuando se proponga deberá tener un sello de lo útil, remunerador y prácticamente hacedero. El lenguaje será el de las cifras exactas y de las estadísticas veraces; sólo así tendrá la virtud de interesar a nuestros inversionistas, tradicionalmente cautos, y de arrastrarlos a los negocios marítimos, en los que todos los pueblos pujantes han fincado su poderío. Se deberá hablar sin rebozo sobre los obstáculos que deben removerse y los enlaces industriales que hay que tender para que México consiga definitivamente su salida al mar, hoy por hoy impedida por serias deficiencias.

Me encantaría estar poniendo prólogo a una serie de artículos navales orientadores, serios, documentados y verdaderos; no solamente para que el mexicano se conforte y recree en la contemplación de sus inmensas reservas, sino para que los capitales pierdan sus miedos seculares, se tornen atrevidos y se aventuren decididamente por los pródigos caminos del mar.



## LIBROS Y NAVES

Por el Capitán de Fragata Gustavo Rueda Medina

En mi opinión, muy personal desde luego, esta 5a Feria del Libro incidió en grave falta de previsión al no poner a la venta equipos de buzo en el stand de Marina. Esta providencia nos hubiese protegido del diluvio en el que se ahoga la feria, y en el que las ganas de leer se disuelven como azucarillos. Empezaremos, pues, esta charla con una fervorosa oración porque en la próxima los dioses nos sean propicios, o que los organizadores, más bien, elijan tiempo más propicio, en el que los stands no muestren esa temblorosa fachada de acuarios que al presente lucen.

A propósito de stands, viene a cuento algo que me ocurrió ayer frente al que la Secretaría de Marina tiene instalado en esta Feria.

Encontrábase junto a mí un conciudadano al parecer muy entretenido en la contemplación de los pequeños modelos de buques que allí se exhiben. Su rostro revelaba una sorpresa grande, como si en lugar de aquellos barquitos tuviera delante a don Félix Palavicini con casco de bombero. Era evidente que la cosa sacaba de madre al arroyito de sus pensamientos, ahogándolo en confusiones.

Aburrido de ver aquello, se volvió encarándose airadamente conmigo, como si yo a mi vez fuera un irritante modelo de buque, o lo estuviera haciendo víctima de una estafa: — ¿No qué era la feria del libro? — Me dijo —. ¡Qué tienen que ver los libros con los barcos? ¿Qué tiene que ver...?

Temeroso de que el tío me siguiera acosando con su interrogatorio, salí a escape, no sin oír por último que aquél seguía vociferando algo sobre las "Témporas", que no entendí muy bien por fortuna.

Durante mi fuga iba discurriendo que era bien explicable la sorpresa de aquel compatriota del altiplano, retoño de una raza que ha vivido dando hoscamente las espaldas al mar.

Para mí, en cambio, la cosa tenía un claro sentido y me pareció sobradamente lógica. Es arduo discernir, considerando la historia en toda su milenaria longitud, cuál ha sido, si el libro o el buque, el vehículo más activo en la difusión de la cultura.

Una nave, el arca de Noé, guardó, en aguanosos y remotos días, el conocimiento previo y elemental del hombre, para expandirlo entre los hijos de los supervivientes del diluvio asiático.

Bien poco sabía el Egipto faraónico, de la Arabia vecina, alimentada con miel y con harinas sazonadas con dátiles, hasta que los remeros del Nilo desentrañaron el misterio, recogieron la crónica y trajeron en sus naves, para asombro de sus compatriotas, aquellas árabes morenas y sensua-



les, cuyas caderas carnosas y atrevidas contrastaban con los talles estrechos de las egipcias...

Antes que las escrituras en bandas de papyrus arrolladas al "umbilicus" de hueso labrado, fueron las naves griegas, con velas de púrpura, las que extendieron por el Mediterráneo la luminosa cultura helénica. La crónica, no impresa todavía, sino viva y caliente en el labio del marinero se prolongó hasta el Golfo de Gades y alcanzó las islas de la Mar Grande.

No se sabe que nadie se preocupaba por cargar libros en las carabelas de los descubrimientos. Embarcada, viva y parlera llegó a los aborígenes atónitos de las Antillas y de las islas doradas de la Mar Austral, la noticia de un mundo viejo, evolucionado y distinto.

La crónica de la España Católica y remota llegó al Seno Mexicano escrita en las velas de las naves cortesianas. En el aliento de sus tripulantes llegaron el idioma y el conocimiento del Dios, las costumbres, las ciencias y las artes del ultramar...

Las bandas de papyrus, impregnadas de aromático aceite de cedro, como posteriormente los laboriosos manuscritos en pergamino eran piezas raras y costosas, propiedad de unos cuantos privilegiados. Por eso la crónica era cosa viva y volandera que las naves desparramaban hacia todas las cuartas de la Rosa de los vientos, a medida que el Planeta se ensanchaba ante las proas errabundas, que se refrescaban en las aventuras maravillosas de los descubrimientos geográficos.

La nave, pues, precedía al libro como elemento civilizador de primer orden. En su cubierta floreció la casta de soldados cronistas, que iba a prolongarse hacia el futuro, consolidando la tradición de los narradores, a cuya labor, azarosa y fecunda, debe tanto la historia de la humanidad.

Desde los relatos brumosos de los vikingos, que anunciaban un continente inmenso, maravilloso y lejano, a las narraciones de Marco Polo, que acercaron al Gran Kan, hasta Os Lusíadas de Camoens, desfiló una vasta gama temperamental de cronistas. Los hubo serenos, sobrios, imaginativos y exaltados, casi llameantes, como los ocasos encendidos de la Mar del Sur.

Para hablar de lo nuestro, es evidente que serían más densas las nieblas que arrojan los episodios de la Conquista, a no ser por la sagacidad minuciosa de Bernal Días del Castillo.

Aunque la llamada Biblia latina se escribió muy probablemente en 1450, habían de pasar muchos años antes de que el invento de Gutenberg se desarrollara y vulgarizara hasta permitir que el libro y la gaceta sustituyeran a la relación hablada, que se enredaba viajera entre los rizos de las velas curvas.

Este afortunado acontecimiento estableció la feliz conjunción de nave y libro; de la que arranca el verdadero intercambio cultural de los pueblos. Ambos elementos han caminado tan parejos en la marcha de la civilización que han sido, a través de los siglos, los patrones de medida de la pujanza espiritual y material de las naciones.



Libros y buques; dos frutos que sólo pueden madurar juntos en la cumbre de las civilizaciones. La que produce buenos libros es porque tiene pensamientos que comunicar, mensajes que transmitir. La que produce buenos navíos es porque tiene productos que vender o espíritu emprendedor a satisfacer. Cerebro y estómago, elementos esenciales, aunque no muy románticos, de todo organismo. Con el primero en metódica producción y el segundo en digestión plácida, ya puede pensarse en gratas cosas... hasta en el amor apacible, sin los tonos violentos que le imprimen los exabruptos de un hígado atormentado...

En la producción literaria de México se nota un florecimiento de la novela, del verso, del cuento y del libro técnico en un sector más reducido. Sin embargo, se resiente de la falta de libros de orientación sobre los verdaderos problemas de la nacionalidad. No obstante, el panorama no desconsuela en lo que atañe a los escritores; la de los lectores es harina de otro costal. Mientras ese costal no tenga alimentos suficientes para las clases media y popular, es difícil que éstas metan en él la mano buscando libros en lugar de tortillas...

Entretanto, la otra unidad de medida del poderío de un pueblo, —el buque— precisamente el que puede llenar el costal, aunque sea de pescado, continúa aquí en el porvenir de un sueño.

Puede un país poseer una minoría culta, que piense y escriba bien, aunque tal beneficio no alcance a la masa popular, como comenzaba a ocurrir en las postrimetrías de la Dictadura. El poseer una marina requiere muy otras condiciones nacionales.

La Marina necesita una base más ancha. Su creación no puede ser labor de una minoría romántica, sino empresa de toda una nacionalidad vigorosa y atrevida. La soporta una producción copiosa de materias exportables; la nutre una adecuada red de caminos interiores con puntos de convergencia en los puertos; la impulsa el espíritu emprendedor no al capital tímido y cauteloso.

Mientras no concurren los factores enumerados será ilusorio hablar del desarrollo de una Marina Nacional. Mientras no exista la Marina Nacional, cuanto se diga sobre el poderío económico de este país será romántica serenata de violines.

De este círculo vicioso en el que nos revolvemos, sólo podrá sacarnos el esfuerzo conjunto de toda la estirpe.

Porque una cosa sí puedo asegurar a mis compatriotas: que el buque, como secular unidad de medida de la pujanza de un pueblo, no encontrará en México la excepción de la regla. Ya pueden ir viendo, pues, en la debilidad de su marina el signo desconsolador de la debilidad nacional.

Esta amarga realidad no debe rendirnos al desaliento, sino acicatear el esfuerzo. Afortunadamente contamos con un gobierno poco dado a fantasías, que endereza decididamente su acción al fomento de la producción en todos los órdenes, con miras a resolver el problema capital de la



alimentación del pueblo mexicano. En sus propósitos descubrimos los signos más halagüeños del advenimiento de la marina. Pero para acercar la hora es deber ineludible de cada mexicano acudir con toda su voluntad en apoyo de las sanas intenciones gubernamentales.

Cuando estos propósitos hayan cuajado en realidad tangible, tendremos derecho a abrir el espíritu a la esperanza; estará cercano el día en que las naves nuestras, llevando en sus entrañas los productos de nuestro suelo y el fruto de nuestros pensamientos, rompan el horizonte, anunciando al mundo que la hora de México ha llegado, y que, como una raza nueva, potente y vigorosa, se enfrenta al destino, larga las amarras y tiende las velas veloces al mar.



## LOS VIAJES ILUSTRAN

Gustavo Rueda Medina

Soy un viajero infatigable. Un destino errabundo me mantiene en perpetuo movimiento, forzándome a hacer cuatro viajes diarios cuando menos: dos de la Colonia del Valle al centro y dos en sentido inverso. Esta condición, y la de peatón irredento que me aflige desde niño, me obligan también al trato frecuente con choferes de taxi; personas más ilustradas que yo, por aventajarme, con mucho, en número de viajes.

Hoy discurro que acaso interese a nuestros lectores, especialmente a los sedentarios, saber de qué hablan entre sí las personas ilustradas por un vagar continuo de instructivo.

Un sábado a medio día, terminados ya mis asuntos habituales, me encontré dispuesto a abordar un coche de alquiler en la esquina que hacen las calles de Bolívar y 16 de Septiembre.

Empecé mi gestión a las 13 hs. rebosante de optimismo ante el panorama de un grato y descansado fin de semana. Con ademanes parcos y comedidos invitaba yo a detenerse a los carros que me parecían vacíos o a punto de serlo.

A las 13:30 hs., el continuado desfile de automóviles invariablemente ocupados, o vacíos que iban a rendir, había destemplado bastante mi ánimo; mis ademanes eran violentos y descompuestos. Con el rostro desencajado a decepciones y el brazo tembloroso apuntando al cielo, se me hubiera tomado por un banderillero citando o por un Profeta anunciando el fuego eterno...

A las 13:45 hs. se había apoderado de mí la más violenta desesperación, me invadía un desaliento demoledor y sólo de cuando en cuando las débiles explosiones de una flaca esperanza me impulsaban a emprender trotecitos que llevaban mis exploraciones hasta las calles de Gante, 5 de Mayo y Motolinia.

Por fin a las 14:00 hs. mi mano consiguió caer furiosamente sobre la manija de la portezuela de un coche que apenas iba a desocuparse y cuyo pasajero, cartera en mano, se disponía a pagar el servicio.

— ¡Es mío! — rugí, clavando en el Chofer una mirada sanguinolenta.

Mis pensamientos eran rojos. Por la acera se aproximaba una señora gorda seguida de cerca por un anciano casi centenario, muy pulcramente vestido. Se me ocurrió que ambos venían a despojarme de mi conquista y que tendría que defenderla a como diera lugar. Pensé que a la gorda tendría que empujarla brutalmente... Recuerdo que hasta corrí el suelo con la vista calculando cómo hacerlo para que en la caída su nuca no diera



contra el filo de la banqueta; lo que según he visto en películas complica muchísimo las cosas.

Para descontar al anciano hallaba preferible una táctica más suave en atención a su ruinoso estado. Me pareció que sería suficiente con arrebatarse los lentes, pulverizárselos a taconazos y finalmente darle "Mala Canchoncha" hasta que le fuera imposible dar trece pasos en línea recta.

Afortunadamente ninguno de los dos quería mi coche; lo que me libró de poner en práctica mis negros designios, me permitió entrar sin más trámite en el ambiente tibio del vehículo y dar mi domicilio con voz ronca por la emoción. Entonces me pareció inevitable explotar y exploté:

— ¡Cómo va a prosperar la nación en la que los ciudadanos pierden una hora cada vez que necesitan trasladarse de un sitio a otro!

El chofer, hombre de aspecto bonachón y hablar reposado, medio volteó la cabeza para mirarse de soslayo, sonrió con indulgencia y en tono doctoral emitió su dictamen: — Mire usted, señor; mientras se encargue la solución de los problemas a gentes que no los conocen, vamos a avanzar muy poco. Que me dejen a mí el de los ruleteros y... pasado mañana sobran carros... ¡Me canso de que sobran carros... ¡Me canso de que sobran carros!

Sentí casi temor en presencia de aquel genio y apenas acerté a murmurar: — ¡Caramba! y cómo lograría usted esa maravilla...

— Mire, Señor: me dijo acentuando su indulgente sonrisa ¿Se ha fijado que ahora toman carro hasta los que no lo necesitan, nomás de puros visionudos? ¡Claro, porque son muy baratos! ¿Entonces? Se sube la tarifa al doble y hay carros para los que realmente los necesitan. ¿No cree?

— ¡Hombre! — exclamé entusiasmado —. ¡Qué idea acaba usted de darme! Yo soy del Comité encargado de combatir la escasez del maíz; que ya habrá notado usted que está escaseando...

— ¡Cómo no! — Admitió el chofer —. Hay unas colas inmensas en los expendios...

— ¡Claro! — admití yo a mi vez —. Pero eso va a acabarse definitivamente. Lo vamos a poner a dieciséis pesos el kilo. Los que realmente puedan lo comprarán y los visionudos que se mueran de hambre... ¡Magnífico! ¡Nos va a sobrar maíz!

— Como... Como... Como — repetía el chofer desconcertado.

— Pos como... como — repuse evasivo.

— Quiubo... Quiubo...

— ¿Y usted qué? Quiubo... Quiubo.

Parecíamos luchadores en el ring midiéndonos de hito en hito con miradas preñadas de desconfianzas... Quiubo... Quiubo.

El viaje terminó en un ambiente de hosco y ominoso silencio; exactamente igual que las conferencias de los más ilustrados economistas, en las que cada cual arrima el ascua a su sardina, pero nadie saca el toro de la barranca.



## UN ENTUSIASTA DEL MAR

Por Gustavo Rueda Medina

De esto no hace mucho tiempo. Fue, como dijera mi compadre Solís, "ahora en treinta". Por aquellos días, la conciencia marítima nacional estaba ya no dormida, sino profundamente anestesiada; las obras portuarias suspendidas en donde las dejó Don Porfirio; los barcos con apariencia de fantasmas a punto de desvanecerse y los faros ardiendo aún por mero milagro.

En tan lamentables circunstancias, un grupo de muy jóvenes oficiales de la Armada fuimos designados para venir a la ciudad de México, centro nervioso, cultural y económico del país, a intentar el milagro de despertar a la bella durmiente y conseguir así que la nación se decidiera a gastar algunos centavitos en el fomento y protección de sus servicios marítimos indispensables.

Echaríamos mano de periódicos, estaciones radiodifusoras, espectáculos públicos y otros medios de divulgación que quedaran a nuestro alcance. En rigor a nuestro alcance quedaba todo el mundo o nada, porque no se nos dieron medios económicos, aparte de los indispensables para subsistir. Se confiaba en que nuestra juventud respaldaría airoso a la cara dura que habríamos de poner ante las muchas puertas a las que tendríamos que llamar. Y así sucedió; gratuitamente tuvimos: teatros, difusoras, impresión de programas y cartulinas, películas alusivas y hasta músicos y cantantes que eran el cebo de nuestras conferencias.

Y es que la necesidad eran tan evidente que todos la sentían. Todo lo que decíamos se podría resumir en una frase por simple muy entendible: ¡No hay que ser...!

En una de tantas ocasiones me tocó producir una conferencia sobre los factores del poder naval, en el vetusto Teatro Hidalgo, hoy desaparecido y que estuvo en la Calle de Regina.

Recuerdo que tenía un cupo imponente, o que así me lo pareció desde mi pequeñez y soledad en el vasto escenario, mientras cubría mi número. Terminé entre la estruendosa ovación de un público entusiasmado ante la idea de que el número siguiente era de escalerilla lateral que conducía al pasillo solitario en el que se alineaban las puertas de las plateas. Ahí, al pie de la escalera me esperaba él. Era un tipo vigoroso y sonriente. Tenía los brazos abiertos en cruz dramáticamente y en ellos hube de caer porque no me quedaba otro camino...

—Soy un entusiasta del mar— dijo a guisa de presentación, con un vozarrón acorde con su corpulencia, al tiempo que me levantaba del suelo



entre sus brazos, palmeándome las espaldas con un vigor que me producía hormigueo y casi me provocaba tos.

Me depositó luego en tierra y clavando en mí una mirada chispeante y amistosa me espetó:

— ¡Pero que bárbaro, mi amigo, usted se las trae hablando! Estuvo unos segundos contemplándome con alegría, como si yo fuera un espectáculo realmente divertido, y agregó efusivamente:

— Ya le dije, soy el entusiasta... ¡Permítame mi amigo...!

Y allá fui otra vez al aire levantado por aquellos brazos que me apretaban hasta la tortura. Me sacudía, me sarandeaba; supongo que los faldores de mi levita del uniforme tremolarían como banderas.

Por segunda vez me puso en tierra mientras me hacía víctima de su verborrea torrencial:

— Tiene usted una manera tan clara y precisa de exponer las cosas, verdaderamente sorprendente. ¡Qué bárbaro! Me dolieron las manos de aplaudir. Estaba yo realmente emocionado. Será que como soy un entusiasta... Como al conjuro de esa palabra, le asaltó otro arrebató de entusiasmo y otra vez me echó mano, y otra vez me vi en el aire pataleando y braceando como náufrago.

— Caballero — exclamé con voz sofocada —. Agradezco su felicitación, pero me parece que ya esta bien... Mi hercúleo admirador me dejó en tierra murmurando excusas y pude por fin escapar a toda prisa.

Como yo vivía en una hospedería de 5 de Febrero, decidí hacer el camino a pie gozando la serena y tibia noche de octubre. En el fondo iba contento; los escasos transeúntes me parecían gentes amistosas y cordiales me sentía inclinado a perdonar la vapuleada del entusiasta en reconocimiento a la sincera admiración que me había demostrado. — Bien, bien — murmuré satisfecho.

Creo que hasta silbé mientras subía la escalera del edificio. Ya para alcanzar mi puerta, eché mano al bolsillo, en busca de las llaves, pero no las encontré justamente alarmado busqué en los demás, primero con calma y luego con violencia frenética al ir comprobando que en todos ellos el vacío era absoluto. No solo las llaves se habían evaporado, faltaban el pañuelo, la cartera, los cigarros, la pluma, el lapicero, los papeles... En tres levantones del entusiasta quedé como Moisés con las puras tablas.

Fui presa de un acceso de furor en el que eché de ronco pecho hasta cansarme. Jamás creí que me cupieran en el cuerpo tantas malas palabras.

Desde entonces, cada vez que alguien elogia exageradamente mis pobres merecimientos, en mi imaginación aparece el entusiasta, con los brazos dramáticamente abiertos en cruz, a mi se me enchina el cuerpo e instintivamente me llevo las manos a los bolsillos...



## UN TIO CON AMOR PROPIO

### BROMA INOCENTE, PERO COSTOSA...

#### NARRACIONES HUMORISTICAS

Por Gustavo Rueda Medina

La resaca de la guerra española traía a las playas veracruzanas aludes de refugiados parleros y gesticulantes. Con tal motivo, mi mujer y yo dimos en tomar café en el portal del Colonial, que era paso casi obligado de aquellos grupos de inmigrantes que traían la frente sombría de inquietudes, las maletas en menguante y las esperanzas en creciente... Confiaba en encontrar entre ellos algún conocido que me informara sobre tantos excelentes amigos que, tres años antes, dejó enfrentados al pavoroso drama de su guerra civil.

Tal confianza tuvo justificación la tarde en que identifiqué, caminando a grandes zancadas, en medio de un grupo procedente de Noráfrica, al gigantesco Jesús Allende, "noble y sencillo vasco", cuyo pecho se balanceaba por encima de las cabezas de sus compatriotas, que parecían hormigas llevando a una avispa.

Una vez que entre exclamaciones de grandísima alegría y afetuosas palmadas nos reconocimos, me apresuré a lanzarle una andanada de preguntas que rechazó con ademán vago mientras se excusaba: No, por favor, me he propuesto no hablar de eso.

—Oiga, usted —repliqué— yo creo que el tabú no incluye a nuestros comunes amigos... ¿Qué fue de Urtaza?...

—¿Eh? Le fusilaron.

—¡Ah! ¿y Marquina?

—Murió en un bombardeo en Málaga.

—¿Y Alava?

—Se perdió en el hundimiento de un transporte.

—¿Y Vélez?

—Enloqueció en Larache.

El conocimiento de tantas tragedias me volvió temeroso cuando traté de saber del más querido de mis amigos españoles: ¿Y el "Gordo Muriño"? —aventuré casi con miedo...

—¿"El Gordo"? Se dislocó una clavícula en un golpe de tos.

Respiré aliviado. Entre tanta efusión de sangre, dislocarse solamente una clavícula era realmente tranquilizador.



Y más si se considera el estado de guerra en que se hallaba el país; porque al mismo golpe de tos de Muriño, en tiempos de paz, se le hubiera concedido la importancia que seguramente tuvo. Porque los golpes de tos del "Gordo" eran a manera de terremotos que sacudían ciento veinte kilos de carne con violencia capaz no ya de dislocar una clavícula, sino de causar más graves averías.

Cuando lo conocí pesaba ya sus ciento veinte kilos, que no le habían caído del cielo, sino que se los había conseguido a pulso, como se verá.

De joven, vivió solo en Santiago Compostela, donde se suponía que estudiaba Derecho. En rigor, jugaba dominó, bebía vino y cantaba a coro como el Benjamín de una peña de amigos realmente heterogénea, en lo que militaban, entre otros, un boticario, un maestro de obras y un violinista.

Como llegara a Burgos el aviso de que sería reprobado sin remedio, la madre se apresuró a enviar al más serio de sus hermanos con instrucciones precisas de poner al sobrino en la senda del saber y del deber, a como diera lugar.

Cuando el honesto y probo cuarentón descendió del tren, cayó en brazos del sobrino, que lo esperaba con su palomilla en pleno; estalló la alegría de las gaitas, y casi en hombros, como a torero, lo condujeron al domicilio social de la peña, en "El Café Morado".

Tres meses después hubo que forzar al tío a que regresara a Burgos, sin excusa ni pretexto, porque llegaban noticias de que la guía y el ejemplo del sobrino no tardarían en dejarlo convertido en un cumplido perdurario.

Ya sin el tío, Muriño siguió su carrera en un azaroso ambiente de sustos, exámenes extraordinarios y a título de suficiencia. Después de terminarlo por milagro, plantó su bufete en el puerto levantino donde lo conocí.

De su convivencia con esos y otros bohemiazos sacó capacidad para beber en cantidades navegables, para comer en cantidades industriales; amor al trabajo en dosis homeopáticas; afición a gastar a los demás ingeniosas pero muy pesadas bromas y habilidad para narrar cuentos verdes; cosa que hacía de manera muy cómica porque era tartamudo, aunque solo "de arranque"; es decir, que tartajeaba sólo en las primeras sílabas de cada frase.

Su régimen no era ciertamente un tratamiento para adelgazar. En la pensión donde vivía se le despertaba como lo había ordenado a las diez, tocándole la puerta hasta que él decía: ¡Ya!

La patrona volvía varias veces a convencerse de que estaba levantado. En cada vez, al oírse los pasos en el pasillo, él silbaba desde su cama para que creyeran que se estaba rasurando; y así, según decía, ganaba una hora de "reposo musical", hasta las once, en que, entre suspiros lastimeros, se levantaba por fin.

Después del desayuno tomaba un Gin-fizz y estaba en su oficina hasta



las dos de la tarde. Entonces empezaban los botellines de vermouth. A las tres comida con dos botellas de vino de Bodegas Bilbaínas; con el café dos chatos de coñac o de ron. Toda la tarde se dedicaba a las cañas de cerveza y luego a cenar con una botella de vino y chatos de anís. Se encaminaba luego a la Academia de Baile (donde no bailaba, pero cambiaba boletos por ratos de charla). Todo ahí era High-Balls de whisky hasta las cuatro de la mañana, en que exclamaba invariablemente: Ahora una cervecita en "Balanza" para refrescar... y ¡a casita!

Cuando iba personalmente a un cortijo a ordenar su paella para el día siguiente, lo hacía con verdadera minuciosidad. Con los brazos arqueados indicaba de qué tamaño la quería. Para cuatro personas; con dos gallinas. Entraba al corral, las perseguía, las tacleaba, les palpaba los muslos.

—Estas dos. Apártamelas y cui... cui... cuidadito con cambios.

Ordenaba además dos kilos de langostas de Vinaroz y seis kilos de fresas para prepararlas con vino.

La dueña se recreaba de antemano imaginando todo lo que de aquello sobraría.

Al día siguiente se acababa la paella, las langostas, las fresas... y la dueña estaba a punto de morir de un disgusto cuando el "Gordo" inquiría: ¿No hay unas butifarretas para rellenar?

Ya con las butifarretas dentro, adquiría una placidez de Buda, la frente perlada de transpiración y el labio inferior montado sobre el otro.

Muy lentamente iba volteando la cabeza hasta clavarme frente a frente una mirada turbia y verdosa. Hablaba con voz que difícilmente brotaba de su sopor: Pa... pa... para la cena... ¿Ha... ha... hace un cordero?

Y ahí mismo, por teléfono, comenzaban sus gestiones para un cordero al horno, cuya descripción había minuciosamente para evitar conflictos posteriores.

Esta conducta había convertido a mi amigo en una mole que en todo tendía a reproducir la redondez de la tierra, soportada por unas poderosas piernas de rey de baraja. El pecho, el estómago y el vientre hacían causa común para adelantársele un buen trecho. El reloj, en fin, casi se le perdía en un pliegue de la muñeca.

Recuerdo que su madre le escribía frecuentemente desde Burgos: Hijo, ven. Tengo tantas ganas de verte, y temo morir antes.

La lectura de estas cartas extendía por su rostro un velo de melancolía, a veces suspiraba y quedaba algunos minutos silencioso. Sin embargo, nunca supe que fuera a verla. Siempre pensé en algún drama familiar que lo impedía.

Se me ocurrió que tal vez Allende pudiera sacarme de dudas. Y le formulé la pregunta:

—Oiga, Don Jesús; yo conviví dos años con Muriño. Me consta que su



mamá no cesaba de llamarlo a Burgos y que el nunca fue... ¿Qué pasaba ahí, pues?

Allende me miró con desprecio como si yo fuera un estúpido completo y declaró con energía: —Muriño tenía razón. ¡Muchísima razón! ¿No ve usted que se deformó? ¡No podía darle ese disgusto a la viejecita!

No pude menos que sonreír asombrado y divertido. Advertía, que mi mujer comenzaba a engordar y, me sentí obligado a prevenirla: —Cuidate mucho; ya sólo te quedan dos o tres meses para ver a tu mamá.

Tan inocente broma me cuesta ya un ojo de la cara en dietas, tratamientos y regímenes; pero ella sigue visitando a su mamá con regularidad y se mantienen inalterables las buenas relaciones en la familia.



## ¡AH BARBAROS!

Por Gustavo Rueda Medina

Siempre oí hablar de los españoles del norte, vecinos del Mar Cantábrico, como de un tipo de bárbaros altos y forzudos, un tanto exageradillos en la práctica de ejercicios físicos. Me han dicho, que no tienen la más remota idea del descanso; que cuando no están trabajando, se dedican a levantar grandes pesos; a arrastrar rocas sobre el empedrado, obligando a los bueyes a que, por solidaridad, las arrastren también; a echarse, a fin, varias arrobas de plomo encima, como lastre, para aumentar interés y dificultad a las carreras... cosas todas que los divierten y entretienen casi tanto como el partir troncos a hachazos, que es otro de sus deportes favoritos.

He sabido también de aquellos mozos que llevaron de paseo a las novias. Se dice que anocheciendo regresaron contentísimos. Sus carcajadas rodaban como carretas por el camino. Se arrebataban uno a otro la palabra por mejor narrar los incidentes del día, subsanar una omisión o corregir un error; todo entre manotazos y explosiones de risa.

— ¡Qué bárbaros! Lo que nos hemos divertido...

— Fijaos que fuimos por las chicas y las llevamos en la canoa. Y venga chungu... y venga reír... y venga echarles agua en la cara y venga vino y venga jaleo... Y venga romperles los remos en la cabeza... y venga reír ¡Te digo que nos hemos troncado, vamos!

No acabaría, si me propusiera contar todas las anécdotas de vascos que conozco. Debo aclarar que, por tratarse de información oficiosa, proporcionada en su mayor parte por andaluces, le venía yo aplicando un razonable descuento. Después, mi amistad con dos hombres del Norte me permitió comprobar la tosquedad de sus jueguitos y lo expeditivo y práctico de su espíritu, que los induce a resolver las situaciones confusas con potente y a veces pavoroso impulso. Ahora ya no sé muy bien a qué atenerme...

Mi primera experiencia personal fue en los aledaños de Bilbao, en una aldea llamada Guechu, o algo así. Comíamos a la sombra de los árboles en un hermoso patio, cuando mi vecino me informó: — Al Café, desde aquí mismo veremos las carreras.

— ¿Carreras? — Pregunté desconcertado, mientras me daba cuenta de que el patio no se alargaría seguramente más de... diez metros; y menos aún la distancia entre dos rayas blancas pintadas en el piso — ¿Qué clase de carreras?

— ¡De velocidad!



—¿De velocidad...? ¿Y a qué distancia?

—¡A ocho metros! dijo con tono admirativo.

No se me ocurrió ningún comentario.

Al café, conforme lo había anunciado mi vecino, se alinearon frente a una de las rayas blancas, media docena de vascos, atléticos hasta la deformidad. Los rodeaba una nube de ayudantes portadores de gabanes de cuero, balanzas, cucharón, bolsas con perdigones y otros extraños objetos, cuyo papel en la carretera yo no acertaba a imaginar.

Con gran solemnidad, como si se tratara de vestir a un sacerdote, cada mastodonte fue revestido con uno de aquellos gabanes de piel que, en pecho, espalda y faldones mostraban gran número de bolsillos. Vinieron otros ayudantes que se dieron a la faena de pesar perdigones y llenar con ellos los bolsillos, cuidando escrupulosamente de que a cada corredor cupiera el mismo peso.

Llegó un momento en que los animalazos aquellos gimieron: —Ya... Cosa evidente aunque no la dijeran, porque ya para entonces se bamboleaban bajo el peso de varias arrobas de plomo; tenían las venas del cuello hinchadas y a punto de estallar, los rostros amoratados y los ojos sangui-nolentos. Se adivinaba que cien gramos más les causarían una hernia...

Entonces sonó el tiro y comenzó la carrera. Cada paso era un triunfo; prácticamente no había paso, sino el dificultoso arrastrar, de un pie que se adhería al suelo como imán y que representaba chorros de sudor y lamentables pujidos y suspiros.

Avanzaban lentamente con torpe caminar de buzo. Cuando a alguno se le flexionaba una pierna pasaba las negras para volverla a entiezar; y cuando no lo conseguía, a pesar de titánicos esfuerzos, era retirado de la cancha, compungido y avergonzado, como un gran trasto inútil.

Los que después de terribles sufrimientos, alcanzaban la meta, se desplomaban en brazos de sus amigos para no hacerlo estruendosamente al suelo, como los ferrados caballeros de los torneos.

En cuanto los libraban del gabán prorrumpían en gritos de alegría desbordante. Algunos se revolcaban gozosamente en tierra como burritos retozones.

Después de una de estas carreritas, queda la impresión de haber asistido a un encuentro de monstruos fabulosos procedentes de Marte o de otro mundo igualmente remotos y desconocidos.

Mi otra experiencia personal tuvo lugar en un puerto mediterráneo que albergaba una parte de la Escuadra. Actores principales, dos corpulentos oficiales de marina, ambos vascos perdidos.

Estos excelentes amigos solían venir por mí en las tardes de los sábados. Generalmente iniciábamos una juergueta de tanteo en casa de la Sixta. Si las cosas se daban bien, aquello podía durar hasta el domingo; si no, enmendábamos el rumbo y lo dábamos a entretenimientos más apacibles.



Esta de la Sixta, era casa que conservaba traza de la residencia señorial que seguramente había sido. Entresolada, con cuatro corredores alrededor del jardín. No se explicaba uno cómo había venido a parar en casa alegre, en la que se bailaba y se bebía.

El piso de los corredores quedaría a dos buenos metros sobre el nivel del jardín...

Pero volvamos al asunto... Aquel sábado también vinieron por mí los dos vascos, e íbamos los tres, vestidos de civiles y muy alegres, camino de la casa de la Sixta, cuando al cruzar la Calle Mayor alcanzamos a ver al Médico de Capitanía, elegantemente uniformado de blanco, tomando nieve en compañía de dos rubias.

Me sobresalté, porque ambos hombres del Norte habían tenido una comida con amigos y vino, y éste les bailaba ya alegremente en el alma.

— ¡Ahí está Jiménez! Exclamó el vasco primero — Es un punto magnífico y la mar de gracioso. Vamos a llevarle —. Y a través del cristal le hizo señas invitándolo a salir.

Jiménez lo miró intrigado, se excusó con las muchachas y salió con fiadamente.

Fui presentado al Médico. Después de esta pequeña formalidad, la fuerza bruta de aquellos dos animales se aplicó a inmovilizar aparentemente sin violencia al recién llegado, quien se deslizaba a buena velocidad, llevado en peso, muy derecho, a pocos centímetros del suelo. Como bulto fue doblado e introducido luego a un taxi, entre protestas muy violentas al principio, pero que al tomar conciencia de su inutilidad decayeron en un quejumbroso y monótono repetir: — ¡Que sois unos pesaos, vamos! — Cuyo dramatismo acentuaba el rostro pálido que demostraba contrariedad y fastidio.

Se ignora todavía quién pagaría los helados de las rubias.

Al descender frente a la puerta de la Sixta, la negativa del Médico fue terminante y definitiva: ¡No entro! ¿No veis que vengo uniformado?

— Médico...

— Que no, hombre. Estoy uniformado. No entro. ¿Lo oís?

Los hombres del norte me miraron fijamente. El vasco segundo dijo: — Aquí te lo encargamos — y entraron a la casa.

El pobre Médico hubiera querido salir corriendo. Me miraba con angustia. Era evidente que sólo lo detenía el temor de ser descortés con un oficial extranjero.

Adentro se oyeron las voces de los vascos llamando a la dueña, luego la de ella lejana, después las voces de los tres aproximándose al corredor... Tras un silencio ominoso, un gemido sordo y algo como un saco de papas cayó en el jardín haciendo trepidar el suelo.

Uno tras otro salieron los dos vascos frotándose las manos. El vasco primero anunció triunfalmente: — Pasa, Médico, ya está justificada tu presencia; creo que se ha roto una pierna. Y señalaba con la mano el lu-



gar donde la Sixta yacía sembrada de espaldas en el césped, mirando con mirada tonta y sin entender el porqué de aquel vuelo sobre el corredor y de aquel inesperado aterrizaje.

Miré a aquellos dos tipos casi con alarma. Mi imaginación les montó en las cabezotas yelmos partidos con airosos plumeros, en los pechos corazas bruñidas en los hombros rosetones y capas coloradas; les puso en las manos incendiarias teas, y no pude menos que murmurar ¡Ah, bárbaros! Con razón...



## EL CABALLERO DE LAS ZANAHORIAS

Por Gustavo Rueda Medina.

Era evidente que estábamos muy orgullosos de nuestro conejo. Los niños le llamaban Blas. Los transeúntes se detenían ante nuestra reja para divertirse con el incesante corretear de aquel brioso animal en el jardín y en el garage.

No tenía el débil y silencioso salto de sus congéneres; Blas galopaba como caballo; a veces dejaba que su peso completo de bicho robusto y bien comido cayera, al brincar, sobre sus cuatro patas simultáneamente, con lo que conseguía hacer un ruido audible a mediana distancia. Después de esos alardes, miraba con altivez y nada extraño hubiera sido que se golpeará el pecho con las manos como los atletas en la regadera. ¡Era un animalazo!

Roía su zanahoria con ruidoso y eficiente zumbido de sierra circular... ¡Era un tiazó con toda la barba!

Un día tuvimos la visita de una vecina. En cuanto pudieron deshacerse de mí, ella y mi mujer, lo hicieron, dejándome a distancia que apenas me permitía enterarme de las cosas. Trataban asuntos sentimentales... La vecina venía a pedir la mano de nuestro Blas para una conejita suya que estaba necesitadísima de las galanterías de nuestro animalito. Ella lo había visto repetidas veces y le encantaba por vivo y vigoroso. Ella pensaba que... En fin, mi mujer llamó al mayor de los sobrinos, le dió órdenes en voz baja y como consecuencia compareció Blas.

Se soltó deleitando a la concurrencia con lo mejor de su repertorio: galopes alrededor de mi mujer, alrededor de la vecina, que se enterneció con la atención casi hasta el llanto; saltos a través del aro y mil monerías más. La visitante creyó que era llegado el momento de echarle mano y de cargar con él. Cuando lo tuvo entre sus brazos, Blas se irguió con verdadera majestad, las manos en alto, las orejas derechas en alerta, el robusto pecho saliente y la cabeza moviéndose con calma en semicírculo, como si pretendiera que ninguno de nosotros escapara a la mirada desdeñosa y superior de sus ojos colorados.

Ambas mujeres, que ya se sentían consuegras, charlaron aún largamente en la puerta. La mía hizo mil recomendaciones sobre el régimen alimenticio de Blas, sobre sus hábitos de limpieza que era prudente conservar, sobre sus horas de reposo... y nuestro conejo salió espectacularmente en hombros, como boxeador o como torero; consciente de su importancia y de su fuerza física que le brotaba a raudales, como corriente eléctrica, por cada pelo de su piel lustrosa e inmaculada.



Tres días después me pareció prudente preguntar por qué no había vuelto Blas.

—¡Ah! —Exclamó mi mujer—. Se me había pasado decirte, que Marianita me dijo que otra señora se lo pidió prestado para cruzarlo con su conejita. Que no nos pudo avisar, pero que pensó que no te ibas a oponer.

—No apruebo el proceder de Marianita —repuse con acritud...—. Pero si no tiene importancia...

—Sí la tiene... Pero no se hable más de esto... corté definitivamente.

Varios días después reparé en que efectivamente no se había vuelto a hablar de aquello y decidí hacerlo. Entonces supe que nuestro conejazo había sido ya huésped en varias casas, cada vez más alejadas hacia el norte.

Ahora se hallaba en una granja, adelante de la Villa, ya casi en la carretera de Pachuca. Temeroso de que nuestro Casanova fuera a llegar al Polo, decidí actuar enérgica y prontamente. Tomé el teléfono y me comuniqué con Marianita.

—¡Quiero mi conejo inmediatamente! —grité en cuanto pudo oírme.

—¡Ay, si hasta parece que estas enojado...! —me contestó en tono amistoso.

—No parece —bramé— lo estoy efectivamente, y mucho...

—Pero si ha estado solamente en casas buenas... Donde lo han tratado muy bien...

—¡Quiero mi conejo inmediatamente! —repetí con voz ronca de furor—. Estoy perplejo ante tamaña desaprensión y ruego que se me haga caso —esta vez rematé en tono siniestro.

—Bueno... Bueno —farfuñaba confusa—. Si yo hubiera sabido que te iba a molestar tanto... Yo misma voy a ver que te lo lleven hoy mismo...

—Hoy mismo... repetí como un eco sombrío, rechinando los dientes. Y quedé pendiente de comprobar qué entiende una mujer por "hoy mismo".

Afortunadamente no tuve que esperar mucho tiempo. Como a las dos horas de mi ultimátum telefónico, se detuvo un carro frente a nuestra puerta; de él descendió Marianita y, tras ella un tipo alto, desconocido para mí, que traía su impermeable al brazo.

Enfurecido otra vez iba yo a preguntar por Blas, cuando noté que aquella rara cosa que el hombre traía al brazo y que a primera vista tomé por un impermeable era ¡oh dolor! precisamente Blas. A través de la piel opaca y delgada se manifestaban vértebras y costillas del que lo llevaba y apenas un débil y ronco estertor indicaba que aquella lamentable cosa vivía...

No hubo saludos ni palabras. Eran absolutamente inútiles y así lo comprendimos todos. Aquellas gentes dejaron en el suelo su doliente carga y huyeron como malhechores.

Blas parecía avergonzado; levantó la cabeza para mirarnos tristemente pero el sol candente pareció molestarlo. Miró con avidez la sombra



fresca y acogedora del garage y a ella se encaminó dando traspies. Una vez adentro lo recorrió todo con la mirada, que había perdido toda su rojiza fiereza y era ahora de un color de rosa paliducho y cursilón. Se desplomó panza abajo con las extremidades extendidas en X y el cachete tercamente adherido a la frescura del mosaico. Ahí quedó tendido, aplanado, casi sin relieve, como un viejo tapete tirado al descuido. Ya fueron inútiles nuestros cariñosos llamados y nuestros mimos, Blas tenía un ansia infinita de descanso.

Al día siguiente lo sepultamos en el jardín. Vinieron al sepelio todos los niños vecinos. El gran conejo Blas no era ya otra cosa que un cachito de tierra removida con unas modestas ofrendas florales encima.

Sin embargo, me puse a considerar que en su vida y en su muerte hubo circunstancias que lo hermanaban espiritualmente con Margarita Gouthier. Por lo menos, los dos entregaron el equipo prendidos del mismo con afán. Por tanto tuve a bien disponer que, así como en la tumba de Margarita jamás falta una camelia, en la de Blas no debe faltar nunca una zanahoria.



## LA ROPA SUCIA NO SE LAVA EN CASA

Por Gustavo Rueda Medina.

En mis mocedades no teníamos máquinas lavadoras a bordo de los buques de la Armada. Tal falta dió pie a que surgiera en cada puerto un gremio pintoresco, gritón y gesticulante: el de lavanderas de barco.

Lo he llamado gremio por darle alguna denominación, en rigor era un agrupamiento, sin estatutos, ni asambleas, ni cláusulas de exclusión; aglutinado solamente por un común cariño a la Armada, un risueño sometimiento a Comandantes, Jefes de Máquinas y Segundos Comandantes; inextinguible rebeldía a los Contramaestres y centinelas, así como por el acatamiento que todas ellas prestaban a una especie de ordenamiento de derecho consuetudinario que regía la maniobra marinera en la parte que les correspondía.

En cuanto un barco soltaba el ancla a media bahía, desde todos los embarcaderos se lanzaban al abordaje verdaderas flotillas de cayucos, canoas, pangas y en ocasiones hasta lanchas, conduciendo al escandaloso y colorido gremio. En sus embarcaciones rápidas como flechas, albeaban las ropas limpias apiladas en amplias cestas de mimbre.

Ya en aguas del buque, se situaban con los remos en "alza", en semi-círculos, a prudente distancia del portalón, hasta que el Contramaestre pitaba con su silbato el toque de "lavanderas a bordo", que había compuesto para ellas especialmente. Entonces iban abordando la plataforma en orden de antigüedad que ninguna se atrevía a alterar. Expertas en la maniobra atracaban y abrían rápidamente, ocupando la escala apenas el tiempo estrictamente necesario para echar a bordo sus canastos y embarcarse ellas mismas en volandas, colgadas de un guardamancebo.

Las más eran muchachas de no malos bigotes que se iniciaban apenas en el azaroso ejercicio del lavado naval y que conocían no más que a las tripulaciones actuales, especialmente a los Guardiamarinas y oficiales subalternos.

El privilegio de lavar la ropa de los Comandantes y Jefes, correspondía a maduras matronas que lo habían hecho por largos años, que los conocieron jóvenes, que los vieron varias veces marchar comisionados al Golfo y regresar siempre al Pacífico, cada vez con menos alegría, pero con más panza y más galones. Y así, ascendiendo por la escala de las consideraciones derivadas de la antigüedad en el servicio, se llegaba a Doña Chuy. ¡Ah! Doña Chuy era casi una institución: Vestía a la usanza popular mexicana antigua: enagua a los tobillos, rebozo entre semana y tápalo los domingos para su Misa. Llevaba la melena entrecana a la Cristóbal Colón, tenía una cómica voz nasal y era malhablada como Contramaestre.



Pero la superioridad de Doña Chuy era indiscutible y abrumadora. Había conocido a Comandantes que lo fueron antes de que los actuales Capitanes llegaran a los barcos como Aspirantes de Primera, como entonces se llamaba a la clase de oficiales que hoy conocemos como Guardiamarinas. Su familiaridad con aquellos imponentes y remotos fantasmas la facultaba para tratar sin pizca de respeto a todo bicho viviente. Por otra parte, nadie se atrevía a protestar por aquel trato confianzudo y burlón, por temor a caer en desgracia con Doña Chuy, lo que significaba una verdadera catástrofe, habida cuenta de la alta peligrosidad de su lengua, expertísima en cáusticas expresiones y en golpes de ingenio, capaces de fijar en la Historia y dejar para siempre en ridículo el más pintado. Era en el gremio la líder indiscutible. Todas la trataban con diferencia y la respaldaban con su confianza, en premio a las muchas ocasiones en que se colocó en primera línea, arguyendo como leguleyo o acometiendo como amazona en defensa de la sufrida clase a que pertenecía.

Es honesto asentar que nunca usaba sus poderes injustamente. En cambio, se complacía en “desfacer entuertos”... ¡Pobre del Oficial que tuviera novia que en opinión del gremio no mereciera! Cuando más tranquilo fuera caminando por la acera o por el parque al lado de la tal novia, se le acercaba Doña Chuy remolona y somormuja fingiendo ignorar que no se debe molestar a los caballeros en la calle con asuntos domésticos: —¡Ay Fernandito; no te voy a llevar calcetines porque ora si ya rindieron. Y... no sé... pero, con perdón de la señorita... a ver si ya te compras calzoncillos porque ya diatiro... Ni parchándolos como me dijiste...”

El Oficial sonreía forzosamente dominando su rabia... La novia contenía la risa.

Dos o tres de estas intervenciones oportunas y el oficial se sentía en ridículo, la novia y sus amigas se burlaban a escondidas y por angas o por mangas terminaba el noviazgo, como estaba previsto.

Recordaré dos trances comprometidos de los que la vieja lavandera salió airosamente, dejando a sus contrarios en la Historia. El primero es del tipo épico y el otro del jurídico.

Uno de nuestros cañoneros, recién llegado de España, fondeó en bahía. Las lavanderas, como de costumbre, se lanzaron al abordaje y quedaron sobre los remos y a la expectativa.

Redoblando el alcance de su voz con un megáfono, el oficial de guardia les informó que por disposición del Comandante, ninguna lavandera embarcaría, debiéndose hacer la entrega de ropa en la plataforma del portalón de carga.

Ninguna embarcación avanzó; todas las lavanderas quedaron en silenciosa y resentida inmovilidad... Así permanecían aun cuando llegó Doña Chuy muy erguida en su canoa... —Chuy, Chuy —le gritaban angustiadas sus compañeras—. No van a tocar “Lavanderas a bordo”; por orden del Comandante.



—¿No? —exclamó la vieja endureciendo el gesto—. ¿Quién es el Comandante?

Una vez informada sobre el particular, prometió en voz alta: —Me va a oír ese güerito... — Recorrió su flota con una mirada circular, se irguió más aún, como un guerrero que se enderezara sobre los estribos, ordenó acción a su remero y con belicoso ímpetu, como si asaltara la Bastilla, embistió materialmente la escala. Del encontronazo salió lanzada con violencia hacia los peldaños, que trepó con juvenil agilidad hasta llegar al asustado centinela que en su confusión sólo acertó a cruzarle tímidamente su fusil con la bayoneta calada.

—¡Muchachito cabezón! —rugió Doña Chuy apartando el arma de un manotazo—. ¡Destripa a una pobre vieja! ¡Así serás bueno...!

Sin que nadie quisiera ya detenerla siguió corriendo sobre cubierta, guiada por un instinto certero que le permitía orientarse aún en barcos desconocidos, hasta alcanzar el despacho del Comandante, sobresaltando a éste, que saboreaba calmosamente su café.

—¡Oyeme güerito... Todavía no te califico... ¿Qué traes contra las lavanderas...?

¡No, Chuy! —repuso con voz tranquila que quería ser persuasiva—. No traigo nada contra ellas... Pero, comprende; estos barcos tienen muchas vueltas y recovecos. Luego las mujeres se pierden por ahí con los marineros y luego... luego vienen las dificultades. ¿Ves?

Doña Chuy cruzó los brazos sobre el pecho, su rostro reflejó el más grande asombro y acentuando el tono zumbón de su voz nasal comentó lentamente: —¡Vaya, pues! Es lo que salimos ganando con la Secretaría de Marina... Que ahora les den a los Comandantes la comisión de cuidarles el... honor a las lavanderas...

—Mira Chuy... Mira Chuy...

El Comandante explotó como polvorín. Se oyeron puñetazos sobre el escritorio, "gritos y sombreroazos", y se vio salir a Doña Chuy a estampía como si temiera que el otro la alcanzara a puntapiés. A grandes zancadas y saltando obstáculos llegó jadeante al portalón; como bolido pasó ante el oficial de Guardia, bajó a trancos la escala real, embarcó en su canoa que previsoramente había atrancado, y fue a colocarse en su lugar frente a las flotillas de las lavanderas. Todo era ansiedad y expectación.

De repente, sobre el dramático silencio que se cernía sobre la "Escuadra", cayó, como un alegre trino, el silbato del Contramaestre llamando "lavanderas a bordo". Doña Chuy se desinfló y la emoción la venció hasta las lágrimas, mientras el "lavanderío" entusiasta aclamaba a su Capitana...

Poco tiempo después de este épico lance, un policía llegó a casa de Doña Chuy con un citatorio para que "sin excusa ni pretexto" se presentara en las Oficinas del Ayuntamiento, para "la práctica de una diligencia legal".



Se echó la vieja el rebozo sobre los hombros y con rápidos y menudos pasos se encaminó al Municipio lanzando cómicas miradas de ganchete al gendarme que caminaba a su lado.

—Buenos días, Chuy —exclamó cordialmente el Alcalde al verla aparecer en la puerta— Te llamé...

—¡Oyeme! ¿Desde cuando me tratas como criminal y me echas encima los cuicos...? ¿Qué me comí, pues?

—Nada... Nada, Chuy —trataba de explicar conciliador el funcionario municipal— No es conmigo; son los señores del Sindicato de mataderos y tablajeros que presentan denuncia contra ti. Y señalaba con su mano regordeta hacia un rincón del despacho.

La vieja fue virando poco a poco, como barco grande, hasta dar frente a cuatro hombrones que la recibieron con miradas hostiles...

—¿Estos? ¡Ni los conozco —refunfuñó la lavandera con irritación— ¿De qué me acusan estos... tales?

—Vamos por partes —dijo carraspeando el Alcalde—: Chuy; estos señores dicen que tú tenías un cerdo en tu casa... ¿Es cierto?

—¡Si es cierto...! ¿Y qué hay con eso?

—Nada, Chuy, nada. ¿Y dónde está el cerdo?

—¿Cómo que dónde está? Lo maté...

—¿Lo mataste? ¿Y qué hiciste con él?

—¡Pero mira a éste! —decía desconcertada Doña Chuy— ¡Que qué hice! Pos lo que se hace con todos los puercos... Lo hice chicharrones... Porque era mío y porque me dió la gana... Lo hice chicharrones y los vendía en los barcos... ¿Qué tiene eso?

—¡Ah! —exclamó el funcionario abriendo ojos y boca desproporcionadamente— Entonces tienen razón de quejarse estos señores del Sindicato...

La lavandera máxima se volvió para mirarlos, esta vez con mirada afectuosa, mientras decía con un dejo de resentimiento y arrastrando las sílabas: —¡Cerdo tal por cuál... Dos años lo tuve en mi casa y nunca me dijo que era del Sindicato...!

La irritación y alboroto entre los sindicalistas, las risitas de los ciudadanos que esperaban su turno y de los policías que guardaban las puertas, así como la embarazada actitud del Alcalde, hicieron comprender a Doña Chuy que todo había terminado...

Se encaminó a la puerta; nadie le impidió salvarla y lanzarse cuesta arriba por la calleja con un divertido saltar de pajarillo. La líder de las lavanderas navales se iba tronchando de risa...



## EL JOVEN MORRIS

Por Gustavo Rueda Medina

En las comunicaciones oficiales se me llamaba pomposamente "Comandante del Sector Naval". Mi Sector no podía ser más modesto; mis ojos al recorrer la bahía anchurosa, tropezaban solamente con obstáculos de poca monta; cayucos, pangas y lanchas de recreo y pesca deportiva... Una vez cada mes, venía un buque de la Armada a embarcar víveres y pertrechos para las guarniciones insulares. Por falta de costumbre, mis visuales chocaban entonces contra aquella mole gris, que se me antojaba gigantesca, entre las docenas de barquichuelas que la marejadilla hacía bailotear rápida e incesantemente.

En tales ocasiones, me ponía yo activo como el cianuro de mercurio, para que el buque pudiera zarpar cuanto antes, cosa que agradaba a la mayoría de los tripulantes, que anhelaban llegar pronto al puerto base en el que radicaban sus familiares. Sin embargo, en cierta ocasión me aparté de esta costumbre y retrasé dos días la salida de una corbeta, tratando de despachar en ella, "un paquete" que al fin me dejaron y que, sin que sepa por qué, me daba muy mala espina.

El tal paquete era un marinero que cayó en mi oficina en cuanto su barco llegó al muelle. Traía un oficio en el que su Comandante me explicaba que el tal había caído por una escotilla rompiéndose probablemente una o más costillas, y que el Médico de a bordo recomendaba su desembarco y empleo en un lugar donde las faenas fueran menos rudas que las marineras, por lo que solicitaba dejarlo a mi disposición para lo que a bien tuviera... etc., etc.

Levanté la vista y vi con más detenimiento a Pedro Morris. Era un jovencillo de unos dieciocho años, con una cara simpática de tipo despierto y avispado. Lo liviano de su sangre era evidente; así como sus facultades de leguleyo que se ponían de manifiesto en cuanto abría el pico para dar suelta a su "labia" persuasiva. Tenía lo que los andaluces llaman "ángel".

El trato continuado con tripulaciones durante muchos años, me ha dotado de una aptitud empírica pero efectiva para conocer a la gente. Un gesto, un rasgo, un algo indefinible delata la maldad de los que tarde o temprano van a darnos un disgusto.

Nada de esto había en Morris. Su personalidad era diáfana y debía moverme a simpatía; sin embargo algo, probablemente psíquico nos hacía chocar y me impulsaba a ver con prevención a aquél chico que no me parecía igual a los demás.



En nuestro puertecito no se podía tomar una radiografía; pero mi médico lo acosó, a tanteadas seguramente, y concluyó que era un simulador. Morris ponía cara triste y pedía quedarse. Su Comandante parecía ansioso de deshacerse de él; a mi me disgustaba la idea de adoptar casi al enigmático angelito, pero como resultado del estira y afloja, y por el temor de que realmente estuviera fracturado y lo expusiéramos a peligros ciertos, lo hicimos, y nos quedamos finalmente con él, con los resultados que el curioso lector no tardara en saber.

Dejé de ver a Morris porque sus horas de limpieza de las oficinas no coincidían con las de mi trabajo, pero iba a tener noticias suyas antes de lo que esperaba.

Una señora de modesto aspecto pidió hablar conmigo y pasó a mi despacho.

—Señor — me dijo visiblemente turbada — siento mucho molestarlo, pero me hace mucha falta, y quería que por favorcito me diera lo de la fianza del joven Morris.

—¿Cuál fianza? — Pregunté frunciendo el entrecejo. (Cuando menos supongo que lo fruncí. No era para menos).

En vez de contestarme me entregó un papel doblado y sucio por el manoseo.

Por este sensacional documento me enteré de que era efectivamente fiador del joven Morris. Decía: "Muy estimada Doña Carmen Trujeque:

Le suplico a Ud. dar asistencia al joven Morris, que es un joven muy cumplido en sus compromisos y que no tiene drogas.

En el caso de que el joven Morris muera o una cosa así que le impida quedar bien con Ud. yo le pagaré la cuentita que quede, que ha de ser poca.

No sabe como le agradezco que asista a este joven Morris que lo estimo por cumplido en sus tratos.

Seguía mi antefirma y, abajo, mi facsímil.

Más que el abuso de confianza en sí, me irritaba el rústico lenguaje que me atribuía el tal Morris.

Señora — le dije pausadamente — la engañaron. Esta no es mi firma, sino un sello copia de mi firma. Y le hice una demostración, estampándole varias veces sobre un secante.

¿Cuanto le debe ese marinero?

—Nomás son tres semanas...

Hice comparecer al delincuente, se acordó que el Pagador descontaría por partes a Morris y entregaría a la señora Trujeque el adeudo y... todos contentos... menos yo. Puse al joven Morris como "lazo de cochino", le indilgué mis mejores consejos, le pinté el sombrío panorama de las islas Marías y le impuse arresto por 14 días, máximo a que me facultaba la ley de disciplina.



Pasamos por unos meses tranquilos. En ellos, lo más notable fue la visita del Cañonero Potosí, que nos resultó novedosa porque nuestro puerto quedaba fuera del área de su servicio habitual.

Unos dos meses después de tal visita vino a mi oficina una mujer de tipo indígena, de unos cuarenta años, que se cubría con un rebozo como las mujeres del Sur. Tuve que alentarla para que me confiara el motivo de su visita.

— Quería pedirle un consejo — dijo en voz apenas audible. Porque esto del joven Morris ya me va dando mala espina...

— ¿Que hay del joven Morris? — Pregunté francamente interesado.

— Pues, verá. — Y de entre los pliegues del rebozo sacó un legajo, con un buen número de ajados documentos, que puso encima de mi escritorio...

— Vera — repitió con su pequeña voz — Yo asisto al joven Morris... Tengo dos hermanos que no nos vemos desde chiquitos porque ellos se fueron de la casa. Se llaman, si todavía viven, Refugio y José. Nunca más se supo de ellos... Y ora hará como dos meses llegó a cenar el joven Morris y me dice: — Andamos de suerte Urbanita; así siempre me dice, Urbanita... Andamos de suerte — me dice: — Recibí un telegrama de un amigo del "Potosí", que sus hermanos Refugio y José están en la Armada en Salina Cruz. Y me enseñó el telegrama. A ver — rebuscó entre sus papeles y me alargó uno que "yo enseguida reconocí", (como en "El Relicario").

Se trataba de una forma de las que usan para mensajes todas las estaciones de radio de la Armada. El radiograma decía: "Para entregar al joven Morris: — De aquellos señores Refugio y José Angulo hermanitos de tu amiguita Urbanita, aquí están en la Armada y quieren irse a trabajar con su hermanita pero no les dan la baja porque deben ochenta pesos. A ver que haces por ellos o su hermanita."

Seguía una imponente marejada de sellos: Estación de Radio — Detall-Comandancia — entre la que apenas podía leerse una disposición superior: — "Entréguese al joven Morris".

Haré gracia al lector de los pormenores y detalles que aquella mujer me dio con voz pausada, para exponer someramente la trama urdida por ese dramaturgo elemental que se complacía en llamarse a sí mismo "el joven Morris".

Para Urbanita aquello fue la sorpresa de su vida. Entregó los ochenta pesos para que Refugio y José se liberaran, el joven Morris los envió, los hermanos dieron las gracias y ofrecieron salir cuanto antes; todo en telegramas rebosantes de sellos oficiales.

Pero alcanzar la felicidad no es cosa fácil; cuando ya iban a pedir su baja, enfermó Refugio, y seguramente de gravedad, porque hubo que mandarlo al Sanatorio, a México, acompañado por José; según daban fe catorce sellos repartidos en tres urgentes telegramas.

En los mismos se exponía la necesidad de contar con algunos centavitos para el viaje, cantidad que, conservadoramente se estimaba en ciento



cincuenta pesos, que como rayo salieron de la hucha de Urbanita y pasaron al enfermo por las veloces manos del joven Morris; acto del que también quedó constancia en un mensaje sellado y resellado.

Pero en México las cosas fueron mal. Refugio seguía grave en el Sanatorio, en tanto que José se había dedicado a buscar a la abuelita Nachita que por allá vivía. Pero esa búsqueda requería dinero para coches y camiones. No mucho ciertamente... Tal vez con treinta pesos bastaría.

Todo ello se explicaba de manera pormenorizada en 4 mensajes que una vez separados de su legajo me extendió la buena mujer.

—Oiga —demandé de repente—. ¿Cómo averiguaría el tal Morris tantas intimidaciones de su familia?

Pos yo se las contaba... —respondió quejumbrosa— No ve que cuando no teníamos qué hacer nos estábamos platique y platique, y yo le contaba mucho de mi familia? Ora creo que ha de tener buena memoria y algo se le habrá pegado.

—Excelente memoria —exclamé convencido—. Y se le pegó algo... ¡Ya lo creo que se le pegó!

La mujer reanudó su minucioso relato y el manoseo de su archivo. Por ellos creí entender que acaso el joven Morris notara algún desfallecimiento en el espíritu caritativo de Urbanita, porque llegó de México un certificado del mismísimo Director del Sanatorio Central de Marina.

Venía redactado en una forma o esqueleto de los que se usan para solicitar préstamos al Banco del Ejército y Armada. De manera burda, increíble en un tipo tan vivo como Morris, donde decía "solicitante" se había agregado con tinta "a enfermo". Donde el impreso decía "Grado", "había puesto muy grave".

Pero lo verdaderamente conmovedor era la nota que de su puño y letra había puesto el Director al calce del documento. "Este enfermo Refugio Angulo está muy grave. Vive gracias a mí que de buen corazón le regalé penicilina. Pero todavía si quieren que se alivie necesita varios millones que son como setenta y cinco pesos. Si no, se nos puede ir con Dios Nuestro Señor. A ver quién le hace esa caridad".

Sonreí al comprobar que el Director del Sanatorio usaba lenguaje aún más rústico que el mío y mentalmente agradecí al joven Morris esa ventajita.

Urbanita hizo de tripas corazón una vez más y el joven tuvo que girar para la penicilina...

Por fin llegó el día feliz que Refugio dejó el Sanatorio y pudieron los dos hermanos abrazarse gozosos y llenos de salud en la esquina de Edison y Jesús Terán.

Su primera idea fue acudir a Urbanita para que les enviara para los pasajes, aunque fuera en segunda, jurándole que sería el último préstamo que le fincaban, y que en lo sucesivo todo sería pagarle lo que le debían. Como lo pensaron lo hicieron; lo comprobaba el telegrama que me mostraba Urbanita y que contaba como catorce sellos para él solo.



—¿Y no caía usted en cuenta? —pregunté desde la cumbre del asombro.

—No muy bien. Algo se me daba, pero no acababa yo de desconfiar, hasta que llegó el otro telegrama...

—¿Otro más? —grite casi con alegría.

—Otro; sí señor. Este —y me alargó el más estropeado, aunque reciente mensaje del hermano distante.

Venía firmado por José y su tono era lúgubre; francamente alarmante. El pobre Refugio había recaído y se hallaba entre la vida y la muerte. Para colmo de desdichas el José, no se sentía nada bien y tal vez tendría que hospitalizarse también.

Interrumpí la lectura para alentar a la buena mujer: —Vino usted muy a tiempo —le dije— Este bárbaro los iba a matar, no les daría yo ya ni cuatro días de vida...

—¿A quiénes? —preguntó bastante desconcertada y sin acabar de entenderme.

—Hablabas solo —le respondí evasivo.

Despedí a la mujer asegurándole que se haría justicia. Ordené al Oficial de Guardia detener en la Prevención al joven Morris y quedé a solas con mis pensamientos.

Levanté el teléfono y pedí el número del Agente del Ministerio Público, a quien rogué recibirme para un asunto oficial.

El amable funcionario me dijo que no podía recibirme, pero que, en cambio, ya salía para mi oficina, donde charlaríamos más en privado. Le agradecí a chorros su gentileza y un cuarto de hora después le contaba con todo detalle lo que sabía.

Cuando terminé, la cara del adusto funcionario había perdido su austeridad habitual; una juguetona sonrisa vagaba por sus labios y sus ojillos chispeaban traviesos.

—Está usted muy divertido. —Le dije sin conseguir ponerme muy serio yo tampoco—. Yo también. Le confieso que la cosa tiene matiz cómico muy acentuado, pero se trata de un tipo de altísima peligrosidad que ha cometido una real estafa, contra una infeliz mujer ignorante; de un muchacho que no escarmentó con el arresto que le impuse... Su juventud no...

—Ni hablar. —Me atajó el funcionario—. Estamos de acuerdo. Se le deben apretar las tuercas, y durito... Consignaremos el caso. Póngalo a mi disposición.

Así lo hice y dejamos de ver al joven Morris en el área de nuestras actividades.

Días después, recibí una carta sentimental. La novia del joven Morris elogiaba la dulzura de mi hogar; envidiaba hasta el espasmo mi felicidad conyugal que quisiera para sí y para su novio cautivo. Llamaba a mi generoso corazón, etc., etc.



Advertí que la novia del joven Morris hablaba el mismo rústico lenguaje que el Director del Sanatorio y que yo; descubrimiento que, naturalmente, dejó inoperante mi generosidad.

Dejé transcurrir un plazo prudente y me presenté en la Oficina del Agente del Ministerio Público, con ostensible propósito de saludar a mi amigo, y secreta esperanza de que me informara sobre el caso Morris.

— ¡Cómo no! — exclamó amablemente el funcionario al oír mi deseo. Giró en su sillón unos sesenta grados, y rogó a una empleada — señorita; deme usted por favor el expediente de... De... ¡el del novelista...!

Por todas las caras se extendió una sonrisa picaresca que me hizo conocer el éxito alcanzado en el estreno, y lamentar que un autor, tan rico en fantasía, tuviera que epilogramar su obra en las sombras del calabozo, por pedir a la vida más de lo que la vida da por falta de escrúpulos en la elección de temas y por sobra de audacia para encarnar, en la vida real, personajes que nunca debieron actuar fuera de su propia imaginación.



## UN AGENTE DEL MAS ALLA

Por Gustavo Rueda Medina

El viejo Transporte de Guerra "PROGRESO", construido en el año de 1905 por Odero, de Sestri Ponente, en Génova, Italia, dominaba apaciblemente fondeado en la quietud de la bahía de Manzanillo. Llevaba ahí varios meses aburrido e inactivo, ya sin tripulación, condenado a un lento desmoronamiento que acabaría con él. Ahí hubiera permanecido seguramente por "secula seculorum", de no ocurrir acontecimientos imprevistos que iban a alterar fundamentalmente las cosas.

México se vió forzado a participar en la segunda guerra mundial; algunos batallones de nuestra infantería fueron a guarnecer el norte de la Baja California y quedó la Armada con el compromiso de abastecer de víveres y pertrechos aquella zona. Alguien se acordó entonces de que el anciano que tomaba el sol en Manzanillo, tenía capacidad de bodega para mil toneladas de carga y como consecuencia se decidió volverlo al servicio activo, lo que equivalía casi a una resucitación, nombrarle una tripulación y un Comandante, papel que me tocó jugar a mí.

Mi alegría fue grandísima. Tenía varias razones para sentir por aquel barco un cariño especial; había nacido en el mismo año que yo; fue el primer buque que pisé en mi vida, en prácticas de cadete; al salir de la Escuela Naval, en él hice mis prácticas de Guardiamarina y en su cubierta caí herido en combate... Ahora el destino me escogía seguramente como el último Comandante que navegaría al mando de aquel querido y viejo cacharro. La cosa me parecía perfecta. No descarté la posibilidad de que un torpedo nos hiciera cisco y recuerdo que no me impresionó mayor cosa el extremo trance, porque lo imaginé rodeado de las cosas y elementos que me eran más gratos. Fui, pues, lleno de alegría a mi nuevo destino.

Las pruebas demostraron que el cacharro era capaz de moverse por sus propios medios, aunque solamente a velocidad de cuatro nudos (siete kilómetros y medio por hora). A esta velocidad, que no nos envidiaría ni Colón, tendría que arrastrar su vejez por la vastitud del Pacífico.

Recuerdo que en una ocasión nuestros cálculos revelaron que, con la ayuda de una corriente favorable, habíamos navegado a la fantástica velocidad de cinco millas por hora (nueve kilómetros). Tanta alegría mostraba el Oficial de Derrota, que me indujo a bromear: —¡Por favor, frene usted la loca carrera de este monstruo! Si nos descuidamos amanecemos en el Cabo de Hornos.

A causa del servicio mercante que el barco estaba prestando, su situación legal llegó a ser confusa. Lo despachaban las Capitanías de Puer-



to como si fuera una embarcación civil; estábamos autorizados para usar birrete y gorra de cuartel sin escudo; teníamos los más variados embarcadores, oficiales y particulares, y todo contribuía a que nos sintiéramos mercaderes fenicios; cosa que nuestra velocidad de cuatro nudos hacía perfectamente verosímil.

Sin embargo tratamos de mantener organización y disciplina de acuerdo con nuestros antecedentes. Ordené al Segundo Comandante formular el "Plan General del Buque". Este documento se redacta en una o varias grandes hojas. A la izquierda y en columna van los grados y nombres de los tripulantes, de Comandante a Grumete. A la derecha de cada nombre en línea horizontal figuran los puestos que deberá ocupar cada uno de los zafarranchos de babor y estribor de Guardia; combate; incendio, abandono del buque...

En este último se indica a cada tripulante la lancha, bote, bolsa o red en que debe embarcar cuando la inminencia de su hundimiento, haga inevitable el abandono del buque.

Con el trabajo terminado, irrumpió en mi oficina el Segundo Comandante, joven, sonriente y capaz Oficial, de cuyo nombre no quiero acordarme. Extendió sobre el escritorio un enorme papel, mientras solicitaba mi aprobación y firma.

Detenidamente fui revisando el Plan General. Comprobé que yo figuraba como debe ser, en el puente de mando en "Babor y estribor de Guardia", en "Combate", y en "Incendio en la mar". En cambio en "Incendio de puerto" se me colocaba, como también debe ser, en el lugar del incendio. Al llegar al "Abandono de buque" fruncí el ceño: — Oiga usted — interrogué — ¡Aquí no me puso usted a mí! ¿Qué embarcación me toca?

El Segundo me encuadró en una mirada de asombro: — Como... Como... — murmuraba confuso — ¿Qué usted no se va a pegar un tiro?

— Mire joven — le expliqué — Yo también tengo sentido del humor, y las cosas deberían quedar aquí; sin embargo, no sobra una aclaración: esté usted seguro de que sabré guardar la tradición, pero naturalmente si yo tengo la culpa... Porque en el encuentro con un torpedo enemigo, no creo que se me pueda achacar la responsabilidad de la pérdida del buque...

Como el Segundo se iba poniendo muy serio, agregué para restablecer el equilibrio: — Por otra parte debería usted saber que en esta guerra el sentido práctico se ha impuesto sobre el romanticismo. Los aliados han ordenado ya que en casos de naufragio deben salvarse primero los técnicos que por sus conocimientos y experiencias sean más necesarios y difíciles de sustituir. El primero que debe salvarse ahora es el Capitán... Así que no sería malo que nombrara usted algunos Oficiales que con toda delicadeza me condujeran en silla de manos, y usted... usted a ver si se va borrando...

Mi inmediato colaborador se me quedó mirando con mirada indefinible y, de manera casi imperceptible le oí murmurar: ¡Voy...!



## UN MORENITO RENCOROSO

Por Gustavo Rueda Medina

Ahora es muy difícil reclutar en Acapulco gente de mar para los buques de la Armada. Los nativos hallan más lucrativo y más liviano aplicarse al servicio de los turistas que por millares afluyen al hermoso puerto de la Mar del Sur.

Antaño, y me refiero a días anteriores al de apertura de la moderna carretera, los negritos de las colonias costeñas, tenían a gran fortuna engancharse en un buque de guerra. Por su parte los Comandantes de éstos, hacían también un buen negocio al contratarlos, porque casi siempre levantaban buenos remeros, honrados y perseverantes en el servicio. Había que tolerarles en los primeros días algunas irregularidades; como su incontenible locuacidad en filas, y su insistencia en tutear a todo el mundo, incluso al Comandante. Había que tolerarles también, y eso por toda la vida, su peculiar manera de hablar a gritos agudos y comiéndose todas las eses finales.

Aquella vez el "Transporte Progreso" arribó al medio día. Fondeó el ancla, hizo cabeza limpiamente con ella, y la popa, virando con rapidez; vino a amarrarse con suma delicadeza al viejo muelle de madera que amenazaba con saltar hecho astillas al menor esfuerzo.

Se arriaron los botes de servicio y la panga del cartero como es habitual. En uno de ellos, se lanzaron a tierra el Segundo Comandante y el Primer Maestre de Armas, como lebreles feroces; a caza de inocentes nativos para cubrir vacantes de marinería.

Como resultado de aquella pesquisa, a la puesta del sol ambulaba por cubierta todavía vestido de civil, un negrito de blanquísimos dientes y músculos duros y largos, que prestaban a sus movimientos elasticidad felina que proclamaba una sana y extrema juventud. Le gustaba el medio; sonreía amistosamente a los marineros que como él vagaban sin objeto por la toldilla. Acostumbrado a navegar en su cayuco a ras del mar, se sentía ahora muy alto y le complacía asomarse por la borda para ver el agua muy abajo. Su estómago se sentía igualmente complacido; aunque aún no tenía derecho a la ración reglamentaria, había cenado "del caldero". No le dieron huevo ni pan dulce, pero lo retacaron de frijoles y le permitieron tomar hasta tres tazas de café delgado.

Para la ceremonia de arriar la Bandera, vió a la tripulación formar en filas, no supo qué hacer y se escondió detrás de un manguerote. Desde ahí miró conmovido cómo, a los acordes de la Marcha de Honor, el sagrado lienzo, ya sin colores y plegado por la calma, descendía lentamente recortándose como un ave marina en la lumbre del ocaso.



Después se recostó en un enjaretado a contemplar con verdadero deleite la fuga de la luz violeta del atardecer hacia el alto cielo, en tanto que el caserío de su pueblo se iba hundiendo en la sombra...

Le regocijaba el pensar que el día siguiente firmaría un contrato que significaba tres años de tranquilidad económica, ropa y comida aseguradas y sobre todo, muchas millas de agua entre él y la Charo, que lo quería casar a como diera lugar, cuando él pensaba que tiempo era ahora de quemar cohetes y no recoger varas.

Se acomodó las palmas de las manos bajo la nuca y con los ojos prendidos de temblor de las estrellas tempraneras, sintió todo su ser invadido por una paz sedante e infinita...

De repente algo espantoso estalló sobre su cabeza. Pareció que el cielo se agrietara, que algo rojo y fugitivo brotara de la grieta y que en el aire quedara la vibración imponente de un trueno que parecía decir: — ¡Qué hace aquí este vago! ¡Míralo tiradote en la toldilla! ¡Y en la banda de los oficiales! ¡Alza arriba baquetón! ¡Alza...!

Le costó trabajo comprender que su apacible reposo había desencadenado tamaña tormenta, y que, según parecía, el baquetón era precisamente él. Poco a poco fue ladeando la cabeza para encontrarse con un hombre que tenía los ojos chispeantes y el rostro enrojecido por la ira, bajo una visera que lucía ramas de laurel bordadas en oro.

¡Aalzaa...! — repitió con voz ronca el Comandante, que no era otro el de los laureles.

El negrito se levantó lentamente mientras murmuraba en el más conciliador de los tonos: — Y va... Ya va... Pero no te enoje pariente...

— ¡Ningún pariente! — rugió con ferocidad el de la cara roja — ¿No le han enseñado a no usar familiaridades con sus superiores?

No me han enseñado nada, pu... — explicó el recluta avergonzado de su ignorancia.

— ¡Cómo no! ¿Qué clase de marinero es usted? ¡Póngase firme!

— Ta bien... Ta bien... — gemía el morenito — Pero si yo acabo e llegá pue...

Ya para entonces el Comandante había comprendido que estaba frente a un novelón irresponsable, pero como ya la inercia lo había llevado demasiado lejos en su enojo, siguió por un rato manoteando y formulando amenazas para cuando lo pescara en otra. Y que ya vería... Y que si tal... Y que si cuál...

El recluta estaba hecho polvo y con ganas de salir corriendo.

Cuando lo soltó el de los laureles, entre las risitas burlonas del Contramaestre y de otro tripulante que presenciaron la escena, el negrito, que aún no tenía coy (hamaca de lona), se acurrucó en un rinconcito cerca de la entrada del sollado de marinería.

La Banda recorrió el barco tocando alegremente la Diana, cuando todavía estaba obscuro. El Contramaestre pasó lista alumbrándose con su



linterna; todo el mundo tomó café caliente y comenzó la movida y refrescante faena del baldeo.

Ya para entonces teñían el horizonte los primeros resplandores del orto; una claridad lechosa se cuajaba en los charcos de la cubierta y en los chorros de las mangueras... Amanecía a toda prisa...

Con sus pantalones remangados arriba de la rodilla, el negrito era feliz secando el barco con un lampazo que le dio el "Contra", cuando más entretenido estaba en su faena, cesaron los ruidos, los hombres se quedaron quietos y derechos dando frente a un hombre alto, anguloso y de rostro rojizo, que caminaba silenciosamente como los gatos.

El recluta reconoció al Comandante y el alma se le fugó del cuerpo. Era tarde para salir a escape como hubiera querido... No le quedó más recurso que desviar la vista y hacerse el desentendido, fingiendo que todos sus sentidos estaban aplicados a frotar vigorosamente el mantelete del cañón cuatro...

Momentos de expectación. La figura blanca y dorada se detuvo frente al recluta y llenándose de aire los pulmones para que su grito saliera lo más horrísono que fuera posible, estalló: ¡¿Otra vez usted?! ¡¿Por qué no me saluda...?!

El negrito se revolvió, miró primero a los marineros y luego al Comandante con auténtica angustia. Su rostro se puso cenizo y con un hilillo de voz explicó: — Pos como ayer acabamo peleado, pue...

El de los laureles reanudó rápidamente su marcha para no perder ante aquel tipazo la seriedad correspondiente a su alta comisión y mando.



## MEXICO CRECIO UN POQUITO

Por Gustavo Rueda Medina

Ibamos volando por la siempre diáfana ruta México-Acapulco. Abajo de nosotros la orografía guerrerense, revuelta y arisca, aparecía cubierta de arboledas que, a la distancia, mentían aterciopelados musgos. Me recreaba la idea de que en tierra tan bravía se hubiera compuesto nuestra bandera nacional; esa bandera de la que habrían de caer a mis manos infantiles las copias emotivas de papel de china y la también modesta banderita de lustrina que izaban en las fiestas nacionales en mi Escuelita primaria de provincia.

Después la vida puso en mis manos solemnes banderas, de pura seda, con escudos y corbatas de oro, que yo portaba con orgullo insuperable, dignándome inclinarlas un poquito sólo para contestar al saludo del Presidente de la República.

Pero todavía me tocaría emocionarme al ver el sagrado lienzo ascender lentamente, emergiendo del humo de los cañones en los buques de guerra propios y extraños; o bien saludado en remotos lugares del mundo a los acordes de himnos exóticos, mientras el sol se astillaba en los bruñidos aceros de los sables y de las bayonetas...

Pero ¿por qué me trajinaban en la imaginación las banderas y las ideas y los recuerdos relacionados con ellas? Sería pensé, porque el viaje obedecía a la gentil invitación que la Empresa Naviera "Transportes Marítimos Mexicanos, S.A." me hizo para asistir al abanderamiento de su recientemente adquirido navío "Constitución", de 10,200 Toneladas de carga...

Pero ya estamos volando sobre la anchurosa bahía de Acapulco. (Que en Náhuatl quiere decir "Lugar donde fueron destruidos los juncos" —o las cañas—. Seguramente en memoria de algún ciclón tropical que todo lo arrastró). Mi vista navega en las aguas azules buscando a nuestro barco, pero no lo hallo. Están solamente el "Anáhuac" y un carguero japonés. Yo no podía saber aún que el arribo del "Constitución" estaba previsto para la madrugada del sábado, cosa que cumplió a las 3 hs. y no en secreto, ya que dos roncospitazos nos sobresaltaron en nuestras camas... El abanderamiento sería a las 17 hs.

Era demasiado tiempo para mi impaciencia. A las diez horas iba yo ya subiendo la larguísima y empinada escala de costado del barco. Del barcarrón, diremos, porque mide 446 pies de eslora y 56 de manga. Al final de aquella ascensión encontré que la oficialidad está integrada por excelentes amigos de la juventud. El capitán José Luis Fernández, el Jefe de



Máquinas Carlos Baranda, Emilio Cano y Constantino Nieto P. vinieron como Oficiales de Cubierta; como Oficiales Ings. Rafael Villanueva, Alejandro Amaya y Ernesto Madrazo. Todos ellos son una garantía para los embarcadores y para la Empresa. Son tan buenos como el barco que, según nos dijeron con ancha sonrisa, tiene la clasificación 100-A 1 del Lloyd Rgst. Que corresponde a las primas más baratas de seguros sobre barco y cargamento.

Sus elementos de propulsión son otra garantía de seguridad. Está equipado con 3 calderas escocesas con recalentadores y máquina de triple expansión de 2,000 H.P. Puede navegar 60 días sin reabastecerse de combustible.

Tripulantes y visitantes lo consideramos un barco excelente y muy seguro, entre los de no muy alta velocidad. Su viaje de Birkinhead, Inglaterra a Panamá, en lastre (que es cuando los barcos ven su estabilidad más comprometida) fue una prueba decisiva, si se tiene en cuenta que soportó un rudo temporal del Atlántico durante ocho días.

Hizo escala después en Salina-Cruz para que le adaptaran a las bodegas mamparos de contención que le permitirán cargar cereales a granel.

El ciudadano Inglés Thomas Baker, que hizo el viaje como maquinista de garantía nos informó que el buque fue construido por William Gray, de West Itartlepool. Navegó por el Báltico en servicio a Rusia y últimamente navegaba entre Inglaterra y Argentina. Su nombre inglés era "Eastbury".

Aquí se le destinará al tráfico especialmente de trigo de Sonora a la costa del Golfo, tocando además en cada viaje La Guaira y otros puertos de Centro y Sud-América que aún no se determinan en definitiva, pero que serán los que mejor contribuyen a fomentar el comercio de México con los pueblos hermanos.

En la tarde del sábado primero de noviembre acudimos puntualmente todos los invitados a la ceremonia. En el portalón nos recibieron amablemente el Capitán Fernández y Don Enrique Rojas, Presidente de la Compañía "Transportes Marítimos Mexicanos, S.A.", propietaria de la embarcación.

Estuvieron presentes el Gral. Raúl Caballero Aburto, Gobernador de Guerrero y Mario Romero Lopatequi, Presidente Municipal de Acapulco.

Llevó la representación de la Secretaría de Marina, el Capitán de Altura Don Rafael E. Izaguirre, Director General de Marina Mercante a quien acompañaba el Capitán de Puerto, Carlos Carrillo.

Asistieron también el Gral. de Div. Praxedes Giner Durán y el Vicealmirante Gabriel Lagos Beltrán, los Senadores Lic. Manuel Moreno Sánchez, Ing. Julián Rodríguez Adame y Lic. Ramón Ruiz Vasconcelos, Delfín Sánchez Juárez, Dadny L. Simms y muchas personas más.

A la hora señalada se llevó a cabo la ceremonia de abanderamiento, sobria y emotiva. Tomó la palabra Don Enrique Rojas, Presidente de la



Empresa. Expresó la satisfacción de su Compañía al entrar en servicio un barco de tan buenas condiciones técnicas como el "Constitución", prometió trabajar tesoneramente para que el tráfico que se inicia entre nuestros puertos y algunos de la América del Sur se extienda pronto a más puertos y con más barcos. Puso especial énfasis en expresar su agradecimiento al Gerente de la C.E.I.M.S.A. Ing. Julián Rodríguez Adame por la constante cooperación que les ha brindado para llevar adelante una empresa que dignificará a México. Tuvo frases emotivas y justas al manifestar su fe y su confianza en el porvenir de la Nación.

Acto seguido el Capitán de Altura Carlos Carrillo, Capitán de Puerto leyó el acta de abanderamiento... El momento solemne había llegado. En medio de un silencio tenso de la muchedumbre que llenaba las cubiertas, el Capitán Izaguirre tiró de la driza y la bandera, con sus vivos colores estallando al sol, comenzó a subir lenta... majestuosamente... sobre la estructura de acero que a partir de ese momento, será suelo mexicano...

Ante nuestros ojos la Patria crecía 2,500 metros cuadrados. En lo sucesivo, en esta enésima y minúscula provincia que se anexa, imperará nuestra ley, bajo el cielo, y a la sombra de esta bandera, vivirá un grupo laborioso de mexicanos y actuarán un registro civil y una notaría pública, y habrá una mano abierta y tendida a todos los hombres de buena voluntad que con nosotros quieran fomentar un comercio honesto, pacífico y equitativo.

Estos pensamientos me embargaban cuando la bandera llegó al tope del asta y se tendió, tensa como tabla a la brisa fresca de la tarde, mientras abajo estallaba la tempestad de aplausos.

Pero los entusiastas no estaban satisfechos. Ellos habían venido de muy lejos para testificar el botellazo en la proa y tendría que haberlo. Se les explicó que ese acto ya tuvo lugar cuando se lanzó el casco en la grada; pero ante su insistencia y antes de que sirviera el espléndido "Buffet" con que terminó la reunión, organizamos un grupo que bajó al muelle a rebautizar el buque. La madrina fue la linda señorita Magali, hija del Sr. Gral. Ginér.

Cuando la botella estalló y el "Champagne", espumoso y abrigado por el sol, escurrió por la proa, no pude menos que levantar mi copa y murmurar: México creció 10,000 toneladas. Ojalá y el ejemplo de Transportes Marítimos Mexicanos, S.A. perservere, y así como ellos moverán el trigo bajo la bandera mexicana, otros inversionistas lo hagan con el azufre, con el algodón, con el café y con tantos productos más que suman fletes suficientes para sostener una decorosa Marina Mercante.

Todos deseamos para México una Marina Mercante propia que esté en consonancia con nuestro progreso económico, pero es frecuente que se ignore por qué nos es tan necesaria, y también que ignoramos cómo podemos lograr este propósito.

La necesidad de la creación de nuestra Marina Mercante va más allá de la satisfacción de un orgullo nacional y del espíritu romántico de con-



tar con embarcaciones que naveguen por todos los mares del mundo. Es una necesidad imperiosa para la consolidación de nuestra independencia económica.

México ha tenido en los últimos años un notable desarrollo agrícola e industrial que se ve limitado en muchos aspectos al marco de nuestro consumo nacional por falta de vehículos adecuados para el fomento de nuestras exportaciones, pues nuestros medios de transporte propios hacia el extranjero sólo son medianamente buenos con nuestros vecinos del norte y aún en este caso, en lo que se refiere al transporte marítimo, tenemos que depender íntegramente de embarcaciones de otros países que además de fijar cuotas de flete a su arbitrio sin que podamos intervenir nosotros en forma alguna, implican una sangría constante de divisas que tanta falta nos hacen para nivelar nuestra balanza de pagos.

Por otra parte, nuestros mercados más lógicos especialmente por lo que se refiere a nuestros industriales, se encuentran localizados en toda la América Latina, principalmente en Centroamérica, en el norte de Sudamérica y en las Antillas, y sólo son accesibles por vía marítima, siendo hasta ahora prácticamente los únicos medios de transporte los barcos extranjeros, cuyos servicios no responden a nuestras necesidades, tanto porque no tocan nuestros puertos con la regularidad necesaria como porque sus cuotas suelen ser incosteables, principalmente porque se ocasionan transbordos que además de demorar la llegada de las mercancías a su destino, encarecen considerablemente la transportación.

Esta situación hace que los mercados mencionados resulten casi siempre inaccesibles para nosotros, en vez de constituir una válvula de escape de nuestros excedentes industriales que al incrementar el volumen de ventas reducirían nuestros costos y serían una importante fuente de generación de divisas.

Ahora bien, teniendo una Marina Mercante de altura prácticamente nula, carecemos en general de conocimiento y experiencia en el negocio marítimo: negocio que de por sí es complicado y difícil y sin el conocimiento del cual no puede existir incentivo de inversión de capitales para la solución de este problema. De esta manera de nada servirá la construcción de astilleros en donde podamos fabricar embarcaciones, si no existen armadores mexicanos que puedan y sepan utilizarlas provechosamente, operándolas en forma tal que puedan competir en virtud de sus costos de operación y eficiencia en el mercado internacional de fletes y permitan transportar nuestros productos en forma económica que aseguren la competencia de los precios en los mercados extranjeros.

Es por eso que creemos que nuestro principal y más valioso activo lo constituye la experiencia adquirida en casi tres años de operación en tráfico marítimo de altura, llevando nuestras embarcaciones con bandera mexicana a Centroamérica, a Sudamérica, a las Antillas, Estados Unidos y al Canadá. Nuestro esfuerzo ha sido enorme para vencer las dificultades



propias de un negocio que se inicia dentro de un medio marítimo incipiente, y aunque hemos recibido grandes satisfacciones por las metas logradas, también hemos resentido serios fracasos que si bien nos han flagelado pecuniariamente han servido de instructivas experiencias para evitar la repetición de esos mismos errores.

Cada año navegamos con cada una de nuestras embarcaciones el equivalente de casi dos vueltas al mundo por el ecuador y transportamos alrededor de 100,000 toneladas de mercancías.

Esta experiencia nos ha servido también para comprobar que los marinos mexicanos son eficientes y buenos técnicos y en general hombres buenos, pues no lo pueden ser de otro modo aquéllos que constantemente arrostran los peligros naturales de la navegación y se enfrentan por razones de su oficio con la furia de los elementos exponiendo sus vidas a peligros imprevisibles de la naturaleza, en donde además del conocimiento de su oficio es necesaria una dosis muy importante de valor y de fe.

Para que nuestra marina mercante se desarrolle, es también necesario que sepamos aprovechar los volúmenes de carga actualmente existentes en nuestro país, susceptibles de ser transportados por mar, bien sea que pertenezcan a empresas privadas u oficiales y que unas y otras se compenetren de la conveniencia y la mira patriótica de fomentar esa marina mercante propia.

La CEIMSA que maneja los volúmenes más importantes de cereales en el país, ha comprendido este problema y utiliza siempre que le es posible a los barcos nacionales de acuerdo con las capacidades y posibilidades de éstos y ha hecho posible ahora con su cooperación y ayuda la realización de nuestros proyectos por lo cual damos las gracias cordial y sinceramente a su Consejo de Administración y Funcionamiento y en particular a su Gerente el Ing. Julián Rodríguez Adame.

Esta ayuda nos ha permitido el establecimiento de un servicio regular que por primera vez en nuestra historia unirá por vía marítima nuestros dos litorales el del Océano Pacífico y el del Golfo de México y que al pasar por el Canal de Panamá nos da la oportunidad de ofrecer a partir de hoy, a los industriales y hombres de empresa mexicanos el arribar a cualquier puerto de Centroamérica, del norte de Sudamérica y de las Antillas, en la inteligencia de que para el fomento y desarrollo de nuestras exportaciones nos conformamos con obtener por lo pronto el costo que nos impliquen las desviaciones que en cada caso precedan y para que el servicio sea mejor y más frecuente estaremos dispuestos a poner otra unidad en la misma ruta, tan luego como haya cargas que lo justifiquen.

Señores, no debemos olvidar que los barcos utilizan caminos que conducen a todas partes del mundo, caminos que no requieren inversiones para construirlos ni conservarlos y que el grado de madurez económica de nuestro País no sólo justifica la creación de nuestra Marina Mercante, sino



que nuestras necesidades, nuestro prestigio y nuestro orgullo de mexicanos está de por medio para realizar esta meta.

El barco que desde hoy lleva la bandera mexicana y que se llama "CONSTITUCION" porque esta palabra por sí misma evoca uno de los vínculos más fuertes entre nosotros los mexicanos, es la síntesis del esfuerzo de un grupo de individuos que tiene fe en su País y que lo ofrecen ustedes como un pequeño pedazo de territorio nuestro, que llevará más allá de nuestras fronteras serena y dignamente nuestro glorioso pabellón nacional.



## UN ATEO SOÑADOR

Por Gustavo Rueda Medina

Conocí a aquel hombre por "casus belli". En tiempos de paz nuestras vidas no hubieran tenido punto ni razón de convergencia.

Entre un contador de casa consignataria y un marino militar, parece normal el cruce ocasional en un muelle o en los alrededores de la aduana. Nada más. Se antoja que sus ocupaciones no tienen por qué favorecer relaciones más íntimas.

Pero vino la guerra y con ella una serie de complicaciones; entre otras la necesidad de crear una "Oficina de oficiales de ruta", que se encargaría de dar a conocer a cada buque, antes de hacerse a la mar, su clave particular, sus señales de identificación, los puntos de "rendezvous" y demás datos que necesitaría para ser previsoramente escoltado y protegido por las fuerzas navales durante su viaje.

Se instaló este despacho en un edificio cuyo patio estaba limitado por oficinas de agentes aduanales, armadores y comisionistas. Esta circunstancia estableció la vecindad entre el oficial de ruta y nuestro personaje.

El día en que se inauguró la oficina, tuve necesidad de acudir a ella en demanda de instructivos para mi barco. Charlaba animadamente con el oficial de ruta cuando se enmarcó en la puerta un tipo pintoresco hasta la extravagancia. Con las manos profundamente hundidas en los bolsillos ensanchaba sus pantalones como los payasos. Era chaparrito, pero intentaba crecer a fuerza de estirarse y encogerse haciendo muelle de rodillas y talones. Sus ojos claros e inquietos saltaban de cosa en cosa y de gente en gente con extraordinaria vivacidad, bajo mechones de cabellos que le adornaban la testa como flecos... Sin dejar de sonreír, con una sonrisita tristona y no del todo limpia de agresividad, murmuró con voz opaca, pero suave y casi amistosa: —Déspotas de la Armada habemus...

—¡Oiga, amigo! —exclamó el de ruta, que no era ningún pastueño, poniéndose de pie.

—Déspotas... Déspotas —seguía susurrando con dulzura el recién llegado, aunque su sonrisa y la mano extendida para saludar estaban proclamando lo pacífico de sus intenciones.

Le estrechamos aquella extremidad sin mucho entusiasmo, y mientras hablaba con el jefe, me entretuve en estudiar detenidamente a aquel tipazo que tenía una pinta inconfundible de "existencialista". Arrugas de todas clases le surcaban la cara hacia todos los rumbos; una increíble cantidad de tics nerviosos le producían temblores que afectaban pequeñas áreas de pellejo y que se desplazaban con rapidez a diversas zonas del rostro. Cuando



esperaba una respuesta sus ojillos se tornaban casi estrábicos, adquiriendo una molesta fijeza. En fin, para completar el desastre tenía en la sien una mancha azulenca, que se adivinaba subcutánea como los tatuajes.

Se presentó como Ambrosio de la Cortina. Nos informó que su oficina era vecina de la nuestra; que odiaba a los curas porque habían pretendido acomplejarlo en una escuela de jesuítas, de la que por fin se fugó. Agregó que no pudo ser marino, a causa de su daltonismo, y que a la postre se felicitaba de ello, porque le evitó el trato con esos déspotas que, sin que él se explicara por qué, también habían intentado acomplejarlo. Ustedes —remató— un poco menos, pero también... también son déspotas. Me voy —anunció— porque tengo citados en la oficina a dos fanáticos que ya deben estar ahí. —Se despidió con amplio saludo de tiritero, dejándonos entretenidos en sabrosos comentarios.

No podía yo saber aún, que tuve la discutible fortuna de caerle bien a don Ambrosio, quien había decidido ya concederme su amistad. Esta decisión me hizo blanco de una tenaz, y yo creo que también afectuosa persecución. Como si alguien le avisara mi presencia en la oficina de ruta, me esperaba invariablemente a la salida: —Saludo al gran déspota de la Armada —me espetaba sonriendo con todas sus arrugas y sus temblores— ¡Le invito una cerveza...! A menos que tenga compromiso con algunos fanáticos...

En el bar al que entramos, brillaba sobre el espejo de la barra, una fila de focos de diversos colores. Me asaltó irresistible y malsana la curiosidad de saber cómo veía los colores don Ambrosio.

—¿De qué color es el segundo foco de la izquierda? —Le pregunté, señalándole uno amarillo rabioso...

—¡Ah! El segundo es café. Del color del traje de usted.

—¡Ah, caray! —murmuré sobresaltado ante la idea de que, para aquel tipo, era yo casi un canario.

Gracias a la clave de focos de colores, establecí que para don Ambrosio, el mundo debía ser un planeta irritante con pasto anaranjado y cielo color violeta, aparte de otras fantasías cromáticas que de milagro no lo habían dejado rematadamente loco.

Las campanadas lejanas llamando a los servicios eclesiásticos lo ponían al borde de la desesperación. El hombre se estremecía de horror, gesticulaba y se tapaba las orejas con las manos, como si ahí precisamente le estuvieran repicando los badajos.

Ante mi gesto de asombro, se sentía obligado a explicarme: Odio todas las mocherías en todas sus manifestaciones, incluso en las de ondas sonoras...

—¡Ah. Caray!

Un día, con toda delicadeza le di a entender que en su pleito con Dios, el Supremo Hacedor le había ganado la ventaja, porque pudiendo haberlo hecho a semejanza suya, lo hizo chaparro, loco y cegatón...

Las mejillas se le colorearon cuando me preguntó si estaba yo bromeando. Me apresuré a asegurarle que sí muy seriamente, y nuestras di-



plomáticas posturas evitaron la ruptura de relaciones que mi grosería había hecho inminente.

A veces me sorprendía una palmada en el hombro. Al volver la cabeza me topaba con la sonrisa diabólica de don Ambrosio: vamos a ver si hoy tenemos oportunidad...

—¿De qué?

—De que me presente usted con Dios. ¿No qué es su cuate?

En alguna ocasión sus fobias no me encontraron de humor adecuado, y le expuse seriamente: —Usted no sabe qué religión profeso, ni siquiera me ha preguntado si practico alguna... Para disipar sus dudas quiero manifestarle que el sentimiento religioso de cada persona es algo íntimo y respetable. Yo respeto por igual a un cristiano, que a un mahometano y un budista...

—¡Ah! —me replicó con presteza—. A los budistas yo también, los que me revientan son los Curas —y se soltó despotricando contra ellos por un buen cuarto de hora...

Algunos días después, caminando hacia la oficina de Ruta, pasé frente a la de Don Ambrosio. Me extrañó que desde atrás de su escritorio pareciera mirarme sin verme y no hiciera un ademán de saludo, como era su costumbre.

Intrigado, avancé hacia él, y ya más cerca, me percaté de que estaba completamente abstraído, comiéndose lentamente un lápiz, que ya llevaba roído casi hasta la mitad. Su aspecto era lamentable: la piel mostraba palidez cadavérica; los ojos divagantes y opacos se hundían entre abultados pliegues de pellejo fofo y amoratado; las orejas parecían colgantes y transparente...

—¿Qué le pasa? —pregunté alarmado— ¿Está usted enfermo?

—Enfermo precisamente, no —explicó débilmente—. Me miró con infinita tristeza y continuó —Pero fue un espantoso derrame de bilis. ¡Y luego la mala noche! Porque ya después de la pesadilla no pude dormir ni un minuto.

—¿Cuál pesadilla? ¡Explíquese! ¿Qué soñó?

Un intenso fulgor encendió los ojos de Don Ambrosio. Como si mis palabras barrieran de un golpe sus pesadumbres, se puso en pie de un salto, con toda la carne temblorosa, sacudida, como si se la estuviera flagelando una sucesión ininterrumpida de relámpagos... Levantó los brazos con tal violencia, que sus articulaciones crujieron sordamente, y mirándome con ferocidad bramó: —¿Qué sueño? —hablaba caudalosamente, con palabras que atropellaba el furor—: Soñé que la vieja... la vieja esa de la Central de teléfonos me hablaba para avisarme que ya estaba lista mi conferencia con el Papa... ¡Figúrese! con el Papa...

Cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó inmóvil, en actitud soberbia y retardora.

—¡Caray, Caray! —Murmuré por murmurar algo, me apresuré a despedirme y lo dejé ahí hundido en recuerdos torturantes, pero erguido, derecho como un añoso roble batido por la tormenta.



## LOS ULTIMOS NO SON LOS PRIMEROS

Por Gustavo Rueda Medina

Todos en la oficina sentimos afectuoso respeto por don Guilebaldo, el Superintendente General. (Esta aclaración es necesaria para la correcta interpretación de esta verídica historia). La mayoría le llamábamos, por una contracción de su nombre, "Don Guile"; los menos preferían contraerle la jerarquía y se referían a él como "El Super". Ambas denominaciones gustaban a don Guilebaldo como manifestaciones de la cálida estimación de sus subalternos y a la vez como fronteras que ponían un hasta aquí a la confianza que les concedía al permitirles el uso de tales expresiones afectivas. Porque don Guile era hombre serio que no toleraba familiaridades. Escuchaba si acaso los cuentos verdes con una sonrisita fría y tolerante bajo sus bigotes anchos, recortados a la inglesa. Algún sábado o domingo accedía a reunirse a tomar unos copetines con empleados que cuando menos fueran jefes de sección, para no relajar la disciplina. En tales ocasiones su presencia imponía dignidad a la reunión y era evidente que nadie quería salirse del ambiente de moderación tan grato al "Super". El jamás promovía tales convivios, era necesario que algún otro iniciara la cosa, que el grupo fuera integrándose, sin crecer a más de seis invitados, y que entonces alguien caracterizado se acercara al "Super" para ofrecerle la presidencia de la comida, excursión o lo que fuese. Don Guile aceptaba complacido, con una ancha sonrisa de candidato.

Por los días a que se contrae esta narración, surgió el más activo promotor de pachangas, en la persona de don Julián Iriarte, jefe del departamento administrativo, oriundo del pulquero estado de Hidalgo. Había dado en el prurito de demostrarnos que el pulque puro, tal cual sale de los tinacales, es bebida excelente, que produce sanas alegrías sin cobrarlas al día siguiente en desagradables crudas. Era un exaltado admirador del neutle, y, según decía, aspiraba a enseñarnos a gustar con dignidad la noble bebida de nuestros abuelos. Se impuso esta misión cuando, con verdadera amargura, se enteró de que ni "don Guile", ni sus acompañantes habituales habíamos probado siquiera el mal comprendido licor.

A partir de aquel momento nuestro vivir se tornó activo por exigencias de don Julián. En los fines de semana había que estar preparados para cualquier emergencia, porque era casi seguro que don Julián hubiera concertado una visita a cualquiera de los muchos ranchos pulqueros donde tenía paisanos y amigos. Era casi seguro también que los domingos por la mañana, a bordo de una camioneta de la empresa, hiciera una "tour-né" para recogernos en nuestros domicilios y, ya juntos, encaminarnos a la



casa de "don Guile" en la calle de Xola. Solíamos encontrarlo regando su jardín y fingiendo una abstracción de la que ni el ruido del motor lograba sacarlo. Seguía haciéndose el desentendido hasta que nuestro grupo traspasaba la reja; entonces se volvía simulando la más grata sorpresa y estrechaba entre sus brazos la imponente mole de don Julián, en un abrazo tan conmovedor como debe haber sido el de Acatempan. Después de que ambos próceres habían recobrado su independencia y sin dejar de esparcir sonrisas a los cuatro vientos, "el Super" metía la nariz entre las rejas de una ventana anunciando: — ¡Me voy, chulita!...

Nunca oímos contestación alguna, por lo que no es aventurado suponer que a "Chulita" le importaba un comino que se fuera o no.

Todo ocurrió igual el domingo de autos. Cuando estuvimos sentados en la camioneta "el promotor", "el Super", el jefe del servicio médico y otros tres jefes de sección; todos en manos de un chofer mugroso, pero abstemio y responsable según decían, nos miramos satisfechos unos a otros y alguien preguntó: — ¿A dónde hoy, don Julián?

El aludido nos regaló con su mejor sonrisa y acto seguido informó: — Hoy vamos a "La Soledad"; de los señores Sanpedro, adelante de Tizayuca... — y volviéndose al chofer, remató con voz autoritaria — ¡Carretera de Pachuca!

En Tizayuca don Julián hizo detener el vehículo, explicó que al entrar a los tinacales se descubre uno en señal de respeto, como en las iglesias. Observó que tres de nosotros no llevábamos sombreros y generosamente ofreció comprárnoslos para evitar ofensas al dueño de la hacienda.

Nos proveyó efectivamente de tres sombrerillos de palma de los llamados huicholes, pagando uno veinticinco por pieza. Para nuestro consuelo aclaró que eran solamente para la ceremonia del tinacal y no para presumir.

Tan pobremente tocados seguimos nuestro viaje... Poco adelante de Tizayuca, dejamos el terso asfalto de la carretera, y torciendo a la derecha, entramos en una trocha estrecha y polvorosa. Caminamos por ella varios kilómetros salvando hoyancos y esparciendo piedras, hasta que ante nuestro coche caliente y bufador, se abrió el ferrado y macizo portón de "La Soledad", con ruido de bisagras enmohecidas y de una cadena pendular y retiña...

Como lo había previsto don Julián, el señor Sanpedro, propietario de la finca, nos acompañó en la visita al tinacal. Con verdadera unción nos descubrimos al penetrar su ambiente fresco y sombrío. Contagiados de la emoción de don Julián contemplamos con recogimiento el líquido en fermentación prometedor, reposando en los cueros y despidiendo acres y picantes olorillos que, según la consigna recibida, debían transportarnos al Paraíso.

La entrada en la casa grande fue una real sorpresa; ninguno imaginó que aquellos pétreos y lisos muros de fortalezas albergaran tantas elegancias



y comodidades como su dueño nos fue mostrando con orgullosa sonrisa. El jardín central cuajado de flores hacía vivo y agradable contraste con el páramo sahareño y arenisco que rodeaba la casa. En el salón fuimos presentados a varios charros vestidos con prestancia; en fin, la mesa estaba dispuesta en uno de los corredores entre tiestos floridos y jaulas pajareras.

Don Julián nos advirtió que se nos daría tequila, y que ya a la mesa, nos darían el consomé de la barbacoa y que nadie fuera a tomar la shoma (jícara) de pulque antes de que sirvieran el arroz y de que bebiera el dueño de la casa.

A las cuatro la animación era ya grande; los cuentos y los chistes habían subido de tono, aunque los narradores al llegar a la parte picante no dejaban de mirar con comedimiento hacia "don Guile" como solicitando su venía. "El Super" sonreía complacido y hacía leves inclinaciones de cabeza como concediendo: — Suéltela, muchacho...

Se comenzó a sentir entonces el viento helado que todas las tardes barre los llanos desérticos de los alrededores y el anfitrión condujo a sus invitados a un salón adornado con pesados muebles tallados al estilo español. El medio ahí era confortable y estimulante, por lo que de inmediato subió un punto el entusiasmo y comenzaron los brindis "de cruzadita". Ya para entonces "don Guile" había dicho "aquí es valla", negándose a beber más. Si le ofrecían una shoma, su mano abierta la rechazaba cortés pero definitivamente, con tal dignidad que nadie se atrevía a insistir.

Ni siquiera aceptó probar el pulque de perro que el anfitrión ofreció como lo mejor de la tarde y que, según explicó, se fermenta en el propio mexayote. — De éste — agregó — se da poco y es nada más para los muy amigos...

Agradecemos con varias cruzaditas tamaña distinción y por fin alguien sugirió la conveniencia de volver a México.

Los charros aquellos nos molieron los lomos a cariñosos manotazos, el viento helado nos golpeó la cara y por fin nos encontramos adormilados y perezosos, dando tumbos en la polvosa trocha que iluminaba los faros mientras a los lados era ya noche cerrada.

Media hora después, ya sobre la carretera Pachuca-México, el chofer detuvo la camioneta al borde del camino y nos informó: — Se ponchó una llanta. Voy a montar la refacción.

La noticia produjo una oleada de protestas y comentarios y hasta estuvo a punto de revivir la impetuosa locuacidad de la embriaguez. Sin embargo, el sopor y la oscuridad reinantes ganaban la partida y todos volvimos a la quietud.

Muy poco después, el chofer dijo: — Ya está listo. ¿Nos vamos?

— Vámonos — le contestó un rumor vago e impreciso...

Arrancó el carro. Recuerdo dos o tres cucharilladas que nos tiraron los faros de los coches que venían en sentido contrario y me quedé dormido...



Fuimos entregados por turnos en nuestros domicilios, tomados del brazo del chofer; única persona al parecer capaz de brindarnos tal ayuda.

El día siguiente me trajo la desagradable experiencia de comprobar que “la noble bebida de nuestros abuelos” producía una cruda feroz, como el más despreciable bebistrajito.

Mi humor no era nada bueno cuando entré en mi oficina.

El Secretario dejó su silla y se me lanzó materialmente al abordaje: — Señor — me dijo con voz alterada — ya llegó don Guilebaldo y me dijo que cuando usted llegara se le presentara inmediatamente — titubeó un poco y luego agregó: — Está furioso...

— ¿Sí...? — comenté con vaguedad — ¿Qué trae el hombre...?

— No sé, pero está como agua para chocolate...

Cuando cerré la puerta detrás de mí, “don Guile” se puso violentamente de pie, su rostro adquirió una frialdad que yo no le conocía, y señalándome con índice terrible, y traspasándome con mirada más terrible aún, me dijo con voz que una ira reconcentrada hacía lenta y chirriante: — Usted... usted fue de los que me hicieron la canallada...

— ¿Cuál canallada? — pregunté desde la cúspide de la sorpresa — mentalmente pasó revista a los acontecimientos del día anterior; examiné mi conciencia y la encontré limpia como bolsa de maestro. Más tranquilo después de este examen, agregué con voz que yo considero persuasiva y serena: — Recuerdo perfectamente cuanto ocurrió ayer y créame que no encuentro entre mis actos nada que justifique expresión tan dura. Nos comportamos como de costumbre... Es cierto que bromeamos, pero nada tengo que reprocharme y por tanto...

— ¡Oiga usted! — me interrumpió don Guile, mostrando en su rostro un legítimo asombro — Habla usted con una sinceridad que me desarma... ¡Caramba! Entonces resulta que usted... ¿usted no sabe nada?

— Nada... Es decir... ¿De qué? — repuse.

— ¿No recuerda que haya sucedido nada raro ayer?

— ¡Nada! — exclamé con toda sinceridad.

— Vamos por partes — dijo el “Super” con fastidio — ¿De dónde me recogieron ayer en la mañana? ¿Lo recuerda?

— ¡Cómo no! Del jardín de su casa.

— Correcto; del jardín de mi casa, que es la de usted — admitió secamente — Y luego como si no hubiera advertido el tímido “gracias” con que le reconocí su atención — Y ahora... Haga usted memoria... — ¿A dónde me entregaron en la noche?

Yo sentí que se me hundía el piso y que el cuarto me daba vueltas: — Oiga usted. — balbucí — francamente no... no... Creo que no...

— ¡No! — gritó el “Super” con todo su vozarrón — ¡No! ¡Claro que no!... Por la sencilla razón de que no me entregaron...

— Cómo... cómo — farfullaba yo confuso, demandando una explicación.



—¿Cómo? Va usted a ver cómo... ¿Recuerda usted que en la carretera de Pachuca nos paramos?

Sí señor; a cambiar una llanta...

—¡Justo! —Admitió golpeando la mesa con la mano abierta—. Entonces fue cuando se me ocurrió desaguar; salté la cuneta, baje un pequeño declive buscando un arbolito... y en esas andaba cuando oigo arriba: ¡Vámonos! No sabe usted que angustia me entró; grité como desesperado, trepé la cuesta a brincos y cuando llegué al camino... Ni sus luces compañero.

Tenía yo que hacer verdaderos esfuerzos para no estallar en carcajadas al imaginar lo cómico de la situación.

Sin parar mientes en mis apuros, "don Guile" continuó: —Imagínese usted... yo, con chamarra, y con mi pinta tan poco tranquilizadora pidiendo "raid" en la carretera... ¡Nadie me levantaba! Por fin una familia se apiadó de mí, pero aclararon que como iban a Ticomán, me dejarían en el puente de Nonoalco. En el puente me bajaron...

Yo estaba en situación embarazosa sin saber qué expresión facial sería conveniente adoptar.

Con voz amargamente burlona el "Super" prosiguió su relato: —Y mire usted... Ahí comprobé que el pulque embrutece... Como andaba yo sin un centavo, porque ustedes me secuestraron cuando regaba me jardín en ropa de chamba, pensé que no podía tomar un taxi, sin que se me ocurriera que podía pagarlo en mi casa... Y me arranqué a pie hasta Xola, mil setenta, a donde arribe al filo de las cuatro de la mañana...

Mis esfuerzos para no reír eran ya heroicos. Por fortuna "don Guile" decidió en aquel momento poner fin a la entrevista con las siguientes amenazadoras frases: —Usted ya me convenció de que no sabía nada... Pero necesito hablar con los demás para que sepamos si nos podemos reír juntos o si... el que ríe al último ríe mejor.

Luego, revistiéndose de sana filosofía comentó —menos mal que fue en la carretera a Pachuca... Si me llegan a dejar en la trocha por la que veníamos antes, me comen los coyotes...

Corriendo volví a mi oficina. El Secretario se sorprendió de que contra la costumbre lo mandara al Archivo a recoger mi correspondencia. Cuando hubo salido, corrí el pestillo y me desplomé en una butaca presa de un tumultuoso ataque de hilaridad que me sacudía hasta los más íntimos menudillos...



## ¡VAYA ESTACAZO!

Por Gustavo Rueda Medina

Alguna vez me referí a mi amigo el Ingeniero Allende. Entonces hablé de su arribo a Veracruz como refugiado político español, procedente del Norte de Africa. Ahora agregaré que Allende es un gigante vasco que seguramente mide dos metros cumplidos de altura. Tiene una espalda recta y ancha como una barda. Todo en él es hercúleo y se le sospecha la fuerza de cuatro caballos.

Aquél domingo, después de una comida proporcionada a la cantidad de animal que había que sustentar, decidió Allende que asistiéramos al partido de Fut-bol en el Parque Veracruzano.

Ibamos a saltos entre el gentío que casi cubría las gradas, cuando nos topamos con Kane, de la Armada de los Estados Unidos, amigo nuestro, y ayudante del Oficial de Enlace en Veracruz. Con ademanes de su mano derecha y luciendo una encantadora sonrisa nos invitaba a ocupar lugares junto al suyo.

Así lo hicimos, quedando el vasco entre el americano y yo.

Cuando comenzó el partido, el gigante la emprendió a gritos contra todo y contra todos: —¡Eso no es fut-bol...! —¡Mirad con qué delicadeza se trataban... Parecen Novicias!

Luego, manoteando airadamente al señalar a un jugador, acusó enfurecido:

—¡Ese hombre entregó el balón...! ¡Que lo entregó. Vamos! Si lo hubiese hecho en Bilbao, le linchan al tío...! Que le linchan vamos!

El americano que parecía sumamente divertido, habló en su rudimentario castellano para preguntarle socarronamente: —Dígame ingeniero, ¿Juegan mucho fut-bol en su pueblo?

El vasco lo traspasó con una mirada fulminante: —¿Pueblo Bilbao?! ¡Bilbao es una ciudad! ¡No sé como se atreve usted a hablar de fut-bol si no sabe ni geografía.

Los veracruzanos tienen la risa floja. Todos los que quedaron dentro del alcance del vozarrón del vasco rieron estrepitosamente, cosa que no gustó mucho al americano, a juzgar por la oleada de sangre que encendió sus orejas. Buscando seguramente la revancha le lanzó otra pregunta en tono comprometedor. ¿Qué tan buen beisbol juegan en Bilbao?

El rugido de Allende estremeció las tribunas: —¿Beisbol en Bilbao? ¡Hombre! Qué bien se ve que usted no conoce a los vascos. A un vasco le dan la estaca esa... le da un mamporrazo a la bola... ¡Y es que no la vuelven a ver. Vamos! ¡Qué chiste tiene eso...!



Ya para entonces los espectadores estaban realmente divertidos. El americano, rojo hasta la raíz del cabello, hizo un último intento de defensa: —No creo que sean tan fuertes los vascos...

—¿No? ¿Me ve usted a mí? En Bilbao me decían "El Pequeño".

En esto la mirada de Allende acertó a descubrir entre la banda de música a un tipo que tocaba un instrumento metálico de tubos retorcidos, probablemente tuba o trombón: —Ese, exclamó triunfalmente señalando con la mano extendida. Ese... se lo dieron a tocar a un primo mío en Bilbao y al primer soplido lo enderezó...

El americano movió la cabeza con desaliento mientras por la cara del coloso se iba extendiendo una sonrisa inefable, ancha y triunfal.



## INVASORES DEL PLENILUNIO

Por Gustavo Rueda Medina

La isla era preciosa. En su frente acantilado rompían bravamente las olas, cubriendo las rocas de hermosa espuma. En la parte opuesta y en contraste con esa mar fragorosa, la bahía era azul y tranquila como un lago. Las palmeras y las casitas ribereñas de "chites" se reflejaban en ella como en un cristal. Todo ahí, incluso los cayucos de los pescadores, era frágil y fino.

A pocos pasos de su playa nos habíamos establecido con una barraca y un cobertizo provisional, bajo el cual nos disponíamos a colar las bases para un motor y una dínamo, que proporcionaría fuerza eléctrica a nuestra estación y quizá también al pequeño poblado de pescadores que se levantaba junto a un cocal fresco y rumoroso.

La mañana de aquel sábado estábamos aplicados a dicho trabajo cuando junto a mis pies se tendió en el suelo una sombra que luego se quebró hacia arriba al tropezar con una viga. Al volverme rápidamente para ver al intruso me encontré con unos ojos azules húmedos y ardientes. Su dueño era un viejo sorprendente. Llevaba los cabellos rubios y las barbas muy crecidos; sus pantalones apenas conseguían cubrirle los tobillos y sus zapatos eran dos bolas de lodo reseco con grietas y cuarteaduras. Tan exactamente reproducían el color de la seca arena de la playa, que el hombre parecía firmemente sembrado en ella hasta los huesitos. Su rostro rojizo perlado de sudor, su mirada turbia y, sobre todo, la sonrisa inefable que le jugueteaba continuamente en los labios húmedos, hacía difícil esclarecer si estaba ebrio o solamente excitado. Acaso fuera de esos vagos que a toda hora andan "A medios chiles".

Mirándonos alternativamente a las máquinas, sentadas en sus polines, y a mí, exclamó casi rechinando los dientes: Aunque llevo aquí años, aun reconozco a los monstruos... Planta eléctrica... ¿No?

—¡Claro! —Respondí con desabrimiento— ¿Que quería usted que fuera?

—¿Que qué querría yo? —Repuso con rapidez—. Yo querría que fuera una planta frutal... Eso enmarcaría maravillosamente aquí. En cambio ese monstruo de acero que haz traído... ¡Insensato!

—Que se trae usted amigo... —Inquirí.

Se me encaró abiertamente y con palabras atropelladas me endilgó parrafada tras parrafada, una larga historia que muy pocas veces me atreví a interrumpir. Me enteró de que era Bachiller de la Preparatoria de Mérida; que había recorrido casi toda la República hasta detenerse en



aquel islote donde por fin, inviolada e imperturbable, había hallado la paz: —Y ahora llegas tú con eso como un malhechor! —remató furioso. Luego pareció sosegarse y se me acercó para hablarme en tono amigable y confidencial: A mí me da igual comer en una que en otra parte. Si me invitas a comer aquí, aun tengo esperanzas de convencerte de que echémos la máquina al agua.

El tipo me resultaba divertido y recordando que no trabajaríamos en la tarde, decidí invitarlo como él proponía. Aceptó muy contento, me advirtió que iba a darse un chapuzón en el mar pero que volvería en seguida.

Cuando lo hizo, y estuvo sentado frente a mí a la fresca sombra de la barraca, pude observarlo a mi gusto. Sus melenas caían sobre sus hombros y su cara tenía un gesto grave y reposado. Comía mi monótona comida de campamento con placer, pero era evidente que su interés era mayor por las bebidas. Alternaba los ardientes licores con la cerveza refrescada en el pozo, obligándome a hacer lo mismo.

He de confesar que cuando, ya bien tarde, terminó la comida, los dos estábamos ebrios. La luz del atardecer doraba barbas de aquel hombre prestándole un aspecto impresionante de Santo. Sin parecer reparar en lo imponente de su aspecto, el tío eructó estrepitosamente y me previno: —Ya podemos hablar de nuestro asunto.

—Compadre —le pregunté con familiaridad.

—¿Qué se trae usted con mi planta? —Su semblante se tornó inusualmente serio: —Con tu planta y con todas las plantas del mundo, y con los coches, y con los ventiladores y con todo lo que saque a la naturaleza de su primitiva sencillez. Y esa planta viene a robarse nuestra calma y nuestra paz; robo del que será principal responsable.

—Yo... yo... —Traté de defenderme.

En esto apareció frente a la barraca un isleño. Estaba hundido en el mar hasta la cintura; la luz del poniente enrojecía el magnífico torso de bronce; el brazo se flexionaba junto a la cabeza, mientras la mano mantenía alto y horizontal el arpón y las pupilas recorrían el agua buscando la presa.

Mi huésped lo señaló con la mano y declaró lentamente: —Ve uno de los crímenes que preparan tú y tu maldita máquina. Van a borrar esa magnífica estampa evocadora de la aurora de la estirpe.

—No veo —repliqué malhumorado— que tiene que ver ese pescador con mi inofensiva máquina.

—Sí tiene que ver porque...

En ese momento entró un obrero con un papel en la mano que, según dijo, era una orden de entrega de medicinas que el Médico me enviaba para firma.

—¡También médicas! —rugió el hombre barbado— ¡Eso es ya demasiado...! —Y cuando el obrero hubo salido, se apresuró a completar su pensamiento. Date una vuelta por el cementerio de esta isla. No estan en-



terrados ahí mas que niños hasta de doce años y ancianos de setenta para arriba. El que sobrevive a la selección natural será salvo hasta que lo venza la senectud. Nunca hubo aquí médicos. Si pudiéramos abrir todos esas tumbas encontraríamos calaveras apacibles, acaso sonrientes de hombres que alcanzaron la merced de morir por sus propios medios...

—¡Protesto! —Grité con energía—. Admiro al médico que ha enfrenado casi todas las enfermedades; que ha reducido la mortalidad infantil y aumentado la duración media de la vida... Admiro...

—¡Pamplinas! —expelió mi oponente—. ¡Pamplinas! Tú vez las cosas con una miopía lamentable, como si el mundo se fuera a acabar dentro de 100 años... ¡No! Pongamos mil. ¿Qué son mil años junto a los 14 millones de años que tiene la humanidad? Apenas un parpadeo del tiempo. Y sin embargo, gracias a esos héroes de la medicina que alejando la muerte, han logrado un aumento de 50,000 seres diarios en la población mundial, resulta que dentro de mil años ésta habrá crecido 18,250.000.000 que sumados a los 2,000.000.000 que ya tenemos dan 20,259.000.000. ¡Pobre humanidad! Nunca estará fuera de las miradas de los congéneres: dormir y ser sepultado en cuchillas; oír de día y de noche el zumbido de millones de metros de intestinos vacíos... ¡Que horror! Leer las viejas crónicas añorando las grandes pestes reguladoras, las benéficas epidemias, en fin...

—¡Basta! —Grité sin poderme contener. Pero ya él se encaminaba a la puerta. Creí que iba a marcharse, pero no; se asomó para ver mejor algo fuera de la barraca, lanzó en voz alta —¡Caray! ¡Sólo eso nos faltaba!— Se cruzó de brazos y quedó en actitud de esperarme.

Cuando a mi vez me asomé no vi más que un grupo de obreros que enseñaban a los nativos a jugar rayuela y volados con monedas de cobre.

—¿Ves?— Me dijo acusador el hombre de las barbas— Ahí están ya esos ridículos diablos de guardarropía sembrando la codicia en los corazones hasta hoy generosos...

—No tanto —No tanto —Objeté— son modestos volados...

—Así se empieza —Replicó... Con modestos vicios de merengüero... Luego vienen los albures y más tarde, con los turistas, la ruleta y el bacará, y la muerte estalla en la sien del tahir como una centella.

—Voy... Voy —Emití por todo comentario y agregué: Yo creo que...

—No creas —Me atajó—, dentro de diez minutos habrá obscurecido y entonces apreciarás en todo su honor la monstruosidad que vas a cometer encarnizando este islote paradisiaco.

Nos sentamos silenciosos ante el ventanal abierto a la bahía mientras en el cielo se iban encendiendo los luceros.

Cuando fue noche cerrada, el de las barbas levantó la mano y me dijo: Mira, como quería Nervo: "Jardín azul de margaritas de oro" ... "Míralas. Recréate en ellas por última vez; porque cuando enciendas las luces de la tierra, se alejarán las del cielo y ya nadie las verá, ¿Y la luna? Te la robarás también y ostentarás el poco envidiable título de invasor



del imperio del plenilunio. Estás a tiempo. Suspende tus maldades y goza de la naturaleza en su maravillosa simplicidad...”

Algo en ese momento me traicionó, el cuarto me dió vueltas y súbitamente me sentí inclinado a compartir las extravagantes ideas de mi nuevo amigo, que me parecieron poéticas y edificantes.

—Ese aparato no se instalará —Declaré con firmeza.

—Gracias hermanazo! —Exclamó el de las barbas, estrechándome convulsivamente entre sus brazos.

—¡Vamos! —Ordené con una decisión casi sombría. Nos encaminamos al cuarto donde teníamos el aparato de Radiotelefonía operado por un motorcito de bolsillo, hice llamar al encargado, le exigí comunicarme inmediatamente con el jefe en México. Juré al hombre que ya no tenía entradas esa noche, pero lo obligué a darme un esqueleto de mensaje, puse las señas de mi Superior y agregué el texto siguiente:

“Respetuosa pero enérgica e irrevocablemente renuncio cargo desempeño negándome terminantemente borrar estampas evocadoras aurora estirpe y continuar invasión imperio plenilunio. Diga a quien entrego antes reintegrarme sencillez virginal naturaleza”.

—Así se hace mi hermano. —Me dijo el de las barbas dándome grandes palmadas en la espalda. La emición nos derrumbó, nos despedimos y con la conciencia tranquila caí en mi cama como una piedra.

Al día siguiente, ajado y hecho bola, apareció el telegrama debajo de mi cama. No supe si yo lo tiré o si alguien lo lanzo por la ventana, pero sé que su lectura me quitó un peso se encima.



## LA BATALLA DEL RIO DE LA PLATA

Por Gustavo Rueda Medina

Alemania perdió la Guerra Mundial II porque Hitler, (como Napoleón) era animal terrestre. Nunca tuvo conocimiento de la importancia de poseer y usar un poder naval proporcionado al del adversario. Por su parte, en 1936 el Gran Almirante Raeder veía crecer la tensión internacional y consideraba con espanto la posibilidad de que una guerra se le echara encima sin darle tiempo de llevar a cabo la labor, necesariamente lenta, de crear la flota alemana que con verdadera urgencia se necesitaba.

En parte lo tranquilizaron las seguridades que le dio el Fuehrer de que no iría a la guerra antes de 1945 y de que estaba firmemente decidido a vivir en paz con Inglaterra, Italia, y Japón; por lo que, aunque sin tenerlas todas consigo, el Almirante consideró tal fecha como límite del plazo que se le concedía para desarrollar su plan de construcciones navales.

Ese mismo año de 36, el 6 de enero, se botó al agua en Kiel el Acorazado de bolsillo "Almirante Graf Spee", que fue a reunirse con sus hermanos "Deutschland" y "Almirante Scheer".

En 1938, la crisis europea obligó al Almirante Raeder a redactar su "Plan Z", que recomendaba la construcción acelerada de una armada dirigida, más contra las comunicaciones y marina mercante inglesas, que contra su flota militar. Prevenía igualmente el refuerzo de la flota submarina.

Poco antes de la invasión de Polonia, Hitler ordenó la preparación del plan naval de guerra contra el comercio inglés. En él se preveían operaciones de los acorazados de bolsillo durante largos períodos en el mar, asistidos por barcos diseñados para abastecerlos de víveres y combustibles y para servir como barcos prisiones a las tripulaciones de los mercantes hundidos.

La misión de auxiliar al "Graf Spee" cupo en suerte al barco-tanque "Altmark", Capitán Heinrich Dan, quien recibió órdenes secretas de zarpas hacia los Estados Unidos, a rellenar de combustible, antes de la guerra, y salir a encontrarse con el acorazado en un punto que se indicaba a ambos capitanes al S.W. de las Azores.

El 21 de Agosto en la noche, en el más absoluto secreto, el Graf Spee dejó su fondeadero de Wilhelmshaven para ir a ocupar su puesto de combate en el Atlántico. La guerra era ya inminente. El Capitán Langsdorff, el Segundo Kay, el Oficial de Artillería Ascher, el Oficial de Torpedos Brutzer, el Oficial de navegación Baffenberg y el Jefe de Máquinas Klepp,



eran, cada uno en su especialidad, responsables en conjunto de la eficiencia del buque. Solo el Capitán Hans Langsdorff sería, ante el gobierno y el pueblo alemán responsable del éxito o fracaso de la operación.

Silenciosamente el navío se deslizó hacia el Mar del Norte, pasó frente a Heligoland, llegó a 30 millas de la desgarrada costa noruega, alteró el rumbo y el 24 de Agosto se encontró en la mar libre al S.E. de Islandia, listo para actuar cuando se le ordenara, de acuerdo con su pliego de instrucciones que disponía: atacar la ruta de los barcos mercantes entre América del Sur, las Islas de Cabo Verde y Vizcaya, y el área del centro y sur del Atlántico; la ruta entre Ciudad del Cabo y las Islas de Cabo Verde o el Océano Indico Meridional, con libertad de elegir el área de operaciones de acuerdo con la oposición que encontraba y la densidad del tráfico. Mantendrá su radio en silencio y esperará hasta que comience la guerra en un área al N.E. de las Islas de Cabo Verde (entre 15° y 25° N 25° y 40° W).

El 24 de agosto, Hitler sorprendió al mundo con el anuncio del Pacto de no agresión entre Rusia y Alemania. A partir de ese momento los acontecimientos se sucedieron con sorprendente rapidez. Los buques británicos salieron a ocupar sus puestos de combate. El 31, Hitler lanzó su Directiva No. 1 sobre la conducción de la guerra y anunció su decisión de buscar la solución por la fuerza.

Churchill fue nombrado Primer Lord del Almirantazgo, lo que dio lugar a que la Junta Directiva expresara su satisfacción en el telegrama que se apresuró a enviar a la flota: —“Winston ha regresado”.

El 3 de Septiembre, el Embajador inglés en Alemania entregó el ultimatum de su gobierno y unas horas después ambas flotas tenían órdenes de atacar. La Guerra Mundial II había comenzado.

Dejamos al “Graf Spee” navegando silenciosamente, cambiando su rumbo en cuanto algún humo aparecía en el horizonte, cruzando de noche y con sus luces apagadas las grandes rutas del tráfico internacional; consciente de que el éxito de sus operaciones dependía de que su presencia en el Atlántico no fuera descubierta. Silencioso y vago como un fantasma iba a reunirse con su auxiliar el “Altmark”, Capitán Dan.

Veamos qué hacían mientras los otros protagonistas.

Para darse cuenta de la inmensa responsabilidad de la Marina Real basta considerar que tenía que proteger (sin contar a los aliados) a los barcos mercantes ingleses que en 1939, eran 3 000 buques de altamar y 1 000 costeros, con un total de 21 millones de toneladas. De los primeros, 2 500 barcos estaban en la mar cualquier día del año. El orden de prioridad que el Almirantazgo adoptó para el empleo de las fuerzas, a todas luces insuficientes, de la Real Armada fue el siguiente: 1° Las costas de Inglaterra. 2° El Mediterráneo. 3° El Lejano Oriente, donde la poderosa flota japonesa era una amenaza temible. 4° Los que el desarrollo de la guerra vaya imponiendo.



Para las operaciones adoptó métodos tradicionales y bien probados. Desviación y dispersión de los barcos mercantes; estacionamiento de patrullas en las convergencias de las rutas muy frecuentadas, donde los cruceros podían operar en parejas; formación de convoyes debidamente escoltados.

El crucero inglés "Ajax" navegaba entre Río de Janeiro y Río de la Plata, tratando de comprobar la presencia de submarinos alemanes en esas aguas, cuando recibió el aviso de la declaración de guerra. Tres horas después el "Ajax" avistó al "Olinda", mercante alemán. El Capitán Woodhouse ordenó recoger a la tripulación alemana y hundir el buque.

La misma suerte corrió el día siguiente el mercante alemán "Carl Fritzen", de 6,954 Tons.

El mismo día que el ejército alemán invadió Polonia, el Comodoro Henry Harwood zarpó de Freetown, a bordo del crucero de Su Majestad "Exeter", con destino a Río de Janeiro. El comodoro reanudaba su servicio en el Atlántico Sur, que prestaba desde tres años antes; circunstancia que, unida a su carácter cordial, le había deparado numerosos amigos, que iban a facilitarle el abastecimiento de los cruceros a su mando en puertos neutrales.

El crucero "Cumberland" y los destructores "Hotspur" y "Havock" habían recibido órdenes de reforzar al Comodoro Hardwood. Con excepción del crucero "Achilles", todos los actores que iban a participar en el drama del Río de la Plata bajo el pabellón británico, acudían ya, por diversos caminos, a su cita con el destino...

Mientras tanto el "Graf Spee" se encontraba con el "Altmark", los capitanes hablaron largamente sobre las probables operaciones y el buque aljibe procedió a trasbordar al acorazado; combustible, víveres y todo género de pertrechos.

El 7 de septiembre el Alto Mando alemán ordenó a Langsdorff alejarse del área de operaciones. Ambos capitanes acordaron descansar en aguas libres de barcos al oeste de la isla de Santa Elena. Tres días después arribaron al límite austral de la zona elegida. Antes de proceder a reaprovisionarse, el "Graf Spee" lanzó su hidroavión "Arado 196" en vuelo de exploración, el que tuvo la suerte de avistar a un crucero inglés navegando 20 millas de distancia. (Después se ha aclarado que era el "Cumberland" que iba a reforzar al Comodoro Hardwood). el Arado hizo señales al Graf Spee y éste pudo alejarse a toda máquina, sin ser visto.

El 25 de septiembre, por informes de Berlín, se supo que en la costa oriental de América del Sur operaban los cruceros "Cumberland", "Exeter", "Despatch" y "Ajax", con los destructores "Hotspur" y "Havock"; y en la occidental de Africa los cruceros "Neptune", "Capetown" y "Danae".

Al siguiente día llegó, por fin, la orden de entrar en acción contra los buques mercantes.

Para desconcentrar al enemigo, el acorazado cambió su nombre por el "Almirante Scheer".



tripulación iba a tierra, sino desde la cubierta del acorazado, donde sería un prisionero amablemente tratado mientras se tramitaba su protesta.

Después el Graf Spee detuvo y dejó continuar su camino a los neutrales "Tibuku Maru" japonés, y "Mapia" holandés. Langsdorff consideró que ya había sido suficientemente visto en el Mar Indico y emprendió el regreso al Atlántico planeando pasar a 600 millas al sur del Cabo, previendo que los ingleses que entraban al Indico llevarían prisa e irían cerca de la costa para acortar camino.

El día 20 entró en el Atlántico y puso rumbo al encuentro concertado con el "Altmark".

Al amanecer del 26 de noviembre, ambos barcos parecían unidos por la cadena de lanchas que transbordaban efectos de uno a otro y lo estaban realmente por la gruesa manguera del combustible que, por cientos de toneladas, iba entrando a los tanques casi vacíos del acorazado.

Después de madura meditación el Capitán Langsdorff había llegado a las siguientes determinaciones sobre el futuro inmediato: volver a operar sobre la ruta del Cabo a Free-Town hasta el 6 de diciembre. Si para entonces las máquinas estaban en buen estado de servicio irían al área del Río de la Plata; en caso contrario a Alemania.

Durante los dos días siguientes los alemanes se dedicaron a disfrazar el barco. Le pusieron una torre y una chimenea falsa y le pintaron en una lámina de estaño el nombre de "Deutschland"; todo, decía el Capitán, para engañar a los neutrales.

El 29 de noviembre, después de concertar con el Capitán Dan, las citas para Diciembre, el Graf Spee arrumbó al este-noreste, hacia la zona donde había hundido al "Trevanion".

Al medio día del 2 de diciembre un vigía anunció: — ¡Humo en el horizonte! Se le puso la proa, pero se notó que la distancia no disminuía, por lo que se supuso que era un gran buque veloz y moderno. Aumentando su velocidad, el acorazado logró alcanzarlo más de una hora después de avistarlo. Resultó ser el "Doric Star" de 10,085 toneladas, cargado con carne y lácteos, en viaje de Australia a Inglaterra y a la sazón lanzando desesperadas llamadas de auxilio que le fueron interrumpidas a cañonazos. Sin embargo, éstos llegaron tarde; el "Doric Star" fue hundido a las 17.10 hs. y ya a las 19.09 la noticia andaba en el aire. El "Graf Spee", captó primero un mensaje urgente de un buque de guerra inglés a la base de Freetown y a las... 19.23 uno de Freetown que decía: — "14 17 R.R.R., 19.55 5.15 w "Doric Star" cañoneado. Acorazado".

Al día siguiente a las 9.20 hs. el "Tairoa", de 7,983 tons., en viaje de Melbourne a Freetown, fue hundido por el corsario alemán "Graf Spee", el que antes tuvo que atropellarlo rudamente para impedir que cesara en su empeño de lanzar la señal R.R.R. Resultaron heridos tres marineros, ingleses, quienes fueron después visitados en la enfermería del acorazado, por el Cap. Langsdorff, quien les expresó su pena por lo ocurrido.



El "Graf Spee" navegó a 22 nudos hacia el "Altmark", que se hallaba a 1000 millas de distancia con objeto de reabastecerse y navegar otras mil hasta el área Río de Janeiro-Río de la Plata.

Concluidas sus operaciones de abastecimiento a las 8 hs. del 7 de diciembre el Acorazado se despidió de su fiel "Auxiliar" sin sospechar que no volverían a verse y que los tripulantes de seis barcos ingleses que el "Altmark" tenía a bordo, serían liberados por el destructor británico "Cossack" en un helado y nebuloso fiord noruego.

Langsdoff, recibía de Berlín, entretanto, mensajes intranquilizadores sobre la flota inglesa: en la costa de América del Sur estaban el "Ajax", el "Achilles" y el "Cumberland"; en la costa del Africa el "Renown", el "Ark Royal" y el "Provence", el "Bretagne" el "Hermes", el "Albatros", tres cruceros pesados y uno ligero, varios destructores y submarinos.

El 12 de diciembre llegó al área que muy acertadamente suponía ser el cruce de las rutas de guerra de los barcos mercantes y decidió patrullarla de uno a otro lado durante la noche.

Asomémonos al campo inglés. El Comodoro Harwood, Comandante de la División de la América del Sur, arbolaba su insignia de mando en el crucero "Ajax", que al comenzar diciembre se hallaba con el "Exeter" en las Islas Malvinas, en el extremo Sur. El "Cumberland" se hallaba en Río de la Plata y el "Achilles" mucho más al Norte en el área de Río de Janeiro.

En la tarde del 2 de diciembre, poco después de zarpar el "Ajax" para el Norte, recibió dos mensajes urgentes que participaban a Harwood el hundimiento del "Doric Star", por un acorazado de bolsillo en 19-15 Sur, y 5-05 Este y el de un buque desconocido 170 millas al Sudoeste de la situación del "Doric Star", al parecer por el mismo acorazado.

El Atlántico es grande y no era tarea fácil para el Comodoro Harwood prever en dónde descargaría el corsario su siguiente golpe. Cambió impresiones con su Estado Mayor, pensó las probabilidades, consideró la opinión del Almirante Yvon, Comandante de Freetown quien creía que el corsario se encaminaba a Río de Janeiro, oyó, en fin, todas las opiniones, pero como la función del mando es augusta e indivisible, Harwood sacó sus propias conclusiones, tomó una resolución y a ella ajustó estrictamente su conducta en los días que siguieron.

Asignó (muy acertadamente según se ha sabido después) una velocidad de crucero de 15 nudos al "Almirante Scheer". (Suponía que de él se trataba debido a la estratagema de Langsdorff). Lo consideró viniendo al ataque de las áreas de convergencia en las rutas principales, o de las Islas Malvinas.

Finalmente imaginó a Langsdorff pensando en dónde se haría más daño a Inglaterra y decidió que los más ricos cargamentos se concentraban en el área del Río de la Plata. Calculó que el acorazado alemán llegaría frente a Río de la Plata el 13 de diciembre y procedió a enviar mensajes a los buques a su mando (con excepción del "Cumberland" que tenía



que reparar en las Malvinas) para que se concentraran en la posición 32-00 Sur 47-00 Oeste. Diez días después sabría si su decisión había sido correcta o si el corsario se le escapaba para continuar sus hazañas.

El día 12, el "Ajax" y el "Achilles", con el "Exeter" que se les había unido a las 7 de la mañana entraron a la zona donde debían esperar al corsario.

El plan de combate de Harwood bien meditado y comunicado a sus Capitanes en mensaje que es modelo de brevedad, prevenía: "Atacar inmediatamente de noche o de día. De noche los tres cruceros en compañía en orden abierto. De día actuando como dos unidades: Primera División "Ajax" y "Achilles" concentrando el fuego. "Exeter" desviado con su línea de tiro formando ángulo con la de la primera División para permitir marcar los piques de las granadas".

Para que el lector aquilate la potencia de las fuerzas que iban a chocar damos el peso de andanada de cada buque (suma de pesos de los proyectiles que un barco dispara simultáneamente con los cañones de su batería principal).

"Graf Spee" 1,875 Kgs. Cañones de 11 pulgadas "Exeter" 725 Kgs. Cañones de 8 pulgadas — "Ajax" 400 Kgs. Cañones de 6 pulgadas "Achilles", igual al "Ajax". (El armamento secundario del "Graf Spee" de 5.9 pulgadas era casi igual al principal del "Ajax" y del "Achilles") Tenía más peso la andanada del acorazado alemán que las de los tres cruceros ingleses, juntas.

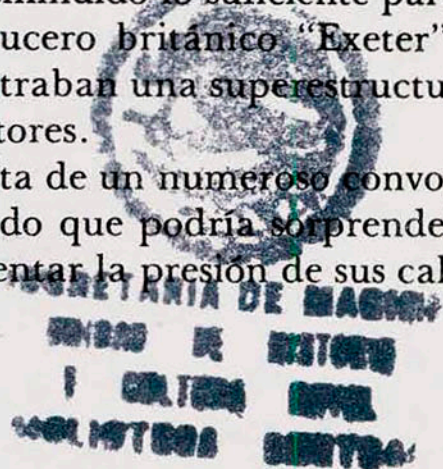
Esa tarde, los tres barcos británicos practicaron la maniobra, hicieron ejercicios de fuego y, llenos de inquietud, quedaron en espera de las emocionantes cosas que tendrían que ocurrir, si el Comodoro no se había equivocado en su previsión.

N.R. —Hasta aquí nos fue entregado el trabajo del Contralmirante Rueda Medina. Después de su fallecimiento, la redacción continúa con el desarrollo del artículo, pidiendo disculpas por la diferencia del estilo.

El Capitán Langsdorff realizando su plan, continuó acercándose a 15 nudos al área del Río de la Plata. Amanecía el 13 de diciembre. El día era claro y templado. A las 06.00 horas, 4 minutos después de la salida del sol, un vigía descubrió dos diminutas líneas en el horizonte: los palos de un buque. Inmediatamente dio la alarma y el buque entró en actividad.

Los 54 oficiales y 1080 suboficiales y marineros corrieron a sus puestos de combate. Cuando el Capitán recibió el reporte de que el buque estaba listo para entrar en acción, la distancia había disminuido lo suficiente para poder identificar el buque avistado. Era el crucero británico "Exeter". Los otros barcos que se veían a la izquierda mostraban una superestructura muy baja y fueron confundidos con destructores.

Langsdorff pensó que se trataba de la escolta de un numeroso convoy y en consecuencia se decidió al ataque, pensando que podría sorprender al crucero, antes de que tuviera tiempo de aumentar la presión de sus cal-





deras para alejarse. Una vez eliminado el crucero y los destructores, el acorazado caería sobre el convoy, y, como perro esquimal ante una manada de pingüinos, los destrozaría atacando a derecha e izquierda. La máquina dio avante a toda fuerza. Los cañones se orientaron hacia el enemigo y la emoción del próximo combate puso en tensión a todos los hombres. Cinco minutos después el optimismo de Langsdorff, desapareció. "Los dos buques menores no son destructores. Son cruceros de la clase del "Ajax". — Reportó un oficial.

El "Graf Spee" continuaba acercándose a 24 nudos. Aún podía virar y alejarse. Pero una vez descubierto los cruceros no perderían el contacto y todo el peso de la flota inglesa sería lanzada sobre el acorazado en implacable persecución. En cambio si lograba hundirlos ¡Ah! ¡que victoria para Alemania!

A las 06.12 cambiamos nuestro derrotero a 115 para dar batalla de largo a estribor. El enemigo navegaba al Este. Los cruceros ligeros se adelantaron en su ruta al Este de gran velocidad, así que su distancia con respecto al "Exeter" aumentó con rapidez. A las 06.17 a 19,700 m. el Graf Spee abrió el fuego con su batería principal sobre el "Exeter". — Cuatro descargas de cada torrecilla disparados con granadas de espoleta en la base, para fines de observación; luego utilizamos espoletas de impacto para hacer el mayor daño posible a las torrecillas y la superestructura de blindaje ligero, y mediante impactos en su casco reducir la velocidad del barco—. Langsdorff según su informe de guerra, esperaba de su artillería una rápida victoria.

Los ingleses avistaron al alemán aproximadamente al mismo tiempo en el "Achilles" a las 06.10, en el "Ajax" a las 06.09. En el "Exeter" a las 06.09. — Se anunció por el humo, que se extendía en el horizonte, al nivel del horizonte. Este humo del acorazado, había sido reportado por el Capitán Dan del "Altamark" desde su primer encuentro, y pese a todos los esfuerzos de Langsdorff no había podido eliminarlo el Capitán de Corbeta Ing. Klepp su jefe de máquinas—. Se comprende que la mejor arma del alemán, la sorpresa a base de su alta velocidad, resultara neutralizada por esta imperfección del escape de las máquinas Diesel.

Tan pronto como se avistó el humo el Comodoro Hardwood ordenó al "Exeter" que investigara y el crucero aumentó su velocidad y se acercó a la mancha del horizonte. Entonces reconoció al acorazado y sonaron las alarmas. Los dos buques se aproximaban a 40 millas por hora. En el "Exeter", se lanzaron las cargas de profundidad que había en cubierta al agua y se izaron los pabellones de combate que sólo debían arriarse en el caso de rendición. — En el "Ajax" se había descubierto al acorazado de bolsillo poco antes de que se avistaran los pabellones de combate del "Exeter"—. Hardwood podía frotarse las manos satisfecho. Su análisis del comportamiento del alemán, basado en su experiencia, en su curso de mando y de guerra naval, quizás intuido por una inexplicable sensibilidad, había



sido exacto. Ahora todo dependía de la suerte en el combate. Rápidamente izó sus señales de maniobrar y, mientras aumentaba la presión del vapor, los buques ocuparon sus puestos en la formación prevista: El "Exeter" separado se preparaba al ataque. El "Ajax" y el "Achilles" formaban la 2a. división para atacar desde otra dirección. Sin embargo, por precaución, envió a todos los buques próximos el siguiente radiograma. — "Urgente. Acorazado de bolsillo 035° Sur, 0.49° Oeste, curso 275°" —. Las granadas habían empezado a caer encuadrando al "Exeter". — Este respondió, con todos sus cañones a las 06.18 —. Pero el "Graf Spee", en lugar de concentrar el fuego sobre el "EXETER", dirigió una de sus baterías al "Ajax" y le disparó. — Parecía en ese momento como si el enemigo dudara sobre la forma de usar su artillería —, escribió más tarde Hardwood. "Sus torrecillas trabajaban con diferentes controles y cambió de blanco varias veces antes de concentrar por fin ambas torres sobre el "Exeter". — Precioso tiempo perdido por Langsdorff —.

Las granadas del "Exeter" habían empezado a caer cerca del "Graf Spee". El acorazado cambió de rumbo y navegó paralelo al "Ajax" y al "Achilles". Entonces Hardwood ordenó al "Achilles": "Altere rumbo a 340 grados" y después: "Abran fuego G-25".

Langsdorff por su parte anotó en su diario: "Los dos primeros disparos cayeron cortos, según se observó. La siguiente descarga de aproximación localizó el blanco, y unos cuatro minutos después de abrir el fuego se vio el primer impacto en el castillo de proa del "Exeter". Este contestó el fuego unos dos minutos más tarde. Sus primeras descargas cayeron cortas". — Después dirá por qué cambió de blanco, y por qué alteró su rumbo.

La Batalla del Río de la Plata estaba en pleno desarrollo. El "Achilles" abrió el fuego a las 06.22 y el "Ajax" a las 06.23. La distancia era de 19,000 yardas. Las primeras andanadas cayeron cortas. Se corrigió el tiro y de pronto el "Ajax" quedó en el centro de una salva del "Graf Spee". El comodoro ordenó un viraje de 30 grados para eludir la siguiente andanada del acorazado. Esta maniobra la anotó Langsdorff.

"Los cruceros ligeros avanzaron rápidamente, así que a las 06.25 sus 28 grados variaron a 25 grados, lo que indicaba el peligro de un ataque por torpedos. El Capitán decidió dar vuelta en una ruta al Norte. Al mismo tiempo, ordenó cambiar de blanco hacia el crucero ligero de la izquierda.

"A las 06.31 las baterías principales cambiaron otra vez de blanco y apuntaron al "Exeter". En ese mismo momento los cruceros ligeros abrieron fuego contra el "Graf Spee" sin que al principio lograran hacer blanco.

El "Exeter" viró a estribor para tomar un rumbo Oeste y el "Graf Spee" viró con todo el timón a babor para tomar un derrotero de 270 grados. Los cruceros volvieron lentamente a babor.

"Cerca de las 06.34 el "Exeter" viró bruscamente para alejarse después de sufrir graves impactos. — Solamente su Torre C continuaba dispa-



rando produciendo una cortina de humo que lo ocultó completamente de nuestra vista.

“Los cruceros ligeros navegaban a toda velocidad por la banda de estribor. Quedaban bajo el fuego de la torre B y de las baterías secundarias en repetidas veces, pero sólo durante cortos períodos de tiempo, debido a que usaban humo y neblina artificial”.

Los ingleses por su parte vieron al “Graf Spee” virar a babor a las 06.37, alejándose de los 3 barcos británicos, a la vez que se envolvía en oscuras y pesadas nubes de humo que lo ocultaban esporádicamente de los artilleros ingleses. El “Seafox” hidroplano del “Ajax” fue catapultado para orientar a los artilleros. En ese momento una andanada del alemán explotó muy cerca del “Achilles”. Los fragmentos de metralla atravesaron el débil blindaje del Puente. Otros perforaron la protección de acero de 1 pulgada de la torre de control. El Capitán Parry resultó herido. La artillería dejó de disparar. Para escapar a la siguiente descarga se alteró el rumbo hacia los piques, y esta maniobra hizo invulnerable al “Achilles”, al alejarlo siempre de la siguiente andanada. En cuanto se recuperó el control de la torre el crucero volvió a disparar.

Entre tanto, el “Exeter” había sufrido graves averías. En el informe del Capitán Bell se lee. “A las 06.20 las torres A y B abrieron el fuego a una distancia de 18,700 yardas. La torre y se unió a las baterías 2.5 minutos más tarde. En estos momentos el barco era blanco de los cañones enemigos. A las 06.23 una granada hizo explosión casi a mitad del navío, matando al grupo de mantenimiento de un tubo y dañando las comunicaciones, y unos fragmentos destrozaron el faro buscador, las chimeneas y el hidroavión de estribor.

Después de la octava descarga, la torre B recibió un impacto directo de una granada de 11 pulgadas y quedó fuera de acción. Los fragmentos de metralla mataron o hirieron a todo el personal del puente con excepción del Capitán y de los oficiales de control de fuego y destruyó las comunicaciones de la timonera.

Con el buque sin control, el Capitán Bell que había resultado herido en la cara, marchó a la timonera blindada de popa, en donde encontró que las comunicaciones habían sido destrozadas. Los cañones seguían disparando y el buque viraba lentamente a estribor. Con el ánimo en suspenso, envueltos en el humo de los incendios, todos esperaban que llegara la andanada final que rematara el buque. Estallaron dos granadas en proa una de las cuales abrió un boquete de 6 pies por 8 en el costado un poco arriba de la flotación, la otra explotó en la proa sobre las anclas. La proa se iba hundiendo lentamente.

El Capitán Bell, con una cadena de marineros, transmitió las órdenes a la timonera de proa, y logró controlar su buque. Como las máquinas no habían sido dañadas, decidió atacar con torpedos. “A las 06.31 la orden de disparar los torpedos fue correctamente anticipada por el oficial de



torpedos, e hizo fuego con los tubos lanzatorpedos de estribor, mediante el control local”.

Estos torpedos no llegaron a alcanzar al “Graf Spee” debido a que en el momento oportuno viró 150 grados a babor, alejándose de los 3 cruceros ingleses, al mismo tiempo que lanzaba una cortina de humo para esconderse y confundir a los artilleros británicos. — El “Exeter” recibió poco antes de esta maniobra dos impactos más, uno en la torre A que lo dejó fuera de acción y otra que penetró al interior del buque y explotó en la pagaduría donde produjo extensos daños—. Ese impacto, obligó al “Exeter” a separarse de la acción. — De toda la artillería únicamente continuaba disparando la torre Y. Habían caído nuestros más de 50 oficiales y marineros. 20 más tenían heridas de cuidado—. Entonces falló la corriente eléctrica y el Capitán decidió: “A las 07.29 la Torre Y dejó de disparar debido a una falla de la corriente eléctrica. A las 07.30 se interrumpió la batalla. A las... 07.50 el enemigo desaparece en dirección oeste, perseguido por el “Ajax” y “Achilles”.

Los marineros del “Exeter” respiraron. El acorazado alemán se decidía por la más improbable de las reacciones, abandonar el combate que tenía ganado. Así el Capitán Bell, con su crucero inundado, sin artillería y sin comunicaciones, incendiado de proa a popa pudo dedicarse con toda calma a salvar su nave.

Veamos cómo juzgaba la batalla el Comodoro Hardwood: “A las 06.56 el “Ajax” y el “Achilles” viraron rumbo al noroeste para abrir el fuego de sus baterías A. El “Graf Spee” hizo frecuentemente alteraciones del rumbo para evitar nuestro fuego y a partir de las 07.00 casi permaneció cubierto por espesas cortinas de humo; parecía tener alguna especie de aparato cloro-sulfónico en la popa, y lo usaba al igual que emisores de humo...”

Hemos visto que el “Seafox” se había elevado para reportar los blancos. El piloto Lewin lo condujo a una milla de distancia de la proa del “Ajax” y comenzó a informar de los piques. Pero debido a una confusión en las señales los piques del “Ajax” eran reportados al “Achilles”, con lo que la eficacia del fuego inglés se redujo notablemente. Hardwood decidió acosar al alemán, reduciendo la distancia para que sus cañones, de mayor rapidez que los alemanes, aumentaran su efectividad. A toda velocidad el “Ajax” viró a babor seguido por el “Achilles”, y ahora corregida la confusión de los observadores, los disparos fueron exactos y a la secuencia de 3 por minuto. Sin embargo al reducir la distancia aumentaba el peligro de ser blanco del enemigo y el “Ajax” fue cañoneado por granadas de 11 pulgadas, a distancia de 10,000 mts. Siendo tocado en 3 ocasiones. El “Graf Spee” hizo un repentino viraje a babor. El comodoro Hardwood consideró que esta maniobra tenía por objeto rematar al “Exeter”, y para salvarlo decidió atraer sobre la 1a. División el fuego alemán. Inmediatamente ordenó que el “Ajax” y el “Achilles” viraron a babor para que to-



dos sus cañones apuntaran sobre el enemigo. En esta fase de la batalla los ingleses lograron sus mejores blancos. El teniente Kearvey, observador en el "Seafox" reportaba uno tras otro, "Buen tiro", y aparecían las llamas rojas de la explosión en la superestructura del "Graf Spee", indicando la posición del impacto.

La decisión y audacia del ataque inglés pareció dar resultado y el "Graf Spee", cambió de rumbo al noroeste para defenderse de la 1a. División abandonando la cacería del "Exeter". Al observar el cambio de rumbo Hardwood ordenó un ataque de torpedos. A las 07.27 lanzó 4 torpedos, sobre el "Graf Spee" que se encontraba a 8,200 metros de distancia. Los torpedos fueron vistos por los alemanes al saltar en el agua y el acorazado describió una amplia curva de 130 grados. Tres minutos después volvió a su rumbo a tiempo que emitía abundante cortina de humo.

Entonces una violenta explosión sacudió al "Ajax". Una granada de 11 pulgadas estalló a popa inutilizando las torres X y casi al mismo tiempo Langsdorff contestó el ataque de torpedos y del "Seafox" avisaron "se les acercan torpedos. Pasarán frente a ustedes". Hardwood ordenó un viraje de 80° a babor, nulificando el ataque. La distancia al acorazado disminuía rápidamente y a las 07.38 se acortó a 4 millas. El fuego inglés seguía batiendo con precisión al enemigo, pero su efectividad era reducida. Buen número de granadas de 6" rebotaron sobre la coraza del "Graf Spee". Esto hizo exclamar a Hardwood. "Es como si lo estuviéramos bombardeando con malditas bolsas de nieve..."

Por otra parte el Comodoro recibió informes de que sus pañoles tenían el 20% de municiones. Los disparos del "Graf Spee" seguían cayendo sobre los ingleses con precisión; de modo que considerando que el alemán no había sufrido daños de consideración: "...Decidí suspender la batalla para intentar reanudarla a la caída de la noche. De acuerdo con esto a las 07.40 el "Ajax" y el "Achilles" viraron al este amparados por una cortina de humo..."

Veamos ahora el combate desde el "Graf Spee". A las 06.31 cuando el "Exeter" había maniobrado para lanzar su primera descarga de torpedos, Langsdorff lo había encuadrado con sus cañones de 11 pulgadas. El "Ajax" y "Achilles" aunque disparaban rápidamente no habían logrado ningún blanco. Una vez lanzados los torpedos el "Exeter" viró hacia el oeste y el "Graf Spee" previniendo un lanzamiento de los otros cruceros, cayó rápidamente a babor para burlar el ataque. Entonces se dio cuenta de que el "Exeter" estaba en malas condiciones por el impacto de sus disparos y que se alejaba envuelto en humo. Únicamente disparaban los cañones de la torre Y. A las 07.00 el "Exeter" volvió a ser visible. Aparecía envuelto en el humo de los incendios y Langsdorff observó que los cañones de la torre A se orientaban a proa y a popa, mientras que los de la torre B apuntaban a estribor. Abrió el fuego y vio que el "Exeter" era tocado nuevamente y otra vez viró ocultándose en la cortina de humo. Fue entonces



cuando Hardwood maniobró audazmente acercándose para atraer la atención de Langsdorff y salvar el "Exeter" a la vez que su rápido fuego obtenía los mejores resultados: "...Ellos eran muy rápidos y su fuego, en ocasiones, sumamente efectivo. El barco recibió en esa fase de la acción una gran cantidad de impactos..."

Una granada de 6 pulgadas cayó en la cubierta de lanchas a estribor, penetró en la galería de la tripulación que destruyó. Averió un elevador de municiones y rompió los cables de los elevadores de 15 cm. de proa. Otra granada de 6" pasó por la panadería y explotó en el taller de proyectiles. Panadería y taller quedaron en ruinas. Una granada de 8" del "Exeter" explotó contra el blindaje del puente sin penetrarlo. Otra más, cayó en el puente a estribor, atravesó la cubierta y estalló en el costado de babor abriendo una brecha de 3 x 6 pies por encima de la línea de flotación. La quinta granada de práctica cayó en el Comedor de los Oficiales de mar. El séptimo impacto produjo un incendio en la bodega de control de averías. El octavo explotó en la pasarela blindada del Capitán. El noveno estalló en el montaje de 3.7 cm. de estribor matando a la dotación e incendiando las granadas aprovisionadas. Tres granadas rebotaron contra la coraza explotando en el agua y la 13a. atravesó el puente, sin hacer explosión. Una de las rebabas arrancadas por esta granada hirió al Capitán Langsdorff, que anteriormente había sido herido por una esquirla. Llamó a su segundo al puente de mando, pero no llegó a entregarle la dirección de la batalla, porque lo curaron en el lugar. Otros dos impactos tocaron el puente, destruyendo el cuarto de radio. Algunos impactos más de 6" destruyeron un cañón de 5.9 pulgadas y mataron a sus artilleros, acabaron con la estación de control nocturno y destrozaron las lanchas salvavidas. En la timonera blindada el mecanismo de dirección fue destruido y el gigantesco telémetro quedó fuera de servicio. El hidroavión resultó averiado y se registraron 6 entradas de agua bajo la línea de flotación. El aparato de radar para medir distancias de tiro sufrió averías.

Cuando Hardwood decidió retirarse, a las 07.40 habían muerto 37 oficiales y marineros y 57 estaban heridos. Langsdorff tuvo tiempo para inspeccionar su buque. Elogió a los tripulantes, fortaleció a los heridos y trató de levantar el ánimo de la tripulación.

Es posible que en estos momentos sufriera su espíritu una crisis de melancolía. Mientras Capitán Parry del "Achilles" escribía lleno de pesimismo: "Cuando se interrumpió la batalla, mi opinión era que el enemigo podía hacer cuanto quisiera. No mostraba la menor huella de estar dañando; su armamento principal continuaba disparando con exactitud; el "Exeter" estaba evidentemente fuera de combate; así que sólo tenía dos pequeños cruceros para impedir que atacara los valiosos barcos mercantes en el comercio del Río de la Plata. Fue por lo tanto verdaderamente asombroso, cuando volvimos, unos minutos más tarde, ver que el enemigo navegaba a bastante velocidad hacia el oeste..."



Langsdorff se decidía por el contrario a abandonar la persecución. ¿Había algún motivo serio para ello? Las averías sufridas no ponían en peligro su buque. El armamento principal, aún careciendo del telémetro era utilizable con alta eficiencia. Las pérdidas de vida no llegaban al 10 por ciento de la tripulación. Es en esta incertidumbre del combate cuando la determinación de llegar a una decisión convierte en héroe a un almirante. Nelson en la batalla del Cabo de San José, luchando contra buques mayores, con su nave ardiendo se lanzó al abordaje y apresó al gigantesco Santísima Trinidad. En Aboukir no dudó un momento en exponer su flota para destruir a los buques franceses en la Campaña de Egipto y en Trafalgar contra fuerzas superiores su decisión lo condujo a la victoria. Magallanes, sólo, en un batel se dirigió al navío de los disidentes y apoyando sólidamente su mano enguantada en el hombro del Capitán murmuró "Daos preso...", ante la sorpresa de toda la tripulación y el mismo Langsdorff, oficial de la Marina imperial alemana, sabía que el Almirante Graf Spee, cuyo nombre llevaba su buque en honor a su memoria, se había hundido a bordo de su navío con las banderas desplegadas en la Batalla de Bourdel, por otra parte los disparos de fortuna, como había de ser el del Bismark que hundió al Hood, sólo son concedidos por el Dios de las Batallas a los Capitanes audaces. Además la gloria de un país se finca tanto en las victorias como en las derrotas gloriosas. No hay alemán que no se sienta orgulloso de que el Bismark haya sido hundido con toda su tripulación, los pabellones al aire, y disparando hasta el último momento contra la mayor concentración de buques que registra la historia para perseguir a un buque enemigo aislado.

Pero Langsdorff en su combate interior pesaba la suerte de sus tripulantes, la de las tripulaciones inglesas apresadas, y probablemente, su disgusto por la Política Alemana al haber firmado el tratado de no agresión con Rusia el tradicional enemigo tedesco. Es posible también que el nazismo, como doctrina política le fuera repugnante y considerara que no valía la pena ofrendarle la vida de mil hombres. Cualesquiera que hayan sido las determinantes de su tremenda lucha interna el resultado lo expresó claramente:

— Tenemos que entrar a su puerto. El barco no está en condiciones de navegar por el Atlántico Norte.

Dijo a su navegante Capitán de Corbeta Waltenberg, y después en su informe. "El Capitán manifestó su opinión con certidumbre y ordenó que el oficial de navegación investigara si Montevideo o Buenos Aires eran puertos adecuados para ese fin".

El oficial de navegación aconsejó que fueran a Montevideo considerando las aguas poco profundas del Canal Indio. (Posibilidad de echar a perder el agua de enfriamiento de las máquinas con lodo).

El Capitán estuvo de acuerdo con esta proposición. La dependencia del Uruguay era poderosa con relación a Inglaterra desde un punto de vista político pero esto era desconocido para él en toda su extensión.



Y en el libro de navegación asentó:

“El Capitán envió un radiograma indicando su deseo de entrar a Montevideo al mismo tiempo que informaba sobre la batalla a la División de Operaciones. Entendía que le sería imposible hacerse nuevamente a la mar y pensó que su barco sería internado. Antes de llegar a Montevideo recibió la contestación de la División de Operaciones”. “Aceptando. Comandante en Jefe”.

La clarividencia de Langsdorff le permite vislumbrar el futuro. Entrar a Montevideo sin esperanzas de volver a salir. Quizás en Buenos Aires le hubiera dado mayores facilidades, pero cuando llegue con su tripulación a bordo de un remolcador, se enterará con tristeza de que una injusta campaña de prensa lo tacha de cobarde. Todavía en el horizonte los cruceros ingleses, acechan a su presa. Aún es tiempo de hacerles frente, y de no hundirlos, escapar hacia las vastas soledades del Atlántico, encontrarse con el “Altmark”, e intentar el regreso a Alemania. Fuerzas superiores dirigen su destino. El calvario de Langsdorff empieza.

Se encuentra al mercante inglés “Shakespeare”. Le hace un disparo de aviso para que la tripulación abandone el buque y pueda torpedearlo; pero como los ingleses se rehusan, y tardan demasiado, sigue adelante, perdonando al mercante “en vista del probable recibimiento que haría a su tripulación a la llegada a Montevideo”.

A 23 nudos el “Graf Spee” se dirige a Montevideo. El trozo de reparaciones trabaja incesantemente. En la enfermería se amontonan los heridos, y se empieza a coser en bolsas de lona a los muertos. Los astilleros siguen en sus puestos, y quizá los más audaces aprietan los dientes en un signo de muda desesperación, al ver desde el mástil, como el “Exeter” medio hundido se aleja hacia las Malvinas, protegido por los dos gosquez que enseñan sus agudos y pequeños dientes al mástil alemán. Ahora liberados los radios, todo el mundo sabe que el acorazado se dirige al Río de la Plata. Hardwood envía mensajes a todos los barcos mercantes aliados que puedan encontrarse navegando en su camino.

El Comodoro hace planes. Ya sea que el alemán entre a Montevideo o a Buenos Aires, su deber es embotellarlo o cazarlo a la salida. Por lo tanto se da prisa en tender sus redes. A las 14.00, cuando ya no hay duda de que el acorazado se dirige hacia el Río de la Plata envía un mensaje al Agregado Naval en Montevideo pidiéndole que las autoridades del puerto vigilen estrechamente la Isla de Lobos, al Banco Inglés, la boya de entrada a Montevideo y el buque faro “Recalada” en la Bahía de San Barombón. Antes de que transcurrieran nueve horas, el agregado Naval informó que había hecho los arreglos para que todas esas regiones fueran vigiladas. Entonces Hardwood decidió “Si el enemigo pasa al oeste de Isla de Lobos, “Achilles” deberá seguirlo. “Ajax” procederá rumbo Sur al Banco Inglés en caso trate de regresar misma ruta. Cuidado ser atrapado amanecer contra sol, pues aun cuando ancle puede regresar al mar, a cualquier hora. No se puede confiar en que respete aguas territoriales”.



Los cruceros ingleses continuaron la persecución a distancia hasta las 18.52 cuando los vigías del "Ajax" vieron que el "Graf Spee" cambiaba el rumbo a estribor y advirtieron que su torre de popa giraba en su dirección. Los tres cañones comenzaron a elevarse, e inmediatamente el Capitán Woodhouse ordenó ruta en zig-zag a 13,000 metros; el alemán disparó una salva que hizo explosión entre 350 y 550 metros, antes de llegar al blanco. El "Ajax" cayó rápidamente a babor y la segunda descarga estalló en la estela del buque.

Sin embargo el acorazado no continuó disparando y a efecto de no perder el contacto los cruceros se aproximaron a 11,000 metros, esto molestó a los alemanes, y a las 20.55 se envolvieron en una cortina de humo y dispararon tres descargas contra el "Achilles". Las dos primeras cayeron cortas y la 3a. muy cerca de la popa. El Capitán Parry contestó con cinco salvas de las cuales el "Ajax" reportó un blanco. En la hora siguiente los alemanes abrieron el fuego contra el "Achilles" tres veces, sin consecuencias ya en plena entrada del Río de la Plata.

"...Graff Spee" prosiguió al norte del Banco Inglés y ancló en el Puerto de Montevideo a las 00.50".

Los ingleses al acecho fuera del puerto patrullaban sin perder de vista al acorazado, cuya silueta se percibía claramente contra las luces del Puerto. Hardwood continuaba tirando de sus redes: "Perdí al Ministro de Su Majestad Británica en Montevideo retardar la salida del "Graf Spee" a fin de ganar tiempo para que me llegaran refuerzos. Sugería que invocara el reglamento de las 24 horas para impedir que partiera". Si un barco mercante de una nación beligerante zarpa de un puerto neutral, según el Derecho Internacional, un barco de guerra del país contrario no puede salir del mismo puerto antes de que pasen 24 horas.

"Me avisaron que el "Ark Royal", "Renown", "Neptune", "Dorsetshire", "Shorpsshire" y tres destructores se estaban acercando al Río de la Plata, pero ninguno arribaría antes de cinco días".

"El "Cumberland" informó que llegaría al Río de la Plata a las 22.00 del 14 de diciembre, habiendo realizado la travesía desde las Malvinas en treinta y cuatro horas".

Mientras tanto el Almirantazgo, una vez conocidos los pormenores de la batalla, se disponía a concentrar los buques ingleses para evitar que escapara el acorazado de bolsillo. Aparte del "Cumberland" que ya se acercaba a 30 nudos, no había otro buque de guerra inglés en un radio de 3,000 millas.

Crucero "Cornwall" y "Gloucester", con el portaviones Eagle en Durban a 4,000 millas del Río de la Plata.

"Sussex" y "Shorpsshire" en camino a Ciudad del Cabo. "Dorsetshire" en Ciudad del Cabo a 3,600 millas.

Crucero "Renown" y Portaviones "Ark Royal" a 600 millas de Pernambuco. Crucero "Neptuno" con sus destructores tres mil millas al norte.



Esta flota se acercaba para embotellar al "Graf Spee", pero no llegaría antes del 17 de diciembre. Los ingleses hicieron circular toda clase de rumores respecto a numerosos buques que llegaban al área del Río de la Plata.

Ya en puerto, Langsdorff empezó a sentir la hostilidad de propios y extraños. El embajador alemán doctor Langman consideró un error de seguir a Buenos Aires. No podrían obtener más de 72 horas de estancia debido a la presión franco-británico sobre el Uruguay. El Agregado Naval Alemán en Buenos Aires voló a Montevideo con un grupo de ingenieros civiles alemanes, los cuales inspeccionaron inmediatamente las averías. Reportaron más de 50 impactos, siendo reparables las averías en un mínimo de 14 días. El Gobierno del Uruguay, dictaminó por el contrario que tales averías serían reparables en 72 horas y no amplió el plazo de estancia.

Langsdorff liberó a los ingleses prisioneros. Mandó a tierra a los heridos y persidió el funeral de sus marinos. Durante la ceremonia fue el único que les despidió con el saludo naval mientras a su derredor los brazos se extendían al estilo hitleriano.

Después del funeral el día 15 los rumores empezaron a circular. Un oficial de artillería le reportó desde el puente que el "Renown" había sido avistado. Al principiar el 16 Langsdorff envió a Berlín un informe de su situación:

1. "Renown" y "Ark Royal" así como cruceros y destructores están frente a Montevideo. Bloqueo estrecho por la noche. No hay perspectiva de salir hacia Alemania.

2. Intentaré proceder límite, aguas neutrales. Si puedo abrirme paso Buenos Aires con parque aún quedame trataré lograrlo.

3. Como salida puede traducirse destrucción "Graf Spee" sin posibilidad causar daños enemigo solicitó instrucciones sobre hundir barco (a pesar inadecuada profundidad estuario Río Plata) o aceptar internamiento. Por su parte el embajador opinaba:

"Ningún argumento sobre derechos legales puede alterar la necesidad de una urgente decisión respecto a "Graf Spee". Fuerzas Navales superiores hanse observado claramente desde "Graf Spee" dan impresión Oficial Comandante imposible evadir perseguidores para abrirse paso Alemania. Desde este punto de vista, permanencia 14 días no alteraría situación y sólo ayudaría enemigo lograr mayor concentración fuerzas navales. Estoy acuerdo agregado Naval sobre internamiento barco sería la peor solución posible en actuales circunstancias. Sería preferible vista escasez municiones hacerlo aguas poco profundas estuario, negociando internación tripulación".

Cuando el Almirante Reader recibió el mensaje de Langsdorff entrevistó a Hitler. No aceptaron el internamiento. "Especialmente porque hay probabilidades de que el "Graf Spee" pueda lograr una victoria contra las fuerzas navales inglesas en su intento de forzar la salida".



Tal fue la opinión de Hitler y autorizó el siguiente radiograma de Reader a Langsdorff.

1) Intentar por todos medios extensión permanencia aguas neutrales a fin de tener libertad de acción todo tiempo posible.

2) Con referencia a su punto 2, aprobado.

3) Referencia punto 3 no internamiento en Uruguay. Intente destrucción efectiva como hundimiento.

El punto 1 fracasó. El embajador alemán telegrafió de Montevideo que no había podido conseguir una ampliación del plazo. Reader ratificó desde Berlín los puntos 2 y 3. En consecuencia Langsdorff se preparó para escapar. La tarde del 16 había recibido informes de fuentes que podían considerarse de confianza de que "Renown" y "Achilles" habían solicitado permiso para entrar al puerto. (Aquí debe admirarse la habilidad inglesa para haber convencido a los alemanes de que el "Renown" estaba fuera de Montevideo, cuando en realidad no podría llegar sino hasta el 17. El "Ark Royal" había sido visto en Río de Janeiro.)

Cuando avanzaban los planes para escapar, que de acuerdo con el Tratado de La Haya, el Capitán de Puerto informó que un carguero inglés había zarpado a las 18.15 de ese día y "Graf Spee" no podría salir hasta pasadas 24 horas. Esta noticia abatió por completo a Langsdorff. Ya no podría salir intempestivamente, sorprender a los ingleses y escapar. Su iniciativa quedaba reducida al período entre las 18.15 y 20 horas del 17, en que expiraba el plazo concedido por el Uruguay.

Con el corazón oprimido citó a una conferencia a la que asistieron su segundo Kay, el oficial de navegación Waltenberg y el Agregado Naval. Se inició la conferencia estableciendo que el plazo concedido no había permitido realizar las reparaciones urgentes, lo que eliminaba la posibilidad de capear las tormentas de invierno del Atlántico del Norte al escapar hacia Alemania. Existía la posibilidad de salir, enfrentarse a uno o dos de los cruceros británicos y, con las municiones existentes, destruirlo. Pero si el "Graf Spee" recibía un impacto y embarcaba agua, el poco fondo lo haría encallar, con el peligro de que el equipo secreto cayera en manos del enemigo.

De modo que, descartada la posibilidad de prolongar la estancia en el Uruguay, y no siendo recomendable escapar a Buenos Aires puesto que de hecho la situación seguiría siendo la misma con la desventaja de la mayor concentración de buques ingleses y quedando eliminada la internación, no quedaba otro recurso que la destrucción del acorazado.

No sabemos si alguien apoyó la alternativa de salir y combatir, que hubiera sido la más adecuada para el batallador espíritu alemán. Quizá pesó demasiado sobre los participantes la amargura y la determinación del Comandante. Langsdorff dio instrucciones a sus oficiales para preparar el hundimiento, el cual sería ordenado después de conferenciar con el embajador.



Langmann había realizado un último intento con el Ministro de Relaciones, para obtener una ampliación del plazo. Inútil. El término de 72 horas era improrrogable. Cuando lo supo Langsdorff escribió una carta en la que anuncia oficialmente su decisión de hundir el "Graf Spee".

Hasta la fecha esta decisión de Langsdorff se ha prestado a las más enconadas críticas. ¿Por qué no forzar el paso y con un poco de suerte escapar al Atlántico Meridional donde lo esperaba el "Altmark" con ayuda del cual hubiera podido esperar hasta la primavera o remontar el Indico y escapar hasta el Japón? ¿Por qué rehuir el combate si como hemos visto los daños ingleses eran de consideración, los proyectiles escasos y el "Exeter" con averías realmente peligrosas, logró llegar a Las Malvinas? Como hemos dicho el complejo psicológico de Langsdorff lo fue conduciendo por un plano inclinado hasta llegar al fondo de la desesperación. Es probable que no haya juzgado claramente la situación. Careció de la información adecuada respecto a lo que sucedía fuera del puerto, y probablemente sus oficiales no se atrevieron a expresar su criterio con libertad. O, si lo hicieron, Langsdorff no los escuchó.

Un oficial inglés del "Ajax" escribió a un amigo: "Nuestra espera en el exterior, con nuestros pequeños cañones, tal vez haya sido lo más angustioso. Como tú probablemente sabrás para esta fecha, la flota que se concentró frente a la costa fue completamente producto de la imaginación retorcida del anunciador de la B.B.C. ampliamente apoyada por el Almirantazgo según supongo. Después de 36 horas llegó un mastodonte grande y pesado, el "Cumberland" pero teníamos muy poca fe en él, salvo para que fuera el blanco inmediato de los cañones alemanes". Es posible que de haber conocido Langsdorff esta situación su decisión hubiera sido otra.

Langsdorff preparó el hundimiento de su buque. Se arregló el desembarco de oficiales y tripulación. Dos remolcadores recogerían al personal de 43 hombres encargado del hundimiento. La marinería sería internada en Buenos Aires donde se esperaba mejor trato. El grueso de la tripulación sería desembarcada en dos remolcadores argentinos y trasbordados al "Tacoma". Los papeles secretos fueron destruidos. Se colocaron las cargas explosivas que habían de destruir el buque.

De las 14.00 a las 16.00 se realizó el transbordo de personal al "Tacoma", moviéndose un total de 900 hombres. Langsdorff informó al Capitán del Puerto que saldría poco después de las 18.15. Esta noticia se difundió rápidamente y la gente se arremolinó en los malecones para presenciar la salida. A las 17.00 una gran bandera Nazi fue izada en el palo de proa y levemente levaron las anclas. A muy poca velocidad el acorazado empezó a moverse, aproándose a la salida del Puerto. Pasó por el rompeolas ondeando sus insignias, seguido a distancia por el "Tacoma". La multitud que llenaba los muelles y la playa estimada en 750,000 personas, presenció en silencio la dramática salida. ¿Qué era lo que iba a ofrecerles el destino? ¿Una batalla naval, con la destrucción de una y otra fuerza, o la rápida es-



capada del alemán? Un avión lanzado de un crucero británico, evolucionaba observando la escena. En mar abierto esperaban dos remolcadores y una lancha. Ante los ojos asombrados de la multitud, el "Graf Spee" alteró su rumbo, disminuyó su andar y se detuvo cerca de los remolcadores. Transbordó la tripulación sobrante y el acorazado volvió a moverse, cayendo hacia el oeste para varar en un banco lodoso. Las lanchas del "Tacoma" se acercaron rápidamente y el personal de hundimiento después de ajustar las bombas de tiempo, abandonó el buque.

A las 20.54 hora de la puesta del sol empezaron a explotar. Un relámpago que iluminó el centro del buque fue precursor de una doble explosión que incendió el barco de proa a proa. Los tripulantes saludaron a la nave envuelta en humo negro y densa en el que aparecían flamígeras llamaradas de nuevas explosiones. El casco empezó a desintegrarse, el puente saltó por los aires, el palo mayor se desplomó y la gran torre de proa, que había resistido los impactos de 8 pulgadas fue lanzada hacia arriba al explotar los pañoles. Las llamas crepitaban envolviendo todo el casco, consumiéndolo rápido. El Agregado Naval envió un telegrama a Berlín: "Acorazado bolsillo "Graf Spee" zarpó Montevideo 18.20 (hora alemana), volado por tripulación 19.54. Tripulación embarcada ahora barco "Tacoma".

Los ingleses rabiaban de entusiasmo. Hardwood se enteró del hundimiento por un mensaje de su hidroavión. El "Graf Spee" fue volado por su tripulación. El Capitán Parry escribió: El drama había terminado. "Ajax" y "Achilles" navegaban a la máxima velocidad en las aguas poco profundas a 30 millas de Montevideo, lo que hacía que los barcos fueran difíciles de maniobrar. Al pasar todo mundo gritó loco de gusto, hasta quedar enronquecidos. —Disminuimos la velocidad mientras el "Ajax" recogía su hidroavión. Después el "Ajax" nos pasó rugiendo a menos de 100 metros y ambas tripulaciones gritaron a voz en cuello.

Frente a nosotros aparecía un fulgor rojizo en el cielo que aumentaba y disminuía como una hoguera, y conforme nos acercábamos a él se convirtió en caldero de brujas que ardían en el mar a unas cuantas millas al oeste del canal de Montevideo.

Poco después de la medianoche, habiendo presenciado la escena hasta hartarnos, viramos al sur y todos los que estaban en condición de hacerlo, se fueron a pasar la primera noche tranquila en muchos días.

En Buenos Aires, Langsdorff se encontró con el enconado ataque, de la prensa local. Lo tachaban de cobarde y traidor. Debía haberse hundido con su buque, ya que había rehuído el combate. El, que esperaba comprensión de los argentinos, se encontraba con su desprecio. Esto lo lastimó profundamente. Para él había terminado el Servicio Naval. No era sino un Capitán que había hundido su buque. Al verlo, los oficiales de menor graduación se creerían capaces de mayor coraje y resolución. La amargura llegaba a lo más profundo de su alma.



El Gobierno Argentino decidió internar a la tripulación cargando los gastos a Alemania. Los oficiales quedarían en Buenos Aires bajo palabra de honor y la marinería sería llevada al interior. Al atardecer dijo a sus oficiales: "Hace unos días cumplieron ustedes el triste deber de rendir los últimos honores a sus camaradas muertos. Tal vez, tengan que hacer algo semejante en el futuro". A los corresponsales: "No hay noticia esta noche para ustedes, pero probablemente la habrá mañana temprano". Esto indica que Langsdorff había decidido recuperar su honor con un tiro en la sien.



## EVOCACION

Por el Contralmirante C.G.  
Gustavo Rueda Medina

Fallecido el 25 de abril de 1959, en esta capital.

Para los marinos, siempre es cosa difícil concretar el recuerdo. En su mundo interior, cambiante, variado y polícromo, como rápido barajar de naipes animados, las estampas y las gentes danzan, bullen, se cruzan y confunden; vienen y se alejan... En el marco abigarrado un recuerdo particular es arduo, como el pescar una sardina tuerta entre el cardúmen, ancho y fugitivo, que hace hervir la mar.

A esos hombres, cuyas vidas rechazan toda estabilidad y son a manera de ruletas alucinantes lanzadas al azar del movimiento y de la mudanza, no les pidas datos concretos. Déjalos que hablen, entre bocanada y bocanada, siguiendo a su antojo el hilo de su discurso, que será, no lo dudes, retorcido y movedizo como el humo del cigarrillo.

No te sorprenda que el relato se desvíe y ramifique, que lo imanten temas y hombres que no esperaban..., que el narrador entrecierre los ojos, sonría somormujo y te diga: —No, eso no te lo puedo contar.

Y es que los buques son mundos demasiado estrechos que bogan en mares desmedidamente anchos. Por eso, los relatos marinos van siempre enmarcados por el panorama universal y ceñidos, casi hasta la comprensión, por los costados del navío.

Entre límites tan estrechos los hombres no tienen vida privada. Se les mira actuar a todas horas expuestos a la observación más constante. Por eso acuden a la evocación como figuras animadas por un cordial soplo de humanidad; calientes, con calor de vida. Las suyas se ofrecen enteras al recuerdo, no sufren eclipses, como las de los hombres de otras profesiones o actividades, que se pierden para el relato, en cuanto transponen la puerta de su domicilio, marcado con una cifra, que es a la vez una dirección y una incógnita.

Por eso también, el recuerdo, a fuerza de ser nítido, se torna confuso a ratos. Tan estrechamente enlazados van todos sus actos, que la vicisitud desconcierta y, en tratándose de marinos, no cabe referirse a su actuar público o privado, sino, simplemente a la mención y al recuerdo de sus "vidas".

Pero... El recuerdo... ¡Qué dificultoso es precisar el recuerdo! A fuerza de caminar, de chocar inesperadamente con el episodio remoto, con el problema extraño, de presenciar el desfile cosmopolita de las gen-



tes, la vida se antoja larguísima y como situada en el vasto marco de varias generaciones.

Las primeras despedidas son desgarramientos; las demás a fuerza de repetirse, con la frecuencia de los incidentes diarios, son simplemente las pausas del afecto, veladas por la suave niebla de la melancolía. Se aprende que no hay adiós definitivo; que no vale la pena llevar cuenta cronológica de los acontecimientos. La gente y los puertos vistos en la adolescencia, aparecen otra vez por la proa y se nota que han envejecido ellos también. Se antoja que hasta los muertos navegan, eternamente, en mares tranquilos, que no pueden ya encrespar las furias del Norte, ni el espanto giratorio del tifón.

Por eso hombres y cosas quedan, paradójicamente, presentes y ausentes en el recuerdo...

Y el recuerdo es más amable así; arbitrario, anárquico, libérrimo; rebelde a la tiranía de los calendarios y de los archivos...

Pero... aún en medio de la confusión, algunos hechos destacan, brillan como las estrellas que asoman por las "claras entre nubes" de los cielos cubiertos...

¡Aquella primera Revista de Administración en la Escuela Naval...! El Sargento gritó: —¡Teniente José Azueta! —y una voz que se antojaba solemne contestó — ¡Murió por defender a su Patria! ¡Cadete Virgilio Uribe! —¡Murió por defender a su Patria!

Recorrió las filas de los cadetes el escalofrío de la gloria auténtica. ¿Por qué los llamaban? Entonces... no estaban muertos... Sus sombras vagarían por los corredores del austero edificio. —Estarían quizá junto a Villalpando, que tenía la cara de niño, los ojos húmedos de emoción y que estrenaba su levita azul marino.

Yo volvería a ver esa cara años después, con las facciones afiladas y como purificadas por la muerte, yacía el Guardiamarina de espaldas en la cubierta del transporte "Progreso", en la toldilla, casi al pie de la Bandera. La bala le reventó en la sien y le dejó un agujero rojo y desgarrado como un clavel.

Le habían dicho: —Morirás, si es preciso, en defensa del Gobierno Constituido y lo había hecho, simplemente con la sencilla grandiosidad de los que entienden el deber sin alardes ni exhibicionismo. Y la artillería seguía tronando sin interrupción.

Mientras el sol indiferente del Pacífico calentaba la cara helada de Villalpando, otras manos y otros corazones se encargaban de continuar la tradición... El cadáver estaba al pie de la Bandera.

Esa Bandera, la nuestra, nunca se había visto en Argel. Cuando la izamos, los moros y los árabes que tomaban el sol en el muelle se acercaban a mirarla con asombro. Sus frentes se plegaban bajo el fez y miraban el buque con gesto ingenuo de niños divertidos.

¡Es maravilloso el Mediterráneo!... Nos cruzamos con una flotilla italiana. Se saludaron las banderas, y en el revuelo de manos que se alzó



alegremente en las cubiertas de todos los buques, era imposible sospechar que antes de seis años los dos países se verían envueltos, como enemigos, en la guerra más enconada que vieron los siglos.

Aquel día el Mediterráneo era azul y tranquilo. La "Dinamita" (perrita española adoptada como mascota del Durango) ladraba alegremente acompañando a los clarines. Era la "Dinamita" de temperamento ardiente. Bajaba franca a correr aventuras con los perros golfillos de los muelles; pasaba sus enfermedades a bordo, entre gruñidos de mal humor, y fueron muchas las entregas de cachorros que hizo en sus largos años de navegación. Murió en 1946, después de 10 años de servicio. La lancha vistió empavesadas de luto y el cadáver, amortajado en saco de lona, con un peso a los pies, recibió sepultura marinera en medio de la Bahía de Veracruz. Ninguno de sus familiares (que deben contarse por cientos) se ha presentado a reclamar la pensión que le corresponde.

En la escuela se juraba la Bandera con gran solemnidad y pompa. Era la ceremonia anual de mayor relieve. Los cadetes navales desfilábamos emocionados, uno por uno, besando el sagrado lienzo.

En aquella ocasión presidió la ceremonia el Vicealmirante Carvallo, con sus barbas imponentes de "mujik" ruso. Tenía a su derecha al Capitán de Navío Hiram Toledo. La infantería de Marina formó en ala, y a continuación los marinos mercantes de los barcos extranjeros, con sus levitas azules y sus chalecos blancos.

Bajo los grandes arcos del patio, adornados con las banderolas del "Código Internacional", presenciaban el acto los oficiales francos, en uniforme de gala, cuya severidad resaltaba entre los claros y alegres atavíos de las damas.

Al sacar la Bandera, clarines y tambores batían la Marcha de Honor, la Banda del Apostadero Naval tocaba el Himno, retumbaba el estruendo de los cañones de buques surtos de la bahía y el sol se quebraba en las bayonetas. El momento era magnífico e impresionante.

Entre los que juramos bandera aquel día estaban Gabriel Cruz Día, Flavio Riveros y José Villalpando. El primero murió siendo Capitán, sobre el puente del "Potrero del Llano", incendiado y hundido por torpedo alemán. El Golfo de México guarda su cadáver; su espíritu continúa navegando con nosotros.

Flavio Riveros, el inolvidable "Pelícano", pereció en el naufragio del "Juan Casiano", entre la sinfonía bronca de los vientos, arropados por el sudario de las nieblas, en las aguas heladas de la ruta de Nueva York...

Villalpando, largo y pálido como un Quijote joven, cayó en acción de guerra en el Pacífico, sobre la cubierta de su propio buque.

En otras promociones ha corrido también sangre. Rafael Castelán y Lucio Gallardo Pavón (ambos Tenientes de Fragata) cayeron víctimas de los torpedos enemigos, en la última guerra mundial.

Castelán desapareció en el hundimiento del "Potrero del Llano".



Los últimos momentos de Gallardo fueron dramáticos. Era segundo del "Las Choapas". Cayó en el mar de llamas del combustible incendiado y nadó desesperadamente: a ratos sumergido y abrazado a ratos por el fuego.

Cuando fue rescatado por el bote salvavidas, estaba ciego y desfigurado por las quemaduras. Expiró poco después, cuando el submarino alemán disparaba todavía su cañón para rematar al buque herido, y se destacaba en la noche, como una sombra en la sombra...

En aquellos días angustiosos del peligro submarino, cuyas noches despertaban con el estampido de la explosión y se aclaraban con la llamarada de los incendios, perdieron sus vidas Pawling y otros pilotos y marineros de la flota mercante, hermanados, como siempre, con los de la Armada en el común propósito de mantener flotando en la mar la bandera de México, contra los vientos de la incomprensión y de la adversidad.

Aquel Gallardo Pavón era alegre como castañuela. A flor de labio siempre el chiste agudo o el cuento picaresco. Hacía muchos amigos en todas partes. Sus coterráneos han bautizado con su nombre el faro de Coatzacoalcos, Ver.

Cuando se enfila la proa hacia las escolleras, no se puede menos de pensar en lo transitorio y mudable de las cosas humanas. Parece extraño que el haz de nervios que era Gallardo esté preso en esa muda e inexpresiva mole de piedra.

¿Y los vivos? Los vivos se portaron siempre a la altura de la noble tradición de la Escuela Naval.

Recuerdo aquel día del combate de Manzanillo, que se antojaba gris y lúgubre a pesar del ardoroso sol costeño.

Los guardiamarinas Otal y Cortés Acosta bogaban hacia tierra en un bote de remos bajo nutrido fuego de fusilería. Era peligroso, pero a bordo había compañeros heridos que necesitaban un médico. Por el momento eso era lo importante. En aquel minuto el deber era eso y por eso se hacía; sencillamente.

En ese día hubo muchas actuaciones personales magníficas. Por desgracia el autor de esta evocación no pudo presenciarlas todas, porque tuvo la infeliz ocurrencia de atravesar la pierna en el camino de un percutor del cañón 4. Desde una camilla de la enfermería escuchó el resto de la acción que le llegaba como un estruendo confuso, salpicado de toques de clarín y rugidos de entusiasmo...

A los muertos se les recuerda y a los vivos se les sigue encontrando en los más inesperados lugares. ¡Ha producido la escuela tantos hijos...!

Y los prepara bien para la vida. No en vano los hace caminar horas y horas, como monjes. Silenciosos, con los ojos fijos en el libro. Por algo los somete a su dura disciplina y a su código de honor. Con esperanzado propósito los hace soñar en un futuro esplendoroso para la nacionalidad. Con alguna previsión los reviste de entereza y paciencia para esperar sin desmayo la aurora de ese día...



El espíritu austero, audaz y versátil del vetusto caserón de las playas de Veracruz, se derrama luego por toda la vastedad del territorio y surca las rutas marineras...

Sus hijos abandonan a veces el servicio militar y entonces agitan alegremente las manos en los puentes y brotan ennegrecidos y risueños de las escotillas de máquinas de los buques mercantes, alcanzan puestos distinguidos en el Servicio Diplomático o pilotan Clippers aéreos; se sitúan adecuadamente en los medios literarios, periodísticos y cinematográficos; descuellan en el mundo de los negocios y de la industria; obtienen primeros premios en altas escuelas extranjeras, etc. (Podría citar tantos nombres... pero no lo hago por temor a involuntarias e injustas omisiones).

Se les encuentra en los grandes buques pesqueros, construyendo caminos, gobernando centrales eléctricas, dirigiendo películas... Y a cada triunfo, y a cada avance en la senda allanada por ocultas ayudas, los hijos vuelven agradecidos los ojos a la madre. La vieja recoge el aliento de todos ellos, como elemento que la vivifica y anima en su infatigable afán de forjar hombres. Pero no depone su gesto adusto, consciente de la seriedad de su misión, y parece repetir modesta y gravemente lo que siempre dijo: "Esta Escuela no pretende competir con otras escuelas o universidades, quiere exclusivamente formar los hombres del tipo y tamaño que la Armada los necesita".

Y... ¡vaya si los forma! Recuerdo que, durante la última guerra, clasificábamos a las víctimas en dos categorías: muertos y "remojados". Estos últimos salían con vida del hundimiento de sus barcos, pero es indudable que pasaron por momentos dramáticos, peligros, hambres y otras penalidades aparejadas al naufragio.

Fueron torpedeados seis grandes buques. En cada ocasión la Armada tuvo los hombres que necesitaba. Todos los abandonos de los barcos envueltos en llamas que parecían elevarse hasta la Estrella Polar, se hicieron con orden, como mandan las reglas, salvando al mayor número posible de tripulantes. Los Comandantes y oficiales guiaron a sus hombres adecuadamente hacia la playa salvadora. Aquellos fueron siempre los últimos en el intento de salvar sus vidas. La escuela no puede quejarse de ellos. Cumplieron con el deber y conservaron inmaculada la tradición del mar.

Cuando no hay posibilidad de mayores empresas, ni de grandes heroísmos, a la vieja le basta con eso: con que se cumpla seria y dignamente con el deber. Recibe el modesto regalo y sonrío confiada en que lucirá la aurora del día en que sus hijos le deparen horas de verdadero esplendor. Mientras tanto, continúa calladamente su labor, para que la Armada disponga en todo tiempo del hombre que necesite en cada caso.

Los "remojados" fueron muchos, pero como se trata ahora de una memoria de la Escuela Naval, parece que sólo cupieran en ella, los que en ella se formaron. A reserva de poner en posterior trabajo en el sitio que les corresponde a los oficiales de Radio y de otros cuerpos y procedencias, cu-



yo comportamiento fue inmejorable, diré que los oficiales de la escuela que vivieron aquellos dramáticos sucesos fueron: Ramón Sánchez Mena, Gonzalo Montalvo Salazar, Pedro Calderón Lozano, Luis Ruano Milicua, Feliciano Freyre Muñoz, Miguel Arvide Escobar, Jorge Mancisidor Gales, Joaquín Rosiñol Acereto, José González Granes, Enrique Martínez Castañeda, Héctor Frank Rivero, Angel Ramos Ramírez, Gustavo Martínez Trejo, Manuel Barba González, Emilio Cano Tejeda, Bernardo Silva Franyuti y Alfonso Berthie Mayal.\*

Seguramente he sido el primero en mencionar la lista de estos nombres. La prensa del país la publicó por partes, a raíz de cada hundimiento. Por su parte, los "remojados" han tenido la elegancia espiritual de no sentirse heroicos personajes de leyenda. Consideran sus duras experiencias como simples incidentes del servicio con una sencillez que honra el austero medio en que se formaron.

Es más, es difícil arrancarles el relato de detalles que no sean de interés puramente técnico.

Uno de ellos me decía: — "Por favor, no pretendas exagerar mi drama". En un mundo y en una hora en los que se contaban por millares los gestos de heroísmo, a nosotros nos tocó el dolor de una participación mínima. ¡Si hubiéramos tenido buques para vengar los... que sería estúpido negar, pero con todo ello no hicimos más que cumplir con el deber y...! Tuvimos nuestros muertos; pasamos... para la escuela la satisfacción de que sus hijos no defraudan sus esperanzas.

Me gustó ese lenguaje demostrativo de un claro sentido de la proporción y del equilibrio.

Pero los "remojados" probaron siquiera el terrible gusto de una aventura mortal. ¿Y los que no supieron más que de la angustia de las noches interminables de la escolta de convoy?

Los buques se deslizaban como sombras en la noche, completamente apagados. Por las cubiertas discurrían sombras silenciosas, ridículamente engordadas por el chaleco salvavidas. En el puente las caras eran graves. Cualquier sombra anormal en el mar obscurecido, la estela fosforescente que dejaba el pez fugitivo, o el juego caprichoso de un rayo de luna que se colaba por una rendija de las nubes aceleraban el latido del corazón. ¡Eran épocas duras!

Después vinieron los cazasubmarinos y la situación se alivió un poco. Se sabía que el radar barría el mar y se contemplaban con satisfacción vengativa los cilindros grises de las bombas de profundidad. Estos barcos los mandaban oficiales muy jóvenes, pero que desde la escuela sabían cómo y cuándo y por qué debe morir.

\* Por un error involuntario, no se menciona a los siguientes personajes: Adolfo Meza Burgos, Eduardo Cuesta López y Juan Farías Angulo.



Al cruzar frente a las costas americanas, entonces obscurecidas, salpicadas por los destellos de señales incomprensibles para el profano, en las noches que rompía el rum-rum de los dirigibles de la patrulla costera, la imaginación se rendía al encanto del recuerdo...

Apenas tres años antes... en Filadelfia... Peggy Moran, la estrellita de Hollywood, era la mascota de nuestro buque escuela. El "Durango" se alegraba a todas horas con el cascabel de su presencia y los cadetes la rodeaban y perseguían para bañarse en la luz de su sonrisa. Ella parecía feliz del juvenil homenaje y se hacía retratar entre ellos, junto a los anillos coloridos de los salvavidas o bajo la seria boca de los cañones...

Y ya con la imaginación lanzada por las sendas de la evocación acudían personajes ausentes y remotas estampas... ¿Qué sería de nuestros amigos repartidos en los diversos campos del mundo en erupción? ¿Habrían respetado las bombas aquel saloncito de clase de la Sperry, en Londres, donde educábamos las metódicas exposiciones de Leutenant Archer?

Se evocaba la estampa del buque, huyendo de España en llamas, abarrotado de repatriados. Allá quedaron divididas en banderías los buenos oficiales navales, amigos y compañeros en cuyos buques aprendimos tanto...

Los más jóvenes se emocionaban al recordar a sus amiguitas de Valparaíso y barajaban las impresiones de los viajes de instrucción, en las claras horas de la paz, cuando los buques rompen la noche con el estallido de sus mil luces y desfilan como castillos encantados.

Era punzante añorar aquello sobre el puente oscuro y temeroso de un barco que bogaba sobre mares en guerra.

Era penoso pensar que la hermandad internacional de los oficiales navales, que no reconoce fronteras más que... en tiempo de guerra, estaba rota y precisamente por esta amarga contingencia. ¿No estará Schultz, el buen Schultz que aprendimos a estimar en Augsburg, agazapado en este momento, mirándonos a través del pérfilo periscopio?

Tantos y tantos amigos diseminados por el planeta y nosotros ahí, en medio de una obscura soledad cuya sensación de vacío no conseguían aliviar las sombras lejanas de los buques del convoy que desfilaba silencioso hacia su destino.

Por el momento el deber era aquello y no se valía mecarse en sueños. Ya volveríamos a la Patria para encontrarnos con los brazos abiertos de todos aquellos muchachos, con quienes nos hermana la procedencia común, y a quienes presento siempre agregando orgullosamente: De la Escuela Naval...



**INDICE PARTICULAR DE  
PALABRAS A LA MEMORIA  
DEL CONTRALMIRANTE  
GUSTAVO RUEDA MEDINA**

	<b>PAG.</b>
Adiós D. Gustavo.	
M. Peyrot Girard.....	162
Homenaje póstumo.	
Cap. de Nav. C.G.R. Montejo Sierra.....	164





SECRETARIA DE MARINA  
DIRECCION DE HISTORIA  
Y CULTURA NAVAL  
BIBLIOTECA CENTRAL

## INDICE PARTICULAR

### "TU PALABRA"

#### POESIAS

	PAG.
Caballeros del mar.....	112
Cincuentenario de la Escuela Naval. 1897-1947.....	117
Don Quijote pasa.....	124
Aniversario.....	129
La mujer que espero.....	130
Cuando yo muera.....	131
Ruleta.....	132
Abisinia.....	133
Campesina.....	134
Cantares.....	137
Si pretendiera.....	139
Derrota.....	141
Vendrás conmigo.....	143
Mar cruel.....	145
Murcia.....	150
El viejo maestro.....	152
Los Reyes Magos.....	153
Velita latina.....	156
¡Ha muerto Manuel Rodríguez!.....	157
Llegaré.....	159



**"TU PALABRA"**

**POESIAS  
DEL  
CONTRALMIRANTE  
GUSTAVO RUEDA MEDINA**



## CABALLEROS DEL MAR

Alocución a los Cadetes Navales  
con motivo del Día de la Marina,  
el 10. de junio de 1942.

Al hablaros, Cadetes de Marina,  
miro que del pasado  
mi juventud emerge y se perfila.  
También como vosotros, en la fila  
formé, bajo los pórticos claustrales  
y el alma me llenaron de navales  
emociones la pompa y la quimera.  
Besé, como vosotros, la bandera,  
trino cromado que en el mástil flota  
y título de hermano con vosotros contraje,  
por la mar y la sangre, gota a gota.  
Hoy, en el mediodía de la derrota,  
por la mar y sus cosas mi afán crece.  
En ocasión del día de los marinos,  
de marinos hablemos..., si os parece.

Con las velas fatigas  
nevadas de blanca luna  
tres carabelas navegan...  
¡Juguete de la fortuna!  
la chusma que las tripula  
venció a la hueste moruna,  
y puso el ardor sobrante  
en la genial aventura  
en que cuajaron en una  
grande, y sublime locura,  
delirios de navegante  
bordados en la cordura  
de una mujer española.  
De lo alto del serviola  
el de Triana grita ¡Tierra!  
y esa sola voz encierra  
todo el milagro de un mundo.



¡Tierra! — repite la tropa —  
¡Tierra! — señala el bauprés  
que va bordando la historia  
y están húmedos de gloria  
los ojos de un genovés.  
La chusma cae a sus pies,  
rendida por la emoción  
que la aquieta de rodillas,  
y se despliegan a un sol  
que por vez primera brilla,  
las flámulas de Castilla,  
los pendones de Aragón.  
El retumbar del cañón  
mueve las garzas dormidas  
y mece las palmas reales...  
¡Penacho de las Antillas!

Y se abre la era de las maravillas:  
marinos y naves en marcha triunfal.  
Las proas errabundas persiguen estrellas  
nunca vistas antes sobre el ancho mar.  
Los soles de Oriente, de extraños reflejos,  
las islas doradas de la mar Austral,  
miran asombradas, de los aparejos  
el vuelo tendido, ligero y audaz.  
Gente de aventura prendida en los dejos  
de la fantasía sutil del azar,  
abriendo las rutas a golpes de quilla,  
templando los pechos a golpes de mar.  
¡Naves y marinos, desfile glorioso!  
¡Marinos y naves, heróico cortejo!  
Vasco de Gama — ¡El Cabo Tormentoso!  
— Urdaneta — ¡La vuelta de Occidente!  
Balboa, Grijalva, Pizarro, Caboto,  
Sebastián Elcano redondeando el mundo  
con el hilo leve de una estela azul,  
y el gran Magallanes, sobre cuya tumba  
dejó Dios el signo de la Cruz del Sur!

Sobre las estelas blancas,  
que la nave ligó a Europa,  
hicieron puente las tropas  
que habían de venir después.



Y vio mi Patria: el arnés,  
extrañas bestias herradas,  
un signo nuevo —la Cruz—,  
el trueno del arcabuz,  
las corazas biseladas  
y las capas coloradas  
de los hombres de Cortés.

Hernando de Cortés... ¡Gran Capitán!  
Imponente grandeza de volcán,  
que corona la roja llamarada  
con que la audacia consumió tus naves;  
¡Cruzador de montañas y de valles,  
Conquistador de tierras y de mares!  
Guerrero infatigable, inmenso viejo  
a cuyas glorias brindaron espejo  
las aguas calientes del Golfo Bermejo.  
Hernando de Cortés... ¡Gran Capitán!  
Si alguno te ignora te olvida o te niega,  
yo sé que mi estirpe zarpó con el beso  
que diste a Marina en los labios frescos,  
dejándome en prenda de tu parentesco,  
lo caballeresco de la hispanidad.

Caballeros Cadetes:

Descendéis de esa raza de aventura  
injertada en la Azteca que, por brava,  
ninguna la aventaja en estatura.  
Descendéis de los dueños de la gloria,  
de la mar y de la altura...  
De futuras gloria esperanza clara  
vuestra generación viene marcada  
con el signo imperioso de los grandes destinos,  
y sé que llegaréis a vuestra meta  
por heroicos caminos.  
Vive nuestra Patria las horas más graves.  
Sangre mexicana se vertió a traición;  
compañeros vuestros conducían las naves  
cuyos derroteros cortó la explosión.

El fuego y la sangre un orto mintieron,  
en la noche negra, callada, del mar,  
y las lenguas altas de las llamaradas  
tiñeron de rojo la estrella polar...



Mas ningún lamento, ningún desaliento,  
tales episodios os deben dictar;  
perdure el ejemplo marcando el sendero  
y los que cayeron... ¡Descansen en paz...!

Que no en vuestras mentes, juveniles  
odios, turben la serena, certera visión.  
Tenéis por delante una vida entera  
y voy a deciros cuál es la misión:  
— Tenéis que consumir la redención  
de esta dulce Patria, que arrastra miserias  
por haber vivido sin agro y sin mar.  
Patria que ha vivido de la insana mina  
y los oros negros de los embelecados,  
y que en la llanada y en la alta colina  
se pinta con tunas los labios resecaos.  
Haced que perciba los lejanos ecos  
de su historia toda rumor de océano,  
en la que los hechos son oro en astillas;  
haced que recuerde que su cuna misma  
es una soberbia nave de tres quillas.  
Que ate, con caminos las blandas orillas  
de los dos océanos,  
con los que se ciñe la cintura estrecha;  
que construya naves, que plante manzanos,  
que ponga en los remos audaces las manos  
y parta, llevando su propia cosecha.  
Haced que la sangre de tantos caídos  
en interna lucha, fecunda la brecha,  
florezca los campos, alumbre la escuela,  
y cale, en los riscos del agro sediendo  
frescura de pozo... ¡Molinos de viento!  
En ese preciso, anhelado momento  
un México nuevo veréis levantar,  
y veréis a la Patria largar las amarras  
y tender las velas veloces al mar.  
Tal es la fecunda misión que os deparo.  
Misión de concordia, de esfuerzo, de paz...  
Mas si vuestro intento se viera impedido,  
porque un enemigo quisiera pisar  
el suelo bendito, donde hemos nacido  
entonces, Cadetes Navales ¡Erguíos!  
Poned el rugido del león atacado  
sobre los rugidos soberbios del mar,



que no estaréis solos, este pueblo grande  
que jamás, por nadie se dejó ultrajar,  
se alzará gigante, magnífico y bravo.  
En cada paisano veréis un soldado  
y en cada soldado veréis un titán.  
Al trueno siniestro, feroz de la guerra,  
brotarán guerreros, en el llano, la sierra,  
los montes, las playas, el risco, el alcor,  
y en todos los pechos y en todas las mentes,  
un anhelo sólo: ¡Fuera el invasor!  
Mas si el destino truncara  
el azar de la campaña,  
vuestra juventud en flor;  
al destino pediría  
que la última visión  
que vuestros ojos llevaran  
en las pupilas grabada,  
fuera una nave enemiga  
destrozada, escorada,  
y arriando su pabellón.  
Que fuera la del cañón  
vuestra postrer sinfonía,  
y viera vuestra agonía  
pasando sobre la mar,  
las glorias augustas  
de vuestros abuelos.  
Y arriba, en el cielo presidiendo duelo  
sin rezo, ni lloro,  
como clavo de oro,  
la estrella polar.



CINCUENTENARIO DE LA ESCUELA NAVAL  
1897-1947

I

¡NOBLE Escuela Naval...!

Entre tus muros resonaba mi grito;  
cuando el grito era claro, la esperanza era entera;  
era párvula el alma, la mente volandera,  
y era joven la seda que besé en tu Bandera...

Pródigo de los vientos y de las tempestades,  
vuelo a la sombra vieja de tu arcada  
donde cada rincón es relicario,  
cálido de saudades.

Quiero asir el minuto que no pase,  
entre lo rutinario de tu vida llana,  
como si aún me diera tu campana  
el temeroso aviso de ir a clase.

Como si me esperara en el salón  
el profesor Sempé para francés;  
o el viejo Díaz Mirón;  
la revuelta melena de león  
apoyada en el muro,  
y el bigote a horcajadas en el puro,  
como galeote negro en un bauprés.

Como si me tomara de revés  
las ecuaciones del señor Minor,  
y un Cabo autoritario, por más señas tambor,  
me pusiera en la Guardia de plantón  
por la más trivial cosa,  
mientras acrecentaban mi pavor  
las barbas anacrónicas del General Carvallo,  
u ondulaban las cejas antagónicas  
de Rodríguez Mendoza,  
tras un tubo de ensayo...

Como si discurriera; Quijote sin caballo,  
con la traza bizarra del chapeo



mecida entre las nubes del tabaco inglés,  
el profesor Fernando Siliceo,  
discutiendo en francés con el señor García,  
risueño y pequeño, que mentía,  
junto al porte cabal del Caballero  
Andante que tenía  
melena ensortijada de poeta,  
mostacho mosquetero;  
la figura cordial de un Escudero.  
En mi magna ignorancia me sentía,  
ante tamaña ciencia trashumante,  
un flaco y melancólico rumiante,  
o caballejo al trote que asumía  
la talla intelectual de Rocinante...

Dos dignos Comandantes Rafaeles  
(Izaguirre y Carrión)  
eran los timoneles de mi primera ruta,  
entre la marejada de papeles,  
doctos y memorables  
en que bogaba la Subdirección;  
que a mis ojos crecía al tenor  
de una temida y milagrosa gruta,  
que guardara las hojas y la fruta  
de árbol de la ciencia  
en incunables...

## II

En evocación retrospectiva  
escucho tu corneta,  
al toque de Retreta derramarse  
por el patio anchuroso  
que iluminaba con incierto lampo,  
un poste con su foco  
persistente cual lámpara votiva,  
a cuyo rededor paseaban graves  
los Cadetes antiguos cual pisando,  
el puente de comando de las naves...

Y mientras tanto; ¡pobre plebe anónima,  
por rincones y patios fugitiva  
ante la magna alarma de la "pócima"!



pasaban los noveles a estampa,  
como en el mar escapa la sardina  
de la voracidad de los jureles...

De Cadete de Primera para arriba,  
dorada aristocracia de la Escuela,  
se disfrutaba el raro privilegio  
de sacar las narices por balcones  
traseros del colegio,  
para mirar el anchuroso mundo  
del jardín aledaño,  
y lanzar un suspiro tan profundo  
que tardaba un año  
en cruzar la minúscula plazuela,  
y trepar a los anchos ventanales  
floridos y repletos de juncales  
alumnas de Delfino Valenzuela...

Y otra vez tu diana,  
tu corneta, tu marcha y tu campana.  
Otra vez las cazuelas rebosantes de avena  
y huevos fritos que estrelló Kobata;  
asiático surtidor de vitaminas,  
entre la lobreguez de tus cocinas...  
Otra vez el plantón, porque fallaban  
el ancla, la rabiza o la corbata,  
o por moverse en filas...  
Otra vez afligida comitiva,  
camino del salón de Descriptiva  
para enfrentarse con Ulises Díaz,  
Lógica con Zamora y Derecho con Prado...  
Y así... en la más dura forma  
nos ibas educando poco a poco  
con el consejo leal de profesores  
a quienes debo gratitud gigante  
por cordiales motivos,  
y que no llamo porque fueron muchos,  
pero que vienen a mi mente vivos...

### III

¡Seres y sombras!  
Sombras cordiales de un pasado que evoco...  
¡Noble Escuela Naval!



Al llegar a la sombra de tu arcada  
me traspasa tu espíritu que toco.  
Me conforta tu orgullo  
de cales nuevas sobre heridas viejas  
con que pretendes ocultar tus fallas;  
fracaso de barniz y de revoco  
sobre la cicatriz de la metralla.

Pero no es en el polvo donde se halla  
el espíritu fúlgido que invoco.  
Está en el toldo de estrellas y gaviotas  
de los puentes en vela...;  
en el cruce de todas las derrotas  
de los anchos caminos marineros...  
Se derrama por abras y caletas,  
radas y surgideros  
donde tus hijos el bajel fondean.  
Se yergue inquebrantable  
donde quiera que ondean  
sobre las olas tus colores caros.  
Flameo sobre los buques petroleros,  
hundidos en las noches espantables  
que sangraban las llamas del incendio,  
entre las cuchilladas de los faros...

Espíritu que alienta a centenares de tus  
hijos dispersos que laboran  
en civiles afanes.  
Se forja entre tus muros que caldean  
las lumbres tropicales;  
y al enchirse parece que cuartea  
la Rosa de los Vientos...

#### IV .

Vieja Escuela Naval...  
¡Qué remotas las horas de tus primeras Dianas!  
El tiempo caló huecos en las filas,  
fatigó de paisajes las pupilas,  
y cuajó con la nieve de las canas  
pensamientos adultos.

Con el alma en reversa, encaminada  
hacia el clamor de tu primera Diana,



parejas ilusiones nos hermanan  
con aquellos varones que fundaran  
este cálido hogar...

## V

Don José de la Vega, Brigadier de la Armada,  
hizo su sueño piedra que había de perdurar  
y su espíritu aliento que se tendió al futuro,  
como la vela curva de la nave al zarpar.

Espíritu gallardo, que enraizó en este suelo,  
se alzó cual trepadora ambiciosa de cielo  
que buscara el zafir...

Y culminó en la gesta de Cadetes ungidos,  
entre los estampidos del 21 de abril.

Brigadier de la Vega, Comandante Izaguirre;  
Temple de Caballeros, ejemplo de soldados,  
es honor de los más altos traerlos del pasado  
para entregarlos vivos a la posteridad.

Caballeros Cadetes de la hueste presente:  
Tal las nobles figuras que vamos a confiar,  
desde hoy a las horas del futuro sin fin,  
a la guarda segura de vuestra lealtad  
y la honra sin tacha de vuestro espadín.

Sabemos que quedan en muy nobles manos.  
Venís de una estirpe de claro blasón;  
se os han inculcado los altos deberes,  
sabéis por qué y cuándo se vive o se muere;  
y lleváis la espada junto al corazón.

## VI

¡Noble Escuela Naval...  
han llegado tus hijos...!  
Son los que cautivaron la fortuna  
y llegan a tu arcada vencedores.  
Están los que vivieron a rigores,  
cayendo a trechos, levantando a ratos



rebeldes a rendirse a la derrota,  
y a los que causas singular congoja  
con la sombra sedante de tus muros...

Pero están todos juntos, agrupados  
en el espíritu de unión que inculcas.  
Han venido por todos los caminos  
y llegaron de todas las edades...

De las prometedoras mocedades  
en que se finca el porvenir que buscas  
a los hombres ancianos que rindieron  
su savia en el rigor de la jornada...  
Y yo que estoy situado,  
en Ecuador equidistante a polos,  
¡Abro los brazos en tu agosto nombre  
para poderlos estrechar a todos!

## VII

Hoy que estamos unidos;  
seres y espectros, espíritus y sombras;  
en este viejo caserón que tiene  
el prestigio de hogar, aula y baluarte  
de cincuenta años rendiré esta parte:  
"Se ha cumplido el deber,  
sencillamente".

Hemos luchado desesperadamente  
en una brega en apariencia vana  
contra una dura mar de incompreensión...  
Y sin embargo No;  
Ha medio siglo que zarpó el galeón  
con la proa apuntada hacia el futuro;  
y el futuro es el mar... ¡Estoy seguro!

No madura la Patria todavía  
para afrontar, los riesgos de un océano  
que abandonará en los amargos días  
en que se puso el porvenir de España.

Pero existen derechos vigentes en el mar,  
porque hablamos la lengua de Castilla.



Vigentes porque fueron mexicanas  
las naves que en otrora levantarán  
el velo de las Islas Filipinas  
al asombro del mundo occidental.  
Yo digo a los Cadetes de la Escuela Naval:  
No importa  
que nosotros boguemos entre sombras;  
en vuestra vela prende ya la lumbre solar.  
El orto es inminente, la raza se encamina  
a recobrar de siempre su ruta secular.

Acaso cuando surjan las naves de la espera,  
empiece en nuestra vida tal vez a atardecer...  
Desde los muelles quietos, con ojos empañados,  
acaso cuando zarpen las miremos partir...  
Pero al ver a lo lejos flotando su Bandera,  
en nuestro pecho acaso... ¡Comience a amanecer!  
Nosotros tripulamos las naves de la sombra  
que bogaron de noche...  
sobre mares sin luz...

Ahora la confianza revive en los retoños  
de la hora fecunda de este cálido hogar.  
Ellos tienen derecho a realizar sus sueños  
que embarcan en galeones de bravas aventuras.

Nietos de la falange de los descubridores,  
que señoreó en su hora la vastitud del mar;  
guardan las escrituras de legados muy viejos  
que vienen de una raza navegante y audaz.

A ellos corresponde retrotraer la estirpe  
a cuando era la dueña de la lumbre solar.

Porque son el producto más caro de su seno,  
porque son esperanza y encarnan un ideal,  
porque son la promesa clara de su futuro,  
en sus Cadetes, confía, esta Escuela Naval.

Veracruz, 10. de julio de 1947.



## DON QUIJOTE PASA

### I

OS VOY a cantar señora,  
las glorias de esa raza  
de estatura colosal,  
que ha librado por tres veces  
a toda la cristiandad  
de bárbaras invasiones;  
la que embarcó en los galeones  
reveladores del mar,  
llevando en alto la espada  
defensora de la cruz.  
Un pueblo, todo de luz,  
al que deparó la suerte  
siempre singular destino:  
su sino fue batallar,  
descubrir, civilizar  
y la gloria de afrontar  
los momentos decisivos  
de toda la humanidad,  
irguiéndose altivo y duro;  
como un acero desnudo  
bajo la gloria del sol.  
Tal es el pueblo español,  
Quijote y recio; vehemente  
en el querer y el odiar;  
único en el batallar  
sin cuartel, a vida o muerte.  
Por eso es grande y fecundo  
y no sabe conmovearse  
sin que la historia del mundo  
se tuerza y cambie de rumbo...  
¡con el permiso de Dios!

### II

No voy a deciros nada  
de cuando el tropel sonoro  
de la hueste Castellana



hizo tremar los aduares  
en las tierras de Granada:  
arrojando la morisma  
gentil, a tierra de moros  
v alzando en los alminares  
de mezquitas conquistadas  
el madero redentor.  
Ni os hablaré de Lepanto;  
cuando envió el Emperador  
tal cantidad de bajeles,  
que temblaron de pavor  
los infieles, con temblor  
más grande que el de Granada;  
al mirar ensangrentada,  
naufragar la media luna  
que al ocaso llegó presa,  
en la roja llamarada  
de la galera turquesa.

### III

Sino de éste nuestro siglo;  
en que amenazó la Europa,  
La América, el mundo entero;  
un peligro más artero,  
solapado y verdadero,  
que el de turcos y el de moros...  
porque llegó disfrazado  
de doctrina redentora;  
haciendo soñar a todos  
los que siempre carecieron  
de risa, lecho y sustento,  
que sus penas barrería,  
cual los celajes, el viento  
helado de su doctrina.  
No más religión decían;  
no más yugos de familia,  
ni más Patria. Todo es mito.  
Y así, el veneno maldito  
fue sembrando la cizaña y fue  
doblegando pueblos  
y osó amenazar a España.  
Imagináos, ¡a España!  
la gran casa solariega



que, como en los días aquellos  
en que el sol no se ponía,  
conserva la recia gente  
que nunca el esfuerzo niega  
para toda noble empresa;  
mas cuya ruda hidalguía  
no entiende majadería  
que se compare con ésa;  
ni tolera en su solar,  
a quién le quiera marcar  
el derrotero a seguir,  
que ella siempre siguió el suyo,  
con tal acierto y tal gloria,  
que está, cual reto, en la historia,  
por si lo quieren borrar.

#### IV

Y así, aquel pueblo gigante,  
que tiene intención cristiana,  
más alta que la campana,  
del más alto campanar;  
se dispuso a batallar  
por su fé y su religión,  
su gloria, su tradición  
y el timbre de su solar.  
Como siempre que se mueve,  
pone en la empresa alma entera.  
Desde las tierras fronteras  
donde lluvias pertinaces  
mojan las boinas honradas;  
a las llanuras feraces  
de motas anaranjadas  
que cercan el mar latino,  
al estrecho por do vino  
a su sangre casta mora;  
en arreboles de aurora  
se enciende la España entera.  
Al calor de las hogueras  
que prende la cruenta lucha;  
se define con siniestros  
perfiles el horizonte,  
erizado de fusiles;  
trepidante de explosiones.



El trueno de los cañones  
dá el grito feroz de: ¡guerra!  
tremante y roja, la tierra  
socaban los proyectiles  
en horrendos agujeros,  
donde se amasa la carne  
deshecha de los guerreros  
sacrificados por miles,  
cual si los bandos hostiles,  
hirviendo en rabia salvaje,  
siguieran al enemigo  
al centro mismo del mundo,  
para teñir en su sangre  
la livor de su coraje.

V

Por el siniestro paisaje  
de escombros, ruinas y fuego;  
pasa la pálida traza  
del Caballero manchego,  
que va buscando reposo  
tras desfacer el entuerto.  
El brazo lleva rendido,  
el rostro polvoso y yerto.  
Mira con triste mirada  
la triste y roja campiña  
desolada y arrasada  
como por bíblico azote,  
y piensa que acaso nada  
en recompensa consiga;  
que misión es de Quijote,  
arar y plantar la viña  
mas no cosechar el brote.  
Discurre luego, que España  
jamás presentó la cuenta  
de sus servicios al hombre.  
Por eso se llama España  
y se encarnó en el Quijote;  
porque en toda empresa grande,  
donde la suerte del orbe  
desorientado se juegue;  
a España le corresponde  
levantar el gonfalon



y España responde siempre...  
¡con el permiso de Dios!  
Con tal gallarda ficción  
el ánimo se conforta,  
la dicha su faz colora  
y su mirada febril  
enciende chispa creadora;  
¡bella locura española!  
Le parece que el rocín  
pasa por una pradera  
dorada, la tierra entera,  
al fin salvada por él.  
Su sueño crea maravillas  
que van brotando a su paso  
de las glebas amarillas  
como a mágico conjuro.  
Mira las tierras baldías  
y reseca de la Mancha  
convertidas en emporio...  
Percibe la gritería  
de muchos hombres que marchan  
por el camino del bien  
abrazados como hermanos.  
Distingue miles de manos  
alzadas en ademán  
patricio de saludar,  
sobre orgulloso castillo,  
al rojo y al amarillo  
hechos otra vez bandera  
porque así lo quiso España.  
La grata visión empaña  
la lumbre de sus pupilas  
y, con la vista clavada  
en los horizontes lilas  
que limitan la pradera,  
cala otra vez la visera  
sobre la faz ambarina,  
pica espuelas al rocín  
que parte con manso trote  
buscando nueva quimera  
que con su sangre se tiña;  
que misión es de Quijote  
arar y plantar la viña  
mas no cosechar el brote.



## ANIVERSARIO

SE que estarán tus ojos este día,  
aunque no quieras, húmedos de pena.  
Está lejos de ti el que podría  
besar tus ojos y secar tu pena.

Sé que hoy evocarás seres y cosas  
ausentes, pero vivos en tu afán  
y, que te harán llorar hasta las rosas  
que inútilmente a mutilar se van.

Hoy no vas a tener el tempranero  
de mi Caribe coruscante raso,  
ni vas a ver templar otros luceros  
lejanos, en la llama de otro ocaso...

Tendrás cielos de plomo, sol escaso,  
hosco paisaje a tu dolor fundido.  
¡Y no puede ir el que te ama tanto  
a calentar tu espíritu aterido!...

Al rosal de tu alma pesarosa  
en este día llegar, tímido espero  
para poner un beso en cada rosa  
y en cada pena murmurar: ¡Te quiero!

Tendrás los ojos húmedos de pena,  
partida el alma y el dolor entero...  
Permíteme que calle... sólo quiero  
besar tus ojos húmedos de pena.



## LA MUJER QUE ESPERO

ANTES de conocerla mi vida la presente;  
siento que de la suya, mi espíritu se imana.  
Con los ojos cerrados la miro claramente  
y sabré conocerla... si la encuentro mañana.

Sé, que ha de ser pálida... muy pálida...  
Los ojos muy abiertos, absortos o febriles...  
La frente pensativa, los labios infantiles...  
Caritativa y buena... como gota de miel.

Sé, que tengo pactada una cita con ella,  
en una fecha y punto que ignoro todavía;  
puede ser en las playas orladas de palmeras...  
o en las Islas Doradas... del claro mediodía.

O debe ser, acaso, más allá de la vida...  
En el polvo dorado del Jardín Estelar;  
Puede ser en el fondo pavoroso del mar...  
Solos ante las cruces de las naves perdidas.

No lo sé, pero tengo una cita con ella,  
y acudiré, siguiendo la traza de mi estrella...

Sé que cuando la vea me dirá: — Te esperaba...  
Y no habrá en su mirada sorpresa ni estupor;  
Si acaso, con la savia de los momentos plenos,  
palparán sus senos... con temblores de flor...



## CUANDO YO MUERA...

ESCUCHAME mujer, cuando yo muera,  
harás llegar un médico a mi lecho  
y le dirás...: que me arranque  
todavía tibio, el corazón del pecho.

Tendrá en un vaso, la quietud extraña  
e impresionante de las cosas idas...  
y tú debes guardarlo; es una entraña  
que sólo para ti latió en la vida.

Cuando, a tu vez, te llegue la partida,  
junto a mi corazón pondrán manos piadosas  
otra rosa de carne estremecida,  
y seremos así dos flores rojas...

Y esa urna dos veces florecida  
que guarda el amor de los amores,  
se ha de sepultar, una mañana  
en que haya mucha luz y muchas flores.



## RULETA

TODOS hemos tenido en la vida,  
esa hora de tedio mortal;  
en que todo naufraga y se antoja  
que ya nada, nos hará vibrar.

Mas luego, la lumbre de unos ojos negros,  
unos labios castos, un talle juncal,  
el humo de un barco, un astro del cielo;  
mil cosas triviales que a veces no sé,  
se diluyen todas en nuestro veneno  
y de nuevo cobra la vida interés.

Todos hemos tenido en la vida  
esa hora de paz, tan cabal,  
que nos hizo soñar que siguiera  
largamente, sin cambios, igual...

Mas, presto a la calma sucede el hastío;  
nos tienta el desvío sutil del azar;  
largamos amarras, bajamos el río  
y... las velas blancas retornan al mar...

Yo te digo en serio que la vida es eso:  
una eterna huída del momento actual;  
voluble, inconforme; es ansia y es beso...  
Es todo un inmenso impulso de amar.

Ya que en la ruleta de las emociones,  
lanzada en eterno y loco girar,  
las hay, fatalmente, de todos colores  
y todos los premios nos han de tocar;  
no juegues a nones; juguemos a pares.  
Te espero, amor mío, vamos a jugar.

En tanto la vida prometa y sonría  
y bulla en las venas el ansia de amar;  
en tanto me jures que eres sólo mía...  
¡Ruede la ruleta; no temo al azar!



## ABISINIA

ALERTA, pueblos pobres, Etiopía  
adelántase un paso a vuestra suerte  
y prepara quizá vuestra agonía  
el propio obús que intentará su muerte...

Hoy, como ayer, el fuerte su estatura  
impone con granadas y bridones  
y apresta la expansión de su "cultura"  
con bronca serenata de cañones.

Piensa, Europa, medita. No aceleres  
con truenos la normal evolución;  
si envenenas un pueblo de pasión  
y, se venga mañana... tú lo quieres.

Escucha cómo gimen en Guayana,  
en India y en Sudán los oprimidos...  
¿No será la borrasca de mañana  
ese doliente coro de gemidos?

No deben, tu altivez ni tu coraje  
desdeñar el rumor por suave y vago;  
también es suave y cándido el celaje  
y es, sin embargo germinal de rayo.

Aunque de lejos, Abisinia, acecho  
tu infortunio que invítame a llorar  
y hace explosión simpática en mi pecho  
la granada que explota en Adigrat.

Yo sé que vencerás; que tu barbarie,  
hecha de candideces infantiles  
no quedará a merced de otra "barbarie"  
hecha de rigideces de fusiles...

No olvides, si al calvario vas derecho,  
¡desventurada hermana sin hermanos,  
que los rubíes que brotan de tu pecho...  
le brotaron a Cristo de las manos!

No temas la cadena; tu Señor  
al decir su sentir mi voz refleja;  
todo el mundo condena al agresor  
y Dios, que va contigo, te proteja...



SECRETARIA DE HACIENDA  
INSTITUTO DE HISTORIA  
Y CULTURA MEXICANA  
BIBLIOTECA CENTRAL



## CAMPESINA

SE me metió la mañana  
por los sentidos despiertos;  
el alma me dejó clara  
y los labios verdaderos.

Me aconsejó que te hablará  
y que limpiará de sombras  
el hueco del corazón.  
Y ya que tú no me nombras  
tengo que nombrarte yo.

Reventaron los claveles  
las yemas de mi rencor,  
con razón eran tan negros  
los puntos de cada flor  
y los tallos tan revueltos,  
como enredijo de amor.

Me dijo el sol de Levante  
rubio como oro fino:  
— Háblale claro y preciso;  
en alto; como estandarte,  
y llano como camino— .  
Otras cositas me dijo  
que no sé como contarte.

¡Hay va sola y orejana!  
embistiendo a los llaneros,  
quiere mirar lo que queda  
más allá de la sabana;  
no te enojés porque lleva  
en el testuz la mañana;  
no es ganado de tu fierro  
no la enlaza tu mangana.  
Ella es novilla temprana  
y tú eres vaquero viejo;  
síguela paso a paso  
por si requiere consejo.



Que no la lace llanero  
con pita de mala clase,  
que sea macho verdadero  
el que la alcance y la lace.  
Que una novilla tan fina  
no es del primero que pase.  
Que recuerde la querencia  
del hato donde se crió  
con tanto amor y paciencia,  
que sólo lo sabe Dios.  
¡Sólo Dios y su conciencia!

Déjala que parta monte,  
tan solita y orejana...  
En su vida no eres nada,  
ni una brinita de viento  
que haga cantar el ramaje;  
ni una nube, ni un celaje,  
ni una velita lejana  
en el mar de su paisaje.

Descansa vaquero viejo,  
y al toque de la oración  
reza por ella en la tarde  
cuando la lumbre del sol  
se apague como tu vida.

— Tú no me engañas vaquero,  
detrás de tu gesto fiero  
se te asoma el corazón.

Si escuchas cantar por ella  
el canto de los potreros,  
y te dice que alcanzó  
los picachos altaneros  
que tiñen lumbre de soles,  
no te sorprenda que llores...  
En tu corazón prenderá  
alegremente la llama  
que te quedó como huella  
y se alzará como estrella  
al ver el sol de su fama.



Pero si llora por ella  
la queja de los potreros,  
y te dice que cayó  
en los riscos traicioneros  
antes de alcanzar la gloria;  
tu corazón sentirá  
como una voz que lo llama;  
porque las almas gemelas  
se juntan mejor en pena  
que con el sol de la fama.

Así me habló la mañana  
por los sentidos despiertos...  
De la novilla orejana,  
de los caminos abiertos.

Tú debes hablar igual,  
sin párrafos encubiertos;  
trátame como sabías  
hacerlo en los tiempos viejos,  
cuando me hablabas de frente  
con los ojos bien abiertos.  
No vayas por los atajos  
y las veredas torcidas;  
porque está el vaquero sólo  
y se le enciende la ira.

Voy a colgar del alero  
mis sueños en el paisaje  
para que la novilla fina  
conozca la casa y pase.

Conozca la casa y hable  
sin engaño de matrero;  
que si soy duro con ella  
es seguro, porque quiero  
que no la lace llanero,  
con pita de mala clase.  
Que una novilla tañ fina  
no es del primero que pase.



## CANTARES

Yo he cantado, y a veces con fortuna,  
del oleaje sonoro los caireles de espuma...  
Y la cuna de encaje donde duerme la luna,  
en ropón de celaje, deshilado de bruma...

He cantado las nupcias de la yema que brota  
con la límpida gota fecunda de Mayo;  
los giros que en su vuelo dibuja la gaviota,  
alpina de los alpes inestables del mar...  
y la lívida lumbre cegadora del rayo—.  
Rúbrica del Eterno, —bronca del temporal!!!

Todo cuanto la vida grabará en mis pupilas...  
Todo lo que mi siglo a mi barro enfrentó,  
ha vobrado en mi alma y ha vibrado en mi voz,  
de acuerdo con el signo de las horas vividas...  
Poniendo en la miseria de mis carnes heridas,  
junto al sello del Diablo, Visto bueno de Dios!

Es por eso mi canto de cadencias extrañas...  
Trama de goces puros y de lacras muy vivas.  
Confusión de recuerdos... Jirones de otras vidas  
tejidos con la mía, como tela de araña,  
pendiente de una rama que se curva sedienta  
sobre clara fontana...  
Y que atrapa con hilas pegadizas  
las alas huidizas de muchas cosas idas...  
Sonrisas desdeñosas de mujeres esquivas;  
turgencias venusinas en tálamo de cañas...  
Oxiduas inquietudes, ansiedades ortivas...  
Y la nota candente, turbadora y malsana  
de los besos jugosos de las hembras lacivas!!!

De acuerdo con el signo de las horas vividas  
los hechos más triviales modularon mi voz...  
Y quedó en la miseria de todas mis cuartillas  
junto al sello del Diablo, Visto bueno de Dios.



Pero al llegar a ti, no encuentro acento  
con qué decir lo que decir quisiera;  
llenas mi corazón de tal manera...  
Que enmudece mi voz como si fuera  
superior a mis fuerzas el intento.

Cuando de dar al canto trato en vano  
alas que lo levante a tu altura,  
como sol de rutila y que fulgura,  
se levanta en mi mente tu figura  
eclipsando mi pobre castellano.

Y es que al fondo sin fin del alma humana  
hay algo... sin acento conocido,  
que no puede salir, que está escondido...  
Y que es tan puro así, tan cohibido...  
que hasta el roce del labio lo profana...

Para tí yo no puedo ensayar  
el cantar que te evoque y te nombre  
sin sentir el deseo de llorar...  
Llanto dulce que brota en lugar  
del cantar que te evoque y que te nombre.



## SI PRETENDIERA...

SI pretendiera modelar el verso  
que sueño para tí, dulce amor mío,  
preciso fuera —vano desvarío—  
recoger el rumor del Universo  
y ponerlo a tus pies, hecho canción.

Sería un cantar arrullador y suave,  
más dulce que el Cantar de los Cantares  
más amargo que el agua de los mares  
y rojo como rosa de pasión.

Mas nunca ha de llegar la inspiración,  
huidiza cual tímida paloma;  
lo que quiere decir el corazón  
vida mía, no cabe en el idioma  
y debe ser así, te asustaría  
saberte amada como yo te quiero;  
no puedes comprender tú, todavía  
amor así, trasunto de lo eterno  
con su imponente y grave sinfonía.

Plugo a Dios disponer que fueras mía  
y para mí junto desde aquel día,  
la luminosa palidez del cielo  
con la amenaza roja del infierno.

Porque te adoro tanto que a supremos  
verbos para ensalzarte yo me inclino.  
Es menester que sepas los extremos  
de la pasión gigante que imagino  
como razón suprema de mi vida;  
yo tengo puesta en tí la fé más alta  
alto y nobel pavés en que te alzo  
y presiento mujer, que si me falta  
por tu culpa la fé, yo iré al cadalso.

Así te quiero, con amor bravío  
bajo aparente placidez de cumbre;



nadie imagina bajo el domo frío  
y quiero del volcán, bullir la lumbre.

Perdona si te causa pesadumbre  
el relámpago rojo de mis celos  
que alguna vez me ciega sin motivo;  
el relámpago fuera menos vivo  
si el amor que lo enciende fuera menos...

Y en tanto pugno por hallar el canto  
que sueño para tí, dulce amor mío,  
más sabio el corazón calla y presume,  
que el verso que persigo ya está hecho  
y que es eso que bulle aquí en mi pecho  
y no puede salir, aunque me abrume.  
Es un sutil y tímido perfume  
que ha de llegar a tí porque lo escucho  
decirme con rumores de universo:  
no luches más por encontrar el verso;  
ella lo sabe ya, la quieres mucho.



## DERROTA

Yo la recogí una noche  
En que ardía en llamaradas  
De guerra civil España.

A lo lejos se escuchaba  
El trueno de los disparos,  
Los ladridos de los perros  
Y el rechinar de los hierros  
De los barcos que batía  
En su vaivén la resaca.

Yo la arropé con mi capa  
Y a mi lado parecía  
Como un cachito de día  
Que se incrustaba en la noche.

Las estrellas recogían  
Perfume de jazminero...

En el jazmín de sus dedos,  
Como joyas relucían  
Lágrimas que no quería  
Que yo le viera en los ojos;  
Que una española no llora  
Delante de un extranjero.

Entendí, besé su llanto  
Y mis labios recogieron  
Perfume de jazminero  
En el jazmín de su mano.

Entre oscuros galerones,  
Los pasos y las pasiones  
Nos llevaron a mi barco,  
Pasó bajo los cañones,  
La saludó el centinela  
Golpeando sobre el acero  
Bruñido de su marrazo.  
Y yo la tomé del brazo



Como cumple a la señora,  
Orgullosa, que no llora  
Delante de un extranjero.

Y la besé aquella noche  
En que ardía en llamaradas  
De guerra civil España.

Fuimos varios años juntos  
Que minutos parecieron  
Por los caminos del mundo.

Nuestras vidas se tejieron  
Como arabesco en un broche,  
Y al mirarnos se diría  
Que iba un cachito de día  
Brillando junto a la noche.

Mas todo placer es corto...  
Se me cayó de los brazos  
Y en noche de plenilunio.  
¡Lirio plantado en agosto  
Que quiso morir en junio!

Sus manitas conservaron  
Perfume de jazminero.  
Yo las mojé con mis ojos  
Y la besé con mis labios...  
¡Eran dos adioses blancos  
En el momento postrero!

Calladamente y a solas  
Perdí, y pagué buen dinero;  
Porque lloró un extranjero  
Delante de una española...

Las estrellas recogían  
Perfume de jazminero...



## VENDRAS CONMIGO...

ESA carta de tu mano  
que me trajo el viento largo  
sobre el cairel de una ola,  
es ave de augurio malo.  
¡Ave de una pluma sola!  
se me enredó al corazón,  
como terca trepadora  
punzante de mala hiedra,  
y yo la dejo que muerda,  
que al cabo la cortarás,  
tú misma y la quemarás  
en la lumbre de mis penas.

¿Será, para que comprendas  
preciso que me desgarre  
en los abrojos la carne  
y deje rosas de sangre  
en los filos de las piedras?

Será, pero en este viaje  
tú vas a venir conmigo  
desnuda, sin más abrigo  
que el brazo fuerte y amigo  
que yo ceñiré en tu talle.

Iremos por los caminos  
que el viento del mar señale.  
Un alma sola, una carne,  
dos emociones iguales  
bebiendo del mismo vino;  
A los últimos destellos  
del cielo de los caminos,  
pondré guirnalda de besos  
en la nieve de tu cuello.  
La mata de tu cabello,  
que miente rizo marino,  
bandera será del viento,  
cimera del campamento  
en horas malas y buenas.



En las candentes arenas,  
nevadas de blanca luna,  
yo ladraré, como perro  
cualquier presencia importuna  
que quiera turbar su sueño.  
Pondré mi sien en tu pecho  
caliente, de botón fresco,  
y escucharé cómo dentro  
late tu vida que es una  
latiendo igual con la mía.

Al potro de tu porfía  
no pongo rienda ni freno;  
también mi potro quería  
correr por ese terreno  
partiendo en dos el paisaje,  
con el galope salvaje  
y loco de su alegría.  
Pero en esta correría  
nos sobra un potro.  
Tú vienes aquí,  
a la grupa del mío,  
desnuda, sin más abrigo  
que el brazo fuerte y amigo  
que yo ceñiré a tu talle.



## MAR CRUEL

MAR hambriente...  
Mar sedienta... Mar inquieta...  
Se traga los hombres; se bebe los ríos...  
Nunca satisfecha, siempre igual;  
la vieja cruel y coqueta  
que se enfermó en el diluvio  
de un embarazo naval...

Olas de cobre fundido  
en los hornos del ocaso.  
Mares de la media noche  
en que la luna se astilla  
como espejo que se rompe.

Timonel del bronce vivo,  
en el timón de toldilla.  
Cuatro campanadas dobles  
lo arrancaron de su sueño  
y le amarraron los ojos  
al horizonte marino...

Tráeme café, camarero.  
Que en los ojos me lastiman  
los picos de las espinas  
de la Rosa de los Vientos...  
La luna redonda riela  
por caminos fugitivos  
como cristales pulidos  
donde los barcos patinan  
cuando la calma les pesa.

La luna curva se rompe  
en las olas alborotadas  
con las crestas desflecadas  
abiertas en abanico  
cuando las despeina el Norte.

Mares de los marineros...  
¡cuánta humedad en la ropa!



¡Qué fatiga en las rodillas!  
Trae más café, camarero;  
que en los ojos me lastiman  
los picos de las espinas  
de la Rosa de los Vientos.  
¡Puerto de los marineros!  
Va entrando a puerto un navío  
que viene sucio de mares.  
Tiene jirones de frío  
en lo alto de las antenas,  
en la cubierta el estío  
y herrumbres en las cadenas.  
Turba sedienta de vino  
pone su mancha en la popa,  
y en el Cuarto de Derrota  
furibundo Capitán  
semeja gaviota vieja  
que no deja de graznar...

¡Puerto de los marineros!  
Rechinar de las amarras  
que sujetan los veleros,  
los vapores, los pesqueros,  
a las bitas de los muelles  
que la densa niebla apaga  
o el sol tropical enciende.

Tabernas de las esquinas  
donde convergen las rutas  
de muchas tracas mariscas;  
lenguas remotas y ariscas  
venidas por mil caminos  
que junta al azar del viaje.  
En veinte idiomas el vino  
es el mismo en las gargantas,  
como esperanto que iguala  
el acre olor de la cala  
untado sobre la misma  
geometría de los tatuajes.

¡Tabernas de marineros!  
Mujerzuelas que se ofrecen  
al beso internacional;  
humo en que se desvanecen



el marinero dormido  
en la mesa del rincón,  
las mujeres, los tatuajes,  
los idiomas, los visajes  
y el apetito sexual.

¡Noche de los marineros  
que vuelven a la litera  
que aleja una borrachera  
colosal...!

No sabe si pisa Saigón o Ceilán  
ese marinero relleno de ron  
que va por el muelle buscando al azar  
su barco, en la sombra que rompe el farol.  
En la frente lleva paisajes noruegos...  
y llevan los labios el gusto reciente  
y el remordimiento de besos morenos.  
Traicionan la planta de mil agujeros  
de las tablazones de muelles costeros  
¡Noche movediza de los marineros!

¡Golfo de los pailebotes!  
Golfo de los petroleros  
que azota el flagelo  
implacable del norte.  
Las aguas se inclinan  
y en la rampa corren  
los vientos... ¡maligna  
manada de lobos...!

Las rachas aullan; la nube plumiza  
cubre de ceniza la lumbre solar,  
y la tarde amarga de los marineros  
es dura y salada... como agua de mar...

Golfo de los pescadores  
en noche de temporal...!  
Noche negra como tinta  
que revuelve el vendaval.  
Noche que se viene encima  
como tapa de ataúd...

¡Agárrate! ¿Qué pasó...?  
¡hombre al aguaa...!



La ola lo alzó en su cresta,  
de cerca las nubes vió,  
y, vió rodar por el agua  
como una cosa que sangra,  
la farola de babor.

¡Ay, Virgencita del Carmen!  
Patrona de los marinos,  
no me desoigas la queja;  
que se me escapa la vida  
con esa luz que se aleja.  
¡Como se aleja esa luz...!  
Y hay que nadar. ¡Hay que nadar...!  
Cómo me duelen los brazos...!  
Cómo pesan los zapatos...!  
La farola... ¿Dónde está?  
¡Hey! ¡Hey! No me vieron, ya se van...

Y hay que nadar...  
Ay Virgencita del Carmen,  
no me desoigas la queja;  
que se me escapa la vida  
con esa luz que se aleja.

¡Como se aleja esa luz...!  
Yo te prometo diez velas  
y llevarte a la viejita  
que me espera en Veracruz...

Ya no puedo Virgencita...  
Ya no puedo... nadar más...  
¡Qué amarga es el agua amarga...!  
¡Qué amarga el agua de mar...!

Mares de la amanecida  
cuando amaina el temporal.  
Rubio sol que se levanta,  
como moneda en el mar.

Hipocresía de colores  
untada de yodo y sal.  
Paisaje recién lavado,  
tendido al sol a secar.



Gaviotas de curvo vuelo  
sobre la mar que dormita  
ensueño de cielo y luz.

Negra pena en el pañuelo  
de la pobre viejecita  
que solloza en Veracruz...!



## MURCIA

MURCIA, Murcia de los Villaricos!...  
Que pones en la tersura  
De las aguas del Segura  
Tus paisajes de abanicos...

Murcia la noble, la leal  
Tienes el alma más pura  
Que el trigal...

Tus horas todas, íntimo rosario  
Se mecen en aromas de capilla  
Y por ser buena, límpida y sencilla  
No sabe del dolor tu calendario.

En tu calle Mayor y en Platerías,  
Escaparates de tu mujerío,  
Desfila rumorosa como río  
La gracia de tus Evas levantinas.

En tu sábado alegre... los cantares  
Se humedecen en bota de "Jumilla".  
Y en los Domingos de tu fé, en altares  
Que parecen ascuas, se estremecen  
Con emoción devota las mantillas.

Al salir de la Misa meridiana  
Olorosas a incienso tus mujeres,  
Pasan entre la valla de los mozos  
Que en requiebros dan voz a los querereres,  
Mientras arriba dice la campana  
De tu buena intención de ser cristiana.

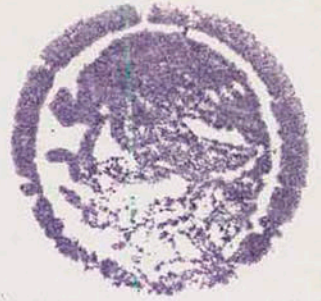
En tu balcón florido... suspendido  
De las blondas pestañas de la estrella...,  
Acechan mil pupilas encendidas  
Mientras abajo llora su querella  
Una guitarra de cantar gitano,  
Que solloza en tu reja y en tu vida  
Como queja de viento "trasmontano".



Al transportar el puente, crucifijo  
Una vez más efímera aventura  
Y el corazón naufraga en el Segura  
Como loto en paisaje de abanico.  
Adiós Murcia, Murcia leal...  
Ya me dicen las campanas  
Sus adioses de metal,  
Ya me los dice el Segura  
Que murmura su cristal.

Adiós Murcia, Murcia leal...  
Tienes la ausencia más dura  
Que un puñal...





## EL VIEJO MAESTRO

CONSIGO me llevó hasta la montaña y mostrándome el cielo con la mano, es tan grande, me dijo, la Creación que toda medición resulta vana. De los astros del cielo nos separan muchos años de luz; vagos arcanos que los humanos temen concebir... No respondí; mas me quedé pensando en tales magnitudes, que no admito, desde que vi temblar el infinito en cada vibración de tus pestañas.

Luego, consigo me llevó a los mares, cuyas aguas trepaban lentamente los cantiles de piedras seculares, como en respiración ancha y profunda. Son los astros, me dijo, controlando el bajar y subir del mar bullente. No respondía, mas me quedé pensando en el hondo misterio, palpitante, de la marea fecunda de tu vientre...

Desde entonces la espalda, desdeñoso, vuelvo a sabios, mentores y eruditos que pretenden hacerme navegar en la confusa música del Cosmos y enmudecen, si trato de indagar en lo que cerca de los ojos tengo; Enigmas, más abstrusos y cordiales que los abstrusos símbolos del cielo, metidos en un cuerpo menudito de mujer, que no más alza del suelo un metro y medio, con tacón y todo, y que tiene, no obstante, suspendida ¡tan bajito! la clave de la vida y en los ojos... temblores de infinito.



## LOS REYES MAGOS

LECHOSO amanecer tiñe y púrpura  
la callada llanura de Judea.

La estrella matutina parpadea  
y se apagan los astros en la altura.

Sobre el duro banco de pobre posada,  
junto al fuego que bulle,  
y al caldero que humea;  
sobre el pecho fuerte la barba rizada,  
reposan tres Reyes la dura jornada.  
Son Melchor y Gaspar, tal claro día;  
luz en la tez y en las melenas claras.  
Baltasar es etíope; hechas de noche  
las barbas y la piel, y las pupilas  
de luminosas lascas de acerina.  
Su veste y su cabello están cubiertos del  
opalino polvo del Desierto...

Llenando casi de la puerta el vano  
con sus anchas espaldas de coloso  
fornadas de escamado coselete,  
contempla, de hito en hito, a los tres Magos  
un guerrero romano...

Con bronca voz, que trueno parecía,  
hecho para tronar en la batalla,  
a Baltasar habló de esta manera:  
¿Quién sois, a dónde vais y quién os guía  
que la noche prefiere el claro día?

Como tú podrás ver, somos tres Reyes  
conductores de rica caravana  
y con la negra mano señalaba  
afuera los camellos que aguardaban,  
abrumados de rica cofrería  
que coruscaba el Sol, y que mentía  
que ardiera en cada jiba un reverbero...  
llevamos oro, mirra, pedrería,  
para el Hijo de Dios Omnipotente  
que ha nacido en el mundo,



y cuyo Reino va del mar profundo  
a las montañas altas, a los astros...;  
que es Rey de reyes ya, y está desnudo,  
como una figurilla de alabastro.  
Llevamos caminando varias lunas  
y tal vez falte caminar algunas.  
No sabemos el término del viaje,  
ni siquiera el rumbo que habrá que seguir.  
Sin embargo, romano, te aseguro  
que no vamos marchando a la ventura.  
Una estrella del cielo, que fulgura  
como jamás ninguna fulguró,  
es por la noche la celeste guía  
del viajero que anhela, que confía  
en llegar a su Dios.

El romano, que habíale escuchado,  
la burla en el labio, la duda en los ojos;  
cruzó sobre el pecho los brazos fornidos,  
agitó el penacho prendido de sol,  
e hincando los dardos de su vista zarca  
en los negros ojos del negro Monarca,  
así replicó:  
Si supieras, oh Rey, de la notable  
ciencia de los romanos que asegura  
que los astros que miras que fulguran  
y caminan y mueren en el cielo,  
obedecen a leyes inmutables;  
sabrías que si en los campos estelares  
uno solo el concierto abandonará  
y a su antojo vagará por el viento,  
chocará con mil más, y los fragmentos  
chocarán a su vez con otros cuerpos  
llenando de fragor el firmamento...  
Permíteme que no admita, ni un momento,  
tu errabundo planeta solitario.  
La sonrisa del Negro mostró perlas  
y al responder su voz tornóse arrullo:  
Tu sapiencia, romano, no discuto  
ni la ciencia de Roma pongo en duda,  
ni quiero que mi estrella vague sola  
desdeñando el concierto de la altura...  
¡Si ni siquiera sé si está en el cielo  
donde vemos lucir su resplandor!



¿No puede ser, producto de mi anhelo,  
una estrella interior?

¿No puede ser un astro que el deliquio  
lanzará por el cielo de mi Fé,  
el que confiado por la noche sigo  
sin que sepa por que?

¿No puede ser tan leve como el viento,  
y por eso en los campos estelares  
ni choca con los otros luminares  
ni llena de fragor el firmamento?

El romano calló; la vista vaga  
por la vasta llanura de Judea;  
y una flecha de Sol, de Sol ortivo,  
puso en su casco brillo fugitivo,  
se hundió en la copa y se quebró en la daga...  
Afuera, reposaban los camellos  
abrumados de rica cofrería  
que coruscaba el sol, y que mentía  
que ardiera en cada jiba un reverbero...

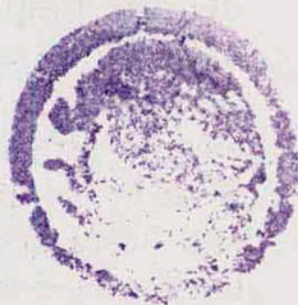


## VELITA LATINA

ES la chicuela tan fina,  
tan grácil y tan gentil,  
cual un mástil de marfil  
con una vela latina.

Vela que navega sola,  
al viento tendido el lino...  
como pidiendo un marino  
sobre el cairel de las olas.

Suspira porque imagina,  
de los sueños el hechizo  
que toma el amor un rizo  
de la velita latina.



SECRETARIA DE MARINA  
UNIDAD DE HISTORIA  
Y CULTURA NAVAL  
BIBLIOTECA CENTRAL



¡HA MUERTO MANUEL RODRIGUEZ!

GALOPARON los sollozos  
y despertaron los rezos  
entre los cirios derechos  
cual lirios de pesadilla.

Bajo la cóncava luna  
cuelgan sus ojos llorosos  
del filo de la mantilla,  
las mocitas de la Villa  
de Córdoba la moruna.

Se durmieron los borbones  
de los cantares flamencos;  
asomaron los crespones  
a la ronda de los rezos...

En una plaza de pueblo  
y en lance de caballero,  
ha muerto Manuel Rodríguez;  
hijo y nieto de toreros.

Bajo la lumbre del sol  
rubia como manzanilla,  
cambiando vida por vida  
cayeron toro y torero.  
Estampa de maravilla  
del arte fúlgido y bravo.  
Sangre de casta en el viento  
flameando como bandera  
en una asta vengativa,  
y un bruto que va doblando  
casi hasta la cruz hundida,  
la espada donde la moña.  
Horror de luto empozoña  
la angustia de los sentidos  
ha nevado en los tendidos  
prendidos del Sol de Agosto...  
¡Qué pena de los que vieron  
el largo y pálido rostro,



en aquella despedida  
definitiva y postrera!  
¡pálida mano de cera  
crispada sobre el trofeo...!  
Ya sólo con el recuerdo  
podréis mirarlo en el ruedo,  
con la figura del talle  
ceñida en la rebolera.  
Silencio de velo y seda  
en valla de ojos mojados  
y de mentones clavados  
en la pena de los pechos.  
Va sobre el féretro negro  
el capote de paseo...  
¡treinta años...!  
Sólo de verlo...  
se puso a llorar el cielo...



## LLEGARE...

SI fuera emperador, te diera el trono,  
el armiño y el cetro; como lumbre de sol...  
de arpas y laúdes el cadencioso coro  
arrullaría en la noche tus ensueños de amor.

Colgaría de tus rejas los cálidos afluvios  
de rosales enanos de un jardín japonés,  
y besarían tus manos dos pajecitos rubios  
y mil esclavos nubios rendidos a tus pies.

Un guardia gigantesco, de corvo yatagán,  
guardaría la entrada, con terrible actitud,  
de la sedeña estancia donde durmieras tú.

Y después de los lances de la guerra y el mar,  
llegaría con la noche, a buscar la quietud,  
en tus brazos, sahumados por el sándalo hindú.



**INDICE PARTICULAR DE  
PALABRAS A LA MEMORIA  
DEL CONTRALMIRANTE  
GUSTAVO RUEDA MEDINA**

	<b>PAG.</b>
<b>Adiós D. Gustavo.</b>	
<b>M. Peyrot Girard.....</b>	<b>162</b>
<b>Homenaje póstumo.</b>	
<b>Cap. de Nav. C.G. R. Montejo Sierra.....</b>	<b>164</b>



**PALABRAS A LA  
MEMORIA  
DEL CONTRALMIRANTE  
GUSTAVO RUEDA MEDINA**



Adiós,  
D. GUSTAVO...

M. Peyrot Girard.

Cuando era cadete se presentó, un 21 de abril, un Guardiamarina a decir su discurso. El joven abordó el estrado en un impecable uniforme blanco que realzaba su presencia. Tenía una voz sonora y bien templada y dominaba la técnica de apoderarse de la atención de los oyentes. Lo que dijo ha escapado a mi memoria pero recuerdo los estremecimientos de la emoción con que su discurso nos sacudió. Fue la primera vez que me encontré con don Gustavo Rueda Medina. Después fue a España comisionado para estudiar un curso de Submarinos. Al regreso traía un tremendo porrazo en la cabeza. En un accidente automovilístico, los cristales del parabrisas se le incrustaron en la frente y guardó de recuerdo un costurón, que para nada afectó sus actividades mentales. En Acapulco trabajamos juntos en un intento de Comisión Hidrográfica de la Armada. Recorrimos los umbrosos montes espantando el cansancio con su plática sabrosa. Gestaba entonces su primer libro ¿Quién tiene un Sacacorchos?, y a poco lo imprimió.

Volví a encontrarlo en Isla Mujeres que entonces había designada Estación Naval, y él su primer Comandante. Aún recuerdan en Isla la bondad, caballerosidad y agudo ingenio del Comandante. La observación precisa, el entender los problemas humanos como si se sintieran en carne viva, servían de preparación para su segundo libro, Premio Lanz Duret 1945: "LAS ISLAS TAMBIEN SON NUESTRAS". En este libro, Rueda lleva al lector, como si fuera un invitado, a pasear por la Isla, le presenta a los habitantes, lo hace sentir hondamente sus problemas y tragedia y lo obliga a reír con el comentario ingenioso y la anécdota graciosa. Estrella, su heroína se pierde en la corriente del Gulf Stream, en uno de los finales más trágicos que puedan imaginarse.

La vida continuó su curso, y volví a encontrarlo como Director de la H. Escuela Naval, donde uno de mis chicos estudiaba. De ahí fue elegido Diputado al Congreso de la Unión por el distrito de Acapulco, y en el último año se interesó en promover y difundir nuestros asuntos marítimos. Fundamos la Liga Marítima Mexicana y se editó esta Revista. Participó activamente. No salió un número que no fuera cuidadosamente preparado, revisado y anotado de propia mano. En cada número escribía el editorial y un buen cuento. Los ratos perdidos, que entonces eran muchos, los pasabamos visitando amigos y clientes en una ininterrumpida charla plena de sugerencias. — Créame, — me dijo en cierta ocasión — el viaje final no me preocupa lo más mínimo. He vivido intensamente y estoy listo para la entrega.



Yo sonreía. Lo veía tan macizo de cuerpo, tan sereno de espíritu que le auguraba largos años. Una cosa le preocupaba. Una pertináz ronquera, que había ido opacando aquella voz de trueno de sus años mozos. Consultó a cuanto especialista le recomendaron. Parecía mejorar. Y entonces vino el desenlace. Hace unos cuatro días regresó de Veracruz. El clima artificial del hotel le dañó. Atrapó una laringitis que le paralizó la garganta. Le pusieron suero y oxígeno.

—Mire usted —me dijo guiñando los ojos— todo este aparato y no tengo nada. Me llevarán al Sanatorio para unos análisis.

Un día antes de deceso lo visité. Reposaba en la cama tranquilo. Leía en un atril. Cerró el libro al verme y sonrió:

—Igual que Eisenhower antes de Normandíe: calmó los nervios con novelas policiacas.

Le habían recomendado que no hablara. Me senté y lo acompañé breves instantes.

Al día siguiente cuando volvía a visitarlo. La señora me recibió angustiada.

—Mi Gustavo, señor Peyrot... Mi Gustavo ha muerto.

Se me nublaron los ojos. El buen amigo, el inolvidable compañero, yacía amortajado en el centro de la cama.

Se ha dicho que nadie muere del todo mientras sea recordado por sus amigos. Don Gustavo anda entre nosotros. Se mueve en sus libros, palpita en sus cuentos y nos observa sonriendo desde el más allá.



## HOMENAJE POSTUMO POR EL CAP. DE NAV. C.G. R. MONTEJO SIERRA

Al tomar la pluma para pergeñar estos renglones con el más ardiente deseo de rendir un último homenaje al que fuera nuestro ilustre Director, llevo aparejada la idea y la más profunda convicción de que lo que escriba solamente será un pálido reflejo de nuestros sentimientos.

Don Gustavo Rueda Medina, Contralmirante de la Armada de México, fue un hombre. Hombre en todo el significado de la palabra. Tómese por el lado o la faceta que se desee; con un gran sentido de responsabilidad, nunca rehuyó el peligro y siempre se enfrentó a la adversidad. Cuando las circunstancias lo ameritaron siempre dio la cara como corresponde a un gran Capitán.

Fue un marino en toda la extensión de la palabra. Técnico por sus estudios, donde su tesón e inteligencia lo llevaron a ocupar los primeros lugares entre sus compañeros. Práctico por su profundo amor al mar ya que sus comisiones en los barcos lo hicieron hermanarse con éstos y con los elementos. Desde que era Oficial hasta que llegó a Jefe tuvo muchos mandos a flote.

Fue un poeta: Emulando a los griegos que por las bellezas de su patria siempre tenían sentimientos elevados inspirados en la propia naturaleza que los rodeaba, así Don Gustavo supo sacar provecho de las innumerables bellezas que le brindó la mar. Su Musa inquieta horadaba el horizonte y le pedía canciones a los crepúsculos; mientras consultaba con las estrellas sobre la situación de su nave en medio del piélago, se entretenía en amena charla con ellas; olía y se deleitaba con el suave aroma de las rosas antes de ver la flor; veía germinar el arbusto antes de preparar la simiente, y en esa forma, su espíritu investigador del brazo de su musa dio por resultado la eclosión de poemas que serán inmarcesibles porque al escudriñar con sus pequeños pero vivaces ojos los sentimientos humanos encontraba la fórmula de llegar hasta lo más profundo de los corazones. Sus poemas son sensibles y el que los conoce siempre exclama ¡Qué bello!

Como carta de presentación, a todos aquellos de sensibilidad poética que adoran lo bello, pongo ante sus ojos el poema "Caballeros del Mar".

Fue un humorista: pero entendamos que el humorismo —debe ser sensible y fino, desprovisto de procacidad, que pueda alegrar tertulias donde asistan damas, que el vocabulario sea escogido como llano. No pudo haber sido otra forma ya que todos lo buscaban porque en su compañía nadie se aburría. Siempre tenía el chiste a flor de labio y siempre también



adecuado a la ocasión. Sus anécdotas eran polifacéticas y de cualquier situación común y corriente, siempre le buscaba y le encontraba el lado cómico. Manejaba la sátira en forma maestra y nunca hirió a nadie porque como solía decir: a los amigos no se les lastima y yo no tengo enemigos. Entre la gama de sus humorismos, nuestra revista publicó algunos durante el breve lapso que la dirigió.

Fue un orador: poseía el don divino de robar la atención de sus oyentes y donde quiera que tomó la palabra siempre dejó el sabor de boca de que había hablado poco aún después de haberlo oído durante una hora o más. Con su voz un poco apagada, sobre todo en los últimos días de su fugaz, pero provechosa vida, arrancaba la admiración de quienes tuvimos el honor de escucharlo. Su voz apagada tuvo como fiel aliado al micrófono que hizo disminuir en gran parte ese defecto. Cuando fue Director de la Heroica Escuela Naval y por sus elevados conceptos recibió las sinceras felicitaciones de los escuchas. San Juan de Ulúa guarda aún los ecos de una brillante peroración en la época en que el Lic. López Sánchez fue Secretario de Marina. Y muchos otros lugares, sobre todo cuando en su juventud fue designado miembro de la comisión que recorrió gran parte de la República dando a saber a la conciencia nacional lo que era o significaba la Armada de México. ¿Improvisador? Nunca acometió semejante aventura; siempre se preparaba bien para discursar y siempre lo hacía bien. Cuando por cualquier circunstancia, en una fiesta cívica se trataba de escoger a un orador, se nos venía a la mente inconscientemente, la figura recia, aunque un poco desgarbada por su cuerpo frágil, de Rueda Medina.

Don Gustavo Rueda Medina era un gran jefe: los que servimos a sus órdenes directas, nunca tuvimos un gesto, un ademán o cualquiera otra manifestación de desagrado al cumplir una orden emanada de él. Por difícil que ésta fuese, siempre la cumplíamos con gusto pues la forma de dárla desarmaba al más renuente. En otras palabras, nos esmerábamos por cumplirlas bien sin saber a ciencia cierta por qué motivo. Creo que era un buen Capitán porque todas las órdenes emanadas de él eran acertadas y sus decisiones justas.

Otra de sus múltiples facetas fue la de escritor. Desde muy joven se dedicó a escribir y de su numen salieron obras cumbres: la primera de las cuales: ¿Quién tiene un sacacorchos?, por su título tan sugestivo nos hace remontarnos a la época de Guardiamarinas. En esa obra asienta la vida y milagros de un grupo de sus compañeros jóvenes con sus propios ímpetus que desafían las cosas más difíciles y resuelven situaciones peligrosas en forma por demás sencilla, con esa sencillez propia de personas que solamente razonan por el lado bueno y que creen que no existe lo malo.

Su obra cumbre como escritor fue "Las Islas también son nuestras". En esta novela resalta una prosa selecta donde derrama verdadera poesía. Como cuando se enfrenta ante un auditorio exigente que poco a poco la va subyugando con su fina oratoria, así el lector de esta novela la empieza



leyendo, si es posible hasta con desdén, para que a medida que avanza en su lectura se vaya interesando en ella gradualmente hasta que llega al final en que reacciona de una manera favorable lamentando que haya terminado.

No es del estilo Dostoyevskiano sino más bien narrativo como Blasco Ibáñez. Con esta novela alcanzó el premio "Lanz Duret" que el Diario "El Universal" instituyó desde hace tiempo. No creo que sea justo decir que sus triunfos más grandes los obtuvo en el terreno de novelista, porque haya obtenido un galardón de fama nacional; creo yo, asunto meramente personal, que su más grande obra reside en la poesía y después en la oratoria. También se asomó en la política del país habiendo resultado electo Diputado Federal, pero esta actividad de su vida fue para él un experimento que no le gustó por lo que hizo mutis de la escena después de tres años en que representó a un distrito del Estado de Guerrero.

Se había trazado una meta por la cual luchó hasta que rindió su tributo a la Madre Tierra: interesar a la conciencia Nacional en los asuntos del mar.

Para lograr este fin, una de sus últimas actividades fue hacerse periodista y en marzo del año pasado salió el primer número de "Litorales" bajo su digna dirección. En esta revista dio rienda suelta a su espíritu inquieto que respondía a su gran preocupación: un país con diez mil kilómetros de litorales que solamente servía a uno que otro poeta para cantarle odas al mar; cuando que países con mucho menos litorales que nosotros, fincan la base de sus economías en sus litorales. En los Editoriales de la Revista, con el valor propio del que se respalda con la verdad, hizo notar a los compatriotas sus errores e impuso el valor de la realidad. Cabe aclarar que solamente decía lo que muchos sabían y no se atrevían a decir.

Por más que se discuta su personalidad y su obra, los hombres que valen siempre son discutidos, nosotros aceptamos con la natural tristeza que estos casos trae aparejada, las muestras de condolencia que hemos recibido y no hay quien no reconozca que se ha ido un verdadero valor intelectual nacional y es por eso que la Armada de México se encuentra de duelo.



## CORRIDO DE MI ANTIGÜEDAD.

Voy a cantar el corrido de la antigüedad famosa  
Que en el año veintidos entró a la Escuela Naval.  
Por estudiosa mentada, por unida poderosa,  
sus amistades perduran sobre el tiempo y sobre el mar.

A todos sus componentes no habrá tiempo de mentar;  
sólo nombraré unos cuantos, pero a todos les diré:  
Que no a unos quiero menos, ni que a otros quiero más.  
Que los miente o no los miente, los estimo por igual.  
Y que ausentes y presentes, muy presentes estarán.

Después de este parlamento ya podemos empezar  
y sigue el corrido de mi antigüedad.

Treinta y cinco años hace,  
Que en noche de septiembre arribé a Veracruz.  
Arribaron conmigo: Don Emilio Salgari,  
Sandokan, tres corsarios de variados colores,  
Y tigres de Mompracem para tripulaciones  
De cuatro juncos chinos y dos barcos de cruz.

Llevaba en la maleta, el equipo que piden  
de ingreso a los Cadetes en la Escuela Naval.  
Y por la mente, vaga, como presentimiento,  
Vigor y movimiento, la historia de Simbad.

Brindaba la carrera que iba a emprender apenas,  
El encanto inestable de una idea aventurera.  
Creí que todo fuera rodar en las arenas,  
Sobre duros rodillos, las livianas piraguas.  
Explorar entre lianas, chapotear en las aguas.  
Y tan seguro estaba de que así había de ser,  
Que traje en los bolsillos un puñado de sal,  
Para los zaraguates, que habríamos de sasar,  
En el descanso breve, bajo el árbol del pan.

Al trasponer la puerta de la Escuela Naval,  
Se rasgaron las nubes de mi cándido engaño:  
Monos y saraguatos... cursaban tercer año,



Y también un borricó, y además un caimán.  
Lejos de ser mansitos y dejarse agarrar,  
Tenían ojos malignos y portaban garrotes  
Que presagiaban lluvia tupidita de azotes  
En los áridos lomos del pobre "novelón"  
De reglas y compases me llenaron las manos,  
En una Biblioteca me cargaron de libros,  
Cuyos títulos graves me dejaron sin habla.  
Nunca pensé que el cruce de los océanos,  
Matemático fuera y pidiera tablas,  
Pero de logaritmos, no de madera,  
Como yo en mi ignorancia lo supiera;  
Aunque si el caso llega, tal vez prefiera  
Agarrarme a una mala tabla de ocote,  
Que a la edición más fina de algún librote.

Recuerdo, un Cadete rojo, rojo, rojo...  
Sudando a raudales, lijando un cerrojo,  
Luego lo puliendo, luego lo bruñendo,  
Hasta calentarlo con el bruñidor;  
Con lo que brillaba como de cristal  
Igual que un adorno en la Navidad.  
Hizo la primera limpieza en enero,  
cuando le entregaron un cerrojo entero.  
Ya para Septiembre, le quedaba poco,  
Y él perseveraba lijando, lijando...  
Ya entraba en el arma guango, guango, guango...  
Pero rebrillaba, igual que un lucero,  
Y el que revistaba lo ponía de ejemplo:  
¡Miren la de Gorritz. Vayan aprendiendo!

Aquellos consejos me hicieron estrago,  
Porque hasta la fecha de fijo no entiendo  
Porque me ponían de ejemplo aquel tío,  
En vez de mandarlo un año a Santiago,  
Y dejarlo al punto sujeto a descuento  
Hasta que pagara peso sobre peso  
Sus depredaciones en el armamento.

Arrasó así, esa gente, mis convicciones,  
Y mis grandes verdades trocó en errores,  
Para no hacerme cómplice de mentores,  
Ante ellos para siempre quedé callado  
Hombre parco en palabras, muy reservado;



Y tanto que los hizo pensar que yo era  
El tan acreditado "pico de cera"

Como Chente López no me gusta hablar.  
Y sigue el "corrido de mi antigüedad".  
El mes todo entero se llevó la reunión  
De aquella sufrida y noble promoción.

Llegaron primero, los capitalinos,  
Corriendo llegaron, para ser antigüos.  
Arribamos luego los pueblerinos  
Y cerraron la fila los Campechanos.

Setenta integramos esa antigüedad.  
Había en ella: grandes, pequeños y medianos.  
Los grandes hacían historias terribles,  
Terribles historias de escándalo y mal,  
Que a los pequeñines de la última fila,  
Nos dejaban llenos de perplejidad.  
Que Ismael Zamora llegó de Orizaba,  
Seguido de cerca por la autoridad.  
Le pegó a su amada, que se llama Paca,  
Y que es señora mala y dueña de casa...  
¡Que barbaridad!

Que el campechano Ajaz, que ya se hizo  
famoso porque pone en su cepillo,  
Ipana en cantidades industriales.  
Era inspector de centros escolares.  
Y que su compañero Otal, en Champotón,  
Había sido Ministro de Educación.  
"Yo os diré la razón, clara y precisa  
Por la que yo dí muerte a Monalisa...  
¡Cohone...!

Y yo, os diré la verdad clara y concisa  
Sobre esta audaz pareja de Cabezones:  
Hablaban, uno de otro, con opiniones  
De tanto elogio y de tamaña gloria,  
Que inducían a pensar que no en la Escuela,  
deberían estar, sino en la Historia  
En el solar de las divinas garzas...

¡Hasta que les caímos en la farsa,  
Que no otra cosa era, según creo,



Que Sociedad Civil de Elogios Mutuos  
Y de mutua defensa al menudeo...

Que a Huerta Jones le sobran riñones,  
Por eso es torero, ¡Olé, mataor!  
Que el papá de Riveros, que es Senador,  
Ofreció dar un toro y Marcial torear,  
En algún festejillo de caridad.

Y sigue el "corrido de mi antigüedad".  
Que el "Chato" es cirquero y púgil Escobio.  
Y que el "viejito Hurtado", viejito tenorio  
Fue el último novio de Leona Vicario.

Los de edad mediana carecen de Historia,  
Y menos aún ¡claro! la habían de tener,  
El "feto" Valcarcel y el Mayor Cortés,  
Y el "Hungaro Rueda", muy niño también.

Un patio cuadrado con dobles arcadas,  
Un poste en el centro con foco encendido,  
Cadetes paseando a grandes zancadas,  
Cerca de la Guardia, un perro dormido...  
Como sombra leve, desfila Kobata  
Camino a la Puerta. Lo sigue un gallego,  
Que porta paraguas y arrastra una pata...

Tal es por un lustro, el cacho de puerto  
Que nos contenía después de las cenas.  
Las mismas canciones, iguales escenas;  
Las recitaciones de algún novelón  
Que aplaude por chungu la alegre reunión.  
Pero a tales horas, el patio, mi patio,  
A pesar de todo estaba tristón.

Algunos en veinticuatro ya no volvieron,  
Otros, ya recibidos se dispensaron,  
Pero en todos los medios sobresalieron,  
Donde quiera que fueron, nos afamaron.  
Y estamos orgullosos porque pudieron  
Honrar a la camada en que se formaron.

Pasan los minutos (casi dos millones)  
Y viene la historia de los cincuentones.



De informes oficiales saco esta constancia:  
"El gran aumento de población de la República,  
Se debe: al crecimiento de la renta pública,  
A la campaña contra la mortalidad de la infancia  
Y a la confianza y paz interiores,  
Que van consolidando nuestro prestigio;  
Pero, por encima de todos estos factores,  
Debe atribuirse al Gran Remigio.  
¡A Remigio! Si, señores, la antigüedad  
Tiene por suyo, con legítimo orgullo,  
Este ejemplar tan fino de semental,  
De casta depurada y alto registro. . .

He sido testigo de horas triunfales  
Cuando llegaba a puerto su petrolero,  
Carreteras, veredas, trochas, caminos,  
De tierra Colorada y de Caimanero  
Se llenaban de guapas cargando niños,  
Y llevando de mano también chavalillos.  
Cuando el padre dichoso, bajaba la escala  
Con los niños en alto el gentío lo cercaba,  
¡Father! clamaban algunos. — ¡Papi!, gritaban los más  
Patriarcal, por el muelle partiendo plaza,  
Repartiendo caricias, para mi "cuais"  
Con paso majestuoso de Charolais.

Y sigue el "Corrido de mi antigüedad.  
Y por contraste, muy manifiesto  
Carrera sigue viviendo honesto.

Che Valcárcel, allá en la Sonora,  
Cargaba guitarra, bebía Bacanora.  
Era tangueador. . .  
En San Blas, trasegaba raicilla,  
Tusca en Manzanillo. . .  
Era aguantador. . .  
Entraba en cantinas, las más afamadas.  
Cucando a los jijos del siete de espadas. . .  
Era retador. . .  
En tantas hazañas, nunca le pegaron.  
Esa suerte tuvo. . . nunca lo alcanzaron.  
No era correlón. . .  
Tenía el paso largo. Esa es la cuestión.



Ya no mas la sombra queda  
De aquel gallo tan corrido  
Y dicen las malas lenguas  
Que lo tienen ofrecido.

El Peyuco Calderón... ¡que hombre tan atravesado!  
A todo el mundo se trae tembloroso y espantado,  
Lástima que no respete... ni al lucero de la aurora,  
Cuando se pone mandón le grita hasta la señora,  
Yo la ví, a la pobrecita, pálida como papel,  
De miedo, mientras el hombre  
No se sabía si era humano, o si Satán o Luzbel.  
Hundió la mesa a manazos  
Y gritó, con grandes gritos  
Que hicieron bailar los jarros:  
¡Aquí solo mando yo y no hay otro que se atreva,  
O me dan escoba nueva o juro que ya no barro!

Aquí entra de nuevo Marcial Huerta Jones,  
Voló miles de horas, fue de los mejores,  
En la Compañía tiene un alto cargo,  
Cena con magnates, se agripa en Chicago,  
Y aunque, que yo sepa, jamás ha toreado,  
No niega que sea o fuera torero.  
Que Dios me perdone, pero considero  
Que si mi sustento se hubiera confiado  
Tan solo a las reses que hubiera matado  
El diestro en el ruedo, me hubiera quedado  
Lactante, aburrido y vegetariano;  
"Golpeao" de la vida, en un mano a mano.

Entre sones y danzones, y pellizcar y beber,  
Así resonaba el grito entre bostezo y bostezo;  
"Viva Dios en las alturas y en altamar el "Progreso"  
Y en el "Progreso" una EFE y una EME y una E.  
Fernando era de segunda, pero casi de tercera;  
El amor de la "Venada" y el hombre de "la tambor".  
Cuando llegaba malevo, ella temblaba de horror,  
La arrastraba por el suelo, la estrujaba en el danzón.  
Ella gemía lastimera, a cada golpe o tropiezo  
¡Viva Dios en las alturas y en altamar el "Progreso"!  
Luego de repente todo se cambió,  
Vino el Hada Buena y lo desencantó,  
Cuando con su vara lo pudo tocar,



Lo subió a su trono, lo puso a reinar,  
Con un uniforme, de empanada y frac,  
Que no se había visto desde Trafalgar.  
Luego el hada buena con él se casó:  
se acabó la farra, se apagó el danzón,  
Y ya nunca ha vuelto la pobre "tambor"  
A hablar del "Progreso" ni de la altamar.

Ignoro si Bruno Reyes vestirse pudo,  
Alguna vez, para actos de mucho honor.  
Siempre que lo recuerdo lo veo desnudo  
Muy flaco y con su trusa de boxeador.  
Imponente ejemplo de raro tesón,  
Lo veo días y días, y noche y noches,  
Haciendo la sombra, saltando el cordón,  
Pegando a la Pera tremendos rebotes,  
Arriando guantazaos al duro "sand bag"...  
Y vuelta a la sombra, y vuelta a saltar,  
Y vuelta a la cuerda, y vuelta a boxear,  
Con tan duro empeño y grande paciencia,  
Que la Providencia debiera premiar.  
Tan tremendo esfuerzo, no obstante, fue vano,  
ningún resultado obtuvo en dos años,  
Pero ya al tercero fue mas halagüeño,  
A fuerza de golpes y sudor y empeño  
Logró que en los brazos, donde tienen biceps,  
Los afortunados que hasta biceps tienen,  
A él le brotaron dos cosas pequeñas,  
Como caniquitas, bajo los pellejos,  
Pero que el miraba como dos promesas  
De lo que serían mas tarde conejos".  
Nunca lo serían. ¡Que vida cochina!  
Tras otros dos años consiguió sacar  
También dos bolitas a sus pantorrillas.  
Que fueron el premio, compendio y final,  
De cinco largos años de rudo bregar.  
Mas la vida tiene crueles ironías,  
Ahora que Bruno tan solo quería,  
Las suaves blanduras de un ancho sillón.  
Da fruto el esfuerzo de lejanos días.  
Y está echando Bruno formas de Campeón.  
Quijada agresiva, pecho prominente,  
Morrillo abultado, cuadrado mentón,  
Elástico paso, espalda imponente.



Este continente, bravo y retador,  
Como maravilla surgió de repente,  
Ahora que Bruno prefiere un sillón

Estalló en gemidos la marinería  
Cuando Villeguitas, joven Oficial,  
Leyó sollozando la Orden del día,  
Nombrando servicio al gran Juan Galván.  
¿Qué estaba pensando? ¿Porqué tanta pena  
Le causó la guardia de aquel Juan Galván?  
Estaba pensando... en la Magdalena,  
En que él, Villegas, estaba de guardia,  
Hallándose, en cambio, franco Rigo Otal.  
El barco no existe, Juan ya no navega:  
Pero aquella orden que leyó Villegas  
Hace tantos años, ha sido inmortal.

AQUI YA TERMINO con este cantar,  
A los compañeros de mi antigüedad.  
Saludo y presento cordial gratitud  
Por las atenciones que a todos les debo,  
Porque llanamente, sin falsos alardes,  
Y sin importarles que cuadre o no cuadre,  
Me rodearon siempre de afable respeto  
Como si de veras yo fuera su padre.  
Al finar Septiembre y en esta ciudad  
se acaba el corrido de mi antigüedad,

Gustavo Rueda Medina "El Húngaro".

N.B. - Posiblemente habrá verdades y mentiras en este corrido que hubiera sido deseable borrar, pero no deseando que esta obra literaria sea mutilada, se deja tal como el original.